

EL LIBRO DEL HEROE

EDITADO POR

LUIS DOBLES SEGREDA

1890-



1926

IMPRENTA LEHMANN (SAUTER & Co.)

San José, Costa Rica

12.
92
52322.

Z.E

La Asociación «Tea» acoge bajo sus auspicios EL LIBRO DEL HÉROE que publica su socio don Luis Dobles Segreda.

Aplauda al laborioso y culto escritor, con todo entusiasmo, y excita a los costarricenses para la propaganda y difusión del libro.

Esta Asociación, y la Casa Sauter & Co., serán quienes vendan el libro y a ellas deben dirigirse los pedidos.

LA DIRECTIVA



8412

INTROITO

Pocas cosas hay nuevas en este volumen.

Es una ordenada compilación de muchos documentos y elogios que andan dispersos en periódicos y folletos viejos.

Los he recogido, para formar este *Libro del Héroe*, como un tributo de simpatía a la ciudad de Alajuela, a la cual tengo el honor de dedicarlo.

Así correspondo a las consideraciones y estima con que ella me ha distinguido tantas veces, aunque siempre le seré deudor, por que mi deuda es impagable.

Algunos jóvenes ayudaron a formar la parte literaria y la Asociación «Tea» ha contribuido, en diversas formas, a que esta obra se realice. A ellos y a ella mi gratitud perpetua.

Circula el 17 de Octubre, aniversario de la fundación de «Tea», y se envió a las cajas el 29 de Agosto, aniversario del nacimiento del Héroe.

Es la razón y origen de este volumen, que sólo espera la benevolencia y simpatía del lector. Que no lleva más propósito que el de servir lealmente los inte-

reses de la cultura nacional, contribuyendo a hacer patria:
exaltando el culto de sus héroes.

No pretende, ni quiere, responder a dudas de un momento, es obra serena que sirve, a la patria y al Héroe, en forma permanente. El minuto actual es frágil y perecedero, el prestigio de la patria, y la gloria del Héroe, son cosa sólida y eterna. A ellas se consagra este homenaje.

Ricardo Montenegro.



PROLOGO ESCRITO CON SANGRE

«No habiendo en todas las filas otro que tuviese valor de incendiar el Mesón, en donde se hallaba refugiado y parapetado el enemigo, él fue el único que, despreciando el evidente peligro de su existencia, se decidió a perderla por desalojar al enemigo.

Coronó felizmente la obra junto con el sacrificio de su vida».

MANUELA SANTAMARÍA—1857

«Constando al Gobierno la realidad de los hechos de que hace referencia este memorial . . . »

JUAN RAFAEL MORA—1857

(De puño y letra del Benemérito Presidente).

PROLOGO ESCRITO HACE 35 AÑOS

«Pero no, no es una leyenda la de Juan Santamaría, y debemos alegrarnos de la duda de los incrédulos, pues ella ha servido para hacer imposible en este asunto, toda duda en lo futuro.

Lo más que se podrá decir es que su acción es bella, como una leyenda, pero es real como la vida, real como el patriotismo de los inválidos de la Campaña Nacional».

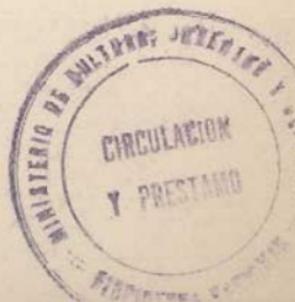
RICARDO JIMÉNEZ—1891

«La Historia de Costa Rica que, compendiada, cabría en una boleta de cigarro, contiene, como capítulo glorioso, el de la campaña contra Walker y sus filibusteros. De esa epopeya vivirán siempre en la memoria nacional, como símbolos, el nombre de Mora, el hombre de estado que vió el peligro de nuestra autonomía y que, ardiendo en amor patrio, corrió con sus inexpertas pero valerosas tropas a salvarla; y el nombre de Juan Santamaría, el oscuro soldado que, representando y dignificando a nuestra clase popular, mostró al pie del Mesón, lo que es capaz de realizar el patriotismo de los humildes».

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ—1891

PRIMERA PARTE

LA VOZ DE LA HISTORIA
(DOCUMENTOS)



*Acta de Bautizo
de Juan Santamaría*

*(Del «Boletín de las Escuelas Primarias»,
N.º 89, de 15 de Junio de 1902,
publicado por don Anastasio Alfaro.)*

FE DE BAUTISMO

FRANCISCO PEREIRA, Vicario Foráneo y Cura de esta Parroquia,

Certifico en forma Canónica: que en el libro de partidas de bautismo, marcado con el n.º 5, al folio 63, se encuentra la partida que dice:

«En la St.^a Ig.^a Parroql. de la C. de S. Juan Nep.^o de la Alaj.^a, a veintinueve de agosto de mil ochocientos treintauno.—Yo el Presb.^o C. José Ant.^o Oream.^o Thte. de Cura de este Benef.^o Bapticé solemte. a Juan M.^a h. de Man.^a Gayego, nació hoy, mad.^a la C. Micaela Jiménez, a quien advertí su oblign. y parentc.^o espiritual y lo firmo—por ausente y como Cura, Gabriel Padilla.—Al margen dice: Juan M.^a de p. n. c.»

Es conforme.

Dada en la ciudad de Alajuela, a diez de setiembre de mil ochocientos noventa y uno.

FRANCISCO PEREIRA

RODOLFO ARDÓN,

Secretario.

*Declaraciones que prueban
su identidad*

*(De «Información ad perpetuam», 1891.
Ordenada por la Municipalidad de Alajuela.)*

DECLARACIÓN DE
DON GUILLERMO SOLÓRZANO

Seguidamente presente en este despacho otro testigo, fué impuesto de las penas del perjurio en materia civil, y juramentado en forma dijo llamarse Guillermo Solórzano Avila, y ser mayor de edad, casado, agricultor y vecino de esta ciudad: que ni le comprenden las generales de la ley con las partes, ni tiene interés en este asunto.—Examinado con lectura del anterior memorial, dijo: que desde joven conoció perfectamente a Juan Santamaría, y que le consta que nació y se crió en esta ciudad, que fué hijo natural de la señora Manuela Gallego, conocida así generalmente; pero cuyo verdadero apellido era Santamaría: que tanto a Juan como a sus demás hermanos se les llamaba Gallego, a pesar de que su verdadero apellido era Santamaría.—Leída que le fué su declaración, la ratificó y firma.

RAMÓN BUSTAMANTE

GUILLEMO SOLÓRZANO

LUIS CASTAING ALFARO,

Secretario.

DECLARACIÓN DE
DON JOAQUÍN SIBAJA MARTÍNEZ

Seguidamente presente en este despacho el señor don Joaquín Sibaja, e impuesto de las penas del perjurio en materia civil y juramentado en forma dijo: que se llama como va dicho, mayor de edad, casado, artista y de este vecindario.—Examinado con lectura del memorial que antecede, contestó: que desde pequeño conoció a Juan Santamaría viviendo en la esquina Noroeste de la manzana en donde el declarante vive, y en donde muchas personas honradas le han dicho que nació Santamaría: que era hijo de Manuela Santamaría Gallego, y el mismo que el cincuenta y seis marchó a Nicaragua con el ejército costarricense a combatir contra los filibusteros comandados por Walker: que a la señora Manuela Santamaría Gallego la llamaban Manuela Gallego y que el que declara no ha sabido ni ha oído decir que en esta hubo otra Manuela Gallego—no más que ella.—Leída que le fué su declaración la ratificó y firma.

RAMÓN BUSTAMANTE

J. SIBAJA M.

LUIS CASTAING ALFARO,

Secretario.

*Declaraciones que
atestiguan el hecho glorioso*

*(De «Información ad perpetuam.
Heroísmo de Juan Santamaria», 1891.
Ordenada por la Municipalidad de Alajuela).*

DECLARACIÓN DE JOSÉ MARÍA BONILLA

En la ciudad de San José, a las nueve y media de la mañana del veintiseis de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Presente don José María Bonilla, único apellido, mayor de cincuenta años, soltero, artesano y de este vecindario, impuesto de las penas del perjurio en materia civil y habiendo jurado en forma, dijo: que se llama como queda dicho y es de las calidades y vecindario expresados.—Examinado en orden a la pregunta contenida en el exhorto que antecede, dijo: que cuando el ocho de abril de mil ochocientos cincuenta y seis el ejército costarricense ocupó la ciudad de Rivas, ya se preveía que él tenía que combatir con fuerzas considerables que al mando en jefe del norteamericano William Walker se encontraban al servicio del Gobierno Provisorio de Nicaragua: que temprano de la mañana, el once del mismo mes, se recibió parte de que el enemigo se aproximaba por el lado del Oeste: que en el acto el batallón de vanguardia marchó a su encuentro, pero no lo halló por cuanto los enemigos habían tomado camino a la izquierda y seguido después hacia la derecha por las afueras de la ciudad, hasta salir a un punto opuesto al que seguían los exploradores de la vanguardia costarricense: que como a las ocho de la mañana los soldados de Walker sorprendieron a las tropas de Costa Rica y presto ocuparon los edificios que les parecieron más



convenientes: que con motivo de que la vanguardia enemiga se componía de nicaragüenses que portaban divisa igual a la de nuestros soldados, lograron avanzar como a cuarenta metros del Estado Mayor: que en aquellos momentos uno de los nuestros mató al coronel Machado, cubano, y otro mató el caballo que montaba dicho coronel: que a la alarma producida por aquellas dos detonaciones, nuestras fuerzas salieron con suma presteza de sus cuarteles y enfrentaron al enemigo, trabándose un combate que, si bien al principio fué desfavorable para los nuestros, después, con la ayuda del batallón explorador, que al oír el tiroteo, ejecutó la violenta evolución de marchar en retirada, en breve se redujo al enemigo a los puntos tomados al principio, entre los cuales se contaba el edificio llamado el «Mesón de Guerra», el cual fué ocupado por un número considerable de las fuerzas contrarias y con ese motivo varios de los nuestros intentaron incendiarlo, y habiendo logrado verificarlo uno de ellos (don Luis Pacheco) al momento fué sofocado el incendio: que el enemigo había tomado un cañón a nuestro ejército y lo puso en el ángulo noroeste de la plaza: que con el objeto de recuperarlo, nuestros soldados hicieron varias tentativas, pero infructuosas, porque los enemigos, parapetados como estaban, les dirigían un fuego nutridísimo: que se pensó en desalojar del Mesón a los enemigos refugiados allí, pero que esa empresa pareció muy difícil porque los adversarios hostilizaban con su fuego a los que intentaban acercarse a los muros: que en esta incertidumbre estaban todos, cuando como a las doce el General Cañas exclamó: ¿Quién de ustedes se atreve a incendiar el Mesón? Que esta pregunta la repitieron algunos de los ayudantes del Gene-

ral: que de todos los presentes sólo Juan Santamaría contestó: ¡Yo iré! y empapando con aguarrás un lienzo hizo una tea, la encendió y se dirigió al edificio al que incendió inmediatamente: que apenas se había consumado ese hecho cuando las balas enemigas pusieron fin a su existencia: que como las fuerzas enemigas carecían de la suficiente agua para apagar el incendio, como a la una de la tarde los que ocupaban el edificio se vieron en la imprescindible necesidad de evacuarlo, como en efecto lo hicieron; y que en consecuencia desde ese instante los costarricenses atacaron con vigor al enemigo a quien redujeron a estar a la defensiva únicamente.—Leída que le fué su declaración, la ratifica y firma.

ALBERTO BRENES

JOSÉ MA. BONILLA

JUAN J. MELENDES,

Secretario.

DECLARACIÓN DE GIL ZÚÑIGA

En la ciudad de San José, a las doce del día veintiseis de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Presente don Gil Zúñiga y Solano, mayor de sesenta y ocho años, viudo, sargento primero en servicio activo y vecino de esta ciudad, impuesto de las penas del perjurio en materia civil, previo el juramento de ley, dijo que se llama como queda dicho y que es de las calidades y vecindario expresados.—Examinado de acuerdo con la pregunta contenida en el anterior exhorto, respondió: que el declarante estuvo en la batalla de Rivas

que tuvo lugar en el mes de abril de mil ochocientos cincuenta y seis: que la víspera de la batalla por la noche, Juan Santamaría, vecino de Alajuela, y que a veces desempeñaba las funciones de tambor, le mostró una botella que contenía un poco de aguarrás: que el declarante no creyendo útil ese líquido se disponía a derramarlo cuando Santamaría se lo impidió y le dijo que para algo debía servir: que al día siguiente cuando muchos de los enemigos se habían refugiado en el Mesón, un ayudante de órdenes se dirigió hacia el punto donde estaban el declarante y Juan Santamaría y dijo: ¿Quién se atreve a incendiar el Mesón? Que Santamaría respondió que él se atrevería y acto continuo empapó con el aguarrás que contenía la botella referida unos pedazos de lienzo y unas tuzas que encontró al acaso y formando una especie de tea se dirigió con ella al Mesón, que la tea se incendió de tal modo que al conducirla en la mano Juan Santamaría semejaba un torbellino de fuego: que con heroica resolución él la aplicó al edificio, que se incendió inmediatamente; y que al consumir ese hecho pereció a consecuencia de los tiros que dirigían los enemigos.—Leída que le fué su declaración la ratificó y firma.

ALBERTO BRENES

GIL ZÚÑIGA

JUAN J. MELENDES,
Secretario.

DECLARACIÓN DE JUAN BAUTISTA GONZÁLEZ CASTRO

En la ciudad de San José, a las doce del día veintisiete de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Presente en este despacho don Juan Bautista González y Castro, mayor de cincuenta años, soltero, artesano y de este vecindario, impuesto de las penas del perjurio en materia civil, y habiendo jurado en forma, dijo: que se llama como queda dicho y que es de las calidades y vecindario expresados.—Interrogado de acuerdo con la pregunta contenida en el exhorto que encabeza estas diligencias, respondió: que es cierto y le consta como testigo presencial, que Juan Santamaría murió dando fuego al Mesón de Rivas,—en donde se encontraba alojado parte considerable del ejército enemigo, el once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis,—en pleno combate y donde era casi segura la muerte, tanto por la posición desventajosa del ejército costarricense, como por el fuego sostenido y nutrido que le dirigían los enemigos.—Leída que le fué su declaración, la ratificó y firma.

ALBERTO BRENES

JUAN BTA. GONZÁLEZ C.

JUAN J. MELENDES,
Secretario.

DECLARACIÓN DE JOSÉ MERCEDES ASTÚA VELARDE

En la ciudad de San José, a las doce y cuarto del día veintisiete de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Presente en este despacho don José Mercedes Astúa y Velarde, fué impuesto de las penas del perjurio en lo civil y después de jurar en forma, manifestó: que se llama como queda consignado, que es mayor de cincuenta y nueve años, viudo, agente de negocios y de este vecindario.—Examinado de acuerdo con la pregunta que le concierne dijo: que el once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis, la posición del ejército costarricense era sumamente difícil en la ciudad de Rivas: que sólo estaba combatiendo con el enemigo el batallón Santa Rosa: que entre once y doce del día, un ayudante de órdenes del General Cañas llegó a un grupo de soldados y les dijo que tenía una orden para excitarlos a dar fuego a la casa llamada el Mesón: que entonces Juan Santamaría, vecino de Alajuela, se ofreció para ejecutar la empresa, y, en efecto, con una tea encendida se dirigió rápidamente al edificio, se acercó a los muros y, con alguna dificultad, logró incendiar el Mesón, aplicando la tea a una parte de la techumbre, y que al consumir ese hecho cayó muerto a consecuencia de los disparos que le dirigían los enemigos.

ALBERTO BRENES

JOSÉ M. ASTÚA V.

EMILIO PACHECO,
Prosecretario.

DECLARACIÓN DE APOLONIO ROMERO ALFARO

Comandante de la Guerrilla de la
cual era tambor Juan Santamaría

Alajuela, a las dos de la tarde del día veintinueve de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Siendo ésta la hora señalada al efecto, y estando presente un testigo, fué juramentado con arreglo a derecho, previa imposición de las penas del perjurio en materia civil y dijo: llamarse Apolonio Romero y Alfaro, mayor de edad, viudo, agricultor y vecino del centro de esta ciudad, que no le comprenden las generales de ley con las partes, ni tiene interés en este asunto.—Examinado con arreglo a la pregunta que contiene el memorial que encabeza estas diligencias, contestó que el declarante estuvo en la batalla que tuvo lugar en Rivas de Nicaragua, el día once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis: que la víspera de ese día por la noche Juan Santamaría, vecino de esta ciudad y tambor de la compañía del declarante, encontró una botella que contenía aguarrás, la que creyó serle de alguna utilidad más tarde: que al día siguiente, cuando muchos de los enemigos se habían refugiado en el Mesón, un ayudante de órdenes del General Cañas llamado Pedro Rivera, penetró al Cuartel, se dirigió a la guerrilla de la cual era comandante el declarante y dijo: ¿Quién se atreve a incendiar el «Mesón»?,

y Santamaría dijo que él se atrevía, y acto continuo empapó con el aguarrás que contenía la botella referida, unos pedazos de lienzo y unas tuzas que encontró al acaso, y formando una especie de tea, la que colocó en una caña escota rajada, y se dirigió a incendiar el Mesón. Advierte el testigo, que antes de partir, Santamaría le dijo: «recomiéndeme»: que la tea, se incendió de tal modo, que al conducirla en la mano Juan Santamaría semejaba un torbellino de fuego: que con heroica resolución él la aplicó al edificio, que se incendió inmediatamente; y que al consumir ese hecho pereció, a consecuencia de los tiros que dirigían los enemigos.—Leída que le fué su declaración se ratificó en ella y firma conmigo y testigos por falta accidental del Secretario y Prosecretario.

RAMÓN BUSTAMANTE

A. ROMERO

ARDILIÓN CASTRO

RODOLFO ROJAS

DECLARACIÓN DE JOSÉ MARÍA LOBO ALVAREZ

En la ciudad de Alajuela, a las doce del día treinta y uno de agosto de mil ochocientos noventa y uno. Presente en este despacho el señor José María Lobo y Alvarez, e impuesto de las penas del perjurio en materia civil y juramentado en forma, dijo: que se llama como va dicho, de cincuenta y seis años de edad, casado, jornalero y vecino del barrio de Concepción: que no le tocan las generales de la ley con las partes de esta instrucción ni tiene interés en ella.—Examinado en orden a la pregunta que contiene el memorial que enca-

beza estas diligencias, contestó: que el declarante fué como soldado en el ejército costarricense que el año 1856; fué a Nicaragua a pelear contra los filibusteros comandados por William Walker: que el 11 de abril de 1856 las fuerzas de Walker atacaron vigorosamente y por sorpresa al ejército costarricense que estaba en Rivas, consiguiendo casi un completo triunfo, pues hasta de un cañón fué despojado y los filibusteros con él causaban mucho daño: que la reacción del ejército costarricense obligó a los filibusteros a parapetarse dentro de algunas casas desde donde hacían un nutrido y mortífero fuego: que ya un poco tarde, y el ejército costarricense bastante disminuido, el declarante, como a la distancia de cien metros, vió que Juan Santamaría con una tea encendida en la mano daba fuego al Mesón de Guerra donde estaba refugiado y fortificado el grueso del ejército filibustero: que cuando el Mesón ya ardía Santamaría fué muerto por las balas enemigas, dando al ejército costarricense el triunfo, porque con el incendio fué el enemigo azotado y nos permitió llegar hasta desalojarlo a la bayoneta y ponerlo en completa derrota.—Leída que le fué su declaración, en ella se ratificó y no firma por decir no saber.

RAMÓN BUSTAMANTE

RAFAEL OBREGÓN L.,
Prosecretario.



DECLARACIÓN DE JOSÉ MARIA CEDEÑO F.

Seguidamente presente en este despacho el señor José María Cedeño y Fernández, e impuesto de las penas del perjurio en materia civil y juramentado en forma, dijo: que se llama como va dicho, de cincuenta años de edad, casado, jornalero y vecino del barrio del Carmen de la ciudad de Cartago: que no le tocan las generales de la ley con las partes de esta causa ni en ella tiene interés.—Examinado en orden a la pregunta del memorial que encabeza a estas diligencias, contestó: que él fué como Sargento Segundo a combatir con el ejército costarricense al filibusterismo comandado por William Walker en Nicaragua: que como a las siete de la mañana Walker con su ejército atacó por sorpresa al ejército costarricense: que el once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis estaba en Rivas: que la reacción del ejército costarricense obligó a los filibusteros a refugiarse en varias casas, desde donde hacía un fuego nutrido y mortífero: que ya un poco tarde, ya el ejército costarricense disminuido de un modo considerable y casi obligado a permanecer en aquella actitud defensiva, vió que un soldado costarricense daba fuego al «Mesón de Guerra», que era donde estaba fortificado el ejército filibustero: que ese soldado tenía la tea con la mano derecha y que como le hirieron el brazo, la tomó con la izquierda y la volvió a aplicar hasta que fué muerto por las balas enemigas,

quedando ya encendido el «Mesón», cosa que permitió o facilitó al ejército costarricense el llegar al edificio, y a la bayoneta desalojar de él al enemigo y ponerlo en completa derrota.—Leída que le fué su declaración en ella se ratificó y firmó, agregando que otro día fué general la noticia de que quien había incendiado el Mesón era un soldado de Alajuela, llamado Juan Santamaría.—Leído que le fué lo escrito, lo ratificó y firmó.

RAMÓN BUSTAMANTE

JOSÉ MA. CEDEÑO

LUIS CASTAING ALFARO,

Secretario.

DECLARACIÓN DE JOSÉ M.^a LUNA RODRIGUEZ

En la ciudad de Alajuela, a las doce del día primero de setiembre de mil ochocientos noventa y uno.—Presente en este despacho un testigo fué impuesto de las penas del perjurio en lo civil, y juramentado en forma, dijo llamarse José María Luna Rodríguez, mayor de edad, casado, agricultor y vecino de Atenas: que no le comprenden las generales de la ley con las partes, ni tiene interés en este asunto.—Examinado con arreglo a la pregunta que contiene el memorial que encabeza estas diligencias, contestó: que como soldado fué con el ejército costarricense a Nicaragua a combatir contra las fuerzas comandadas por William Walker: que el once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis, como a eso de las ocho de la mañana, el ejército costarricense fué sorprendido por los filibusteros en Rivas: que ya un

poco tarde las fuerzas costarricenses, bastante disminuidas, estaban muy acosadas con un fuego nutrido que el enemigo les dirigía desde unas casas; y que en esta situación fué cuando Juan Santamaria incendió el Mesón de Guerra, en donde estaba refugiado el grueso del ejército enemigo, muriendo Santamaria por la bala enemiga al ejecutar tal acto: que ya incendiado el Mesón, las tropas costarricenses pudieron llegar a él y desalojar al enemigo a bayoneta, poniéndolo en fuga y completa derrota.—Leída que le fué su declaración en ella se ratificó y no firma por decir no saber.

RAMÓN BUSTAMANTE

LUIS CASTAING ALFARO
Secretario.

DECLARACIÓN DE FELIPE CRUZ ALVAREZ

En la ciudad de San José, a la una de la tarde del veintiséis de agosto de mil ochocientos noventa y uno. Presente en este despacho don Felipe Cruz y Alvarez, mayor de sesenta años, viudo, artesano y de este domicilio, impuesto de las penas del perjurio en materia civil, después de jurar en debida forma, manifestó: que se llama como queda dicho, y que es de las calidades y vecindario expresados.—Interrogado en orden a la pregunta contenida en el exhorto que encabeza estas diligencias, respondió: que el declarante asistió a la batalla de Rivas que se libró el once de abril de mil ochocientos cincuenta y seis: que como Sargento Segundo de la

división que mandaba el General Cañas el día indicado, se encontraba como a cien varas de el «Mesón» en donde se habían refugiado muchos de los enemigos: que entre once y doce del día, el declarante vió a un vecino de Alajuela, llamado Juan Santamaría, dirigirse al Mesón con una tea encendida en la mano, y habiéndose aproximado al edificio le dió fuego: que pocos momentos después de verificado ese hecho, Juan Santamaría cayó muerto a causa de los tiros que le hacían los enemigos.—Agrega el testigo: que si bien por la distancia a que se encontraba del lugar del suceso, no pudo oír lo que se dijera a Santamaría ni lo que él contestara, sí puede asegurar, que él fué quien incendió el Mesón por haberlo visto claramente y por el conocimiento personal que desde la infancia tuvo de la persona indicada.—Leída que le fué su declaración la ratificó y firma.

ALBERTO BRENES

FELIPE CRUZ

JUAN J. MELENDES,
Secretario.

DECLARACIÓN DE MARCOS BARRANTES V.

En la ciudad de San José, a las nueve de la mañana del día veintiseis de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Presente en este despacho don Marcos Barrantes y Vargas, impuesto de las penas del perjurio en materia civil, y habiendo jurado en forma, dijo: que se llama como queda dicho, que es mayor de setenta años, viudo, artesano, y de este domicilio.—Examinado

conforme a la pregunta contenida en el exhorto que antecede, respondió: que el día en que se libró la batalla de Rivas, el declarante llegó a dejar unos pertrechos al lugar donde estaban las fuerzas costarricenses que dirigían su ataque contra los filibusteros que se habían refugiado en la casa llamada «Mesón»: que en el instante de acercarse oyó una voz que decía, poco más o menos lo siguiente: ¿Quién se atreve a dar fuego al edificio? Que un silencio algo prolongado siguió a esa pregunta, hasta que oyó otra voz que dijo: «yo voy»: que el declarante se separó de allí en seguida, y cuando volvía a pasar por el mismo sitio, vió ardiendo el edificio y un cadáver al pie de los muros: que aunque no conoció a la persona que se ofreció para incendiar el «Mesón», si oyó decir, en el mismo campo de batalla, que Juan Santamaría, vecino de Alajuela, fué quien ejecutó ese hecho.—Leída que le fué su declaración, la ratificó y no firma por no saber.

ALBERTO BRENES

JUAN J. MELENDES,
Secretario.

DECLARACIÓN DE SANTIAGO SEGURA G.

En la ciudad de San José, a las nueve y cuarto de la mañana del día veintiseis de agosto de mil ochocientos noventa y uno.—Presente el señor Santiago Segura y González, mayor de cincuenta años, casado, agricultor y vecino de Guadalupe de esta jurisdicción, e

impuesto de las penas del perjurio en materia civil y después de jurar en forma dijo: que se llama como queda dicho y que es de las calidades y vecindario expresados. Interrogado conforme a la pregunta contenida en el exhorto del señor Juez Civil de la Provincia de Alajuela, respondió: que el declarante se encontraba en el ejército costarricense que dirigía sus fuegos contra los enemigos que estaban guarecidos dentro del «Mesón»: que vió ardiendo una parte de ese edificio, y poco después se corrió la noticia de que Juan Santamaría, vecino de Alajuela, era quien le había prendido fuego.—Leída que le fué su declaración la ratificó y no firmó por no saber.

ALBERTO BRENES

JUAN J. MELENDES,
Secretario.

*Otras declaraciones de testigos
dispersas en varias partes*

MIS RECUERDOS DE LA BATALLA DE RIVAS

(FRAGMENTO)

«En cuanto a la acción heroica de Juan Santamaría, que según parece se ha querido poner en duda, la tengo por absolutamente cierta, aunque no la presencié ni podía presenciaria desde el punto en que me hallaba; pero el hecho fué público y notorio y desde el día siguiente al 11 de abril, oí hablar del soldado de Alajuela que había incendiado el Mesón. Por las señas que me dieron de Santamaría, creo haberlo conocido en la travesía de Puntarenas al Bebedero, que hice con tropas de Alajuela, mandadas por don Juan Alfaro Ruiz. Tengo idea de que era un mulatito muy jovial, a quien embromaban mucho sus compañeros, y al cual curé en Bagaces de una ligera enfermedad.»

ANDRÉS SÁENZ (LLORENTE)

De *Historia de los Filibusteros*, de James Jeffrey Roche.
Traducción de Manuel Carazo Peralta. Págs. 214-215.

LA BATALLA DE RIVAS

(FRAGMENTO)

«Más tarde, presencié el acto heroico de Juan Santamaría. Le ví desprenderse del cuartel de Corrales con una tea, atravesar la calle y aplicarla al alero de la esquina sudoeste del Mesón. Regresó sano y salvo. A poco lo ví salir de nuevo y hacer lo mismo; pero esta vez, al retirarse, cayó hacia media calle. Yo conocía a Juan Santamaría como a mis manos. Siendo niño viví largo tiempo en Alajuela. Santamaría era tambor en el cuartel y ya desde entonces se le daba el mote de **El Erizo**. Cien veces me bañé con él y otros granujas en los ríos que corren en las cercanías de aquella ciudad. Su acción heroica la presenciarnos muchos y no sé cómo ha podido decir el Doctor Montúfar en su libro «Walker en Centro América», que «puede asegurarse que en los días posteriores a la acción de Rivas no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes.» Fué todo lo contrario. Tanto en los días inmediatos a la batalla, como en la retirada del ejército, el nombre del héroe alajuelense estaba en todas las bocas. Esto yo lo afirmo y lo certifico, y me hago la ilusión de creer que alguna fe merece la palabra de un viejo militar de setenta y ocho años, que ama la verdad por cima de todas las cosas. En tiempos de la administración de

don J. J. Rodríguez, cuando se erigió la estatua de Santamaría, se hizo una información de testigos presenciales del hecho. En ella no figura mi declaración porque la persona encargada de seguirla creyó indigno de su grandeza venir a mi casa a recibirla. El no aparecer el nombre de El Erizo en los partes oficiales no prueba nada. Basta leer esos documentos, concisos y vagos, para convencerse de que en ellos faltan muchas cosas. Por otra parte, hubo tal derroche de heroísmo el 11 de abril de 1856 en Rivas, que se habrían necesitado muchas páginas para consignar todas las acciones dignas de pasar a la posteridad».

VICTOR GUARDIA (GUTIÉRREZ)

De «Historia de los Filibusteros»
por James Joffrey Roche.

Traducción de Manuel Carazo Peralta. Página 206.

DECLARACIÓN DEL TESTIGO PRESENCIAL • DON JACINTO GARCÍA

Que fué ayudante y Secretario
de la primera división del Ejército

En lo conducente dice:

«Una vez regresado el ejército dicho, se estableció un reñidísimo combate, en el cual, por dos veces, fué rechazado el enemigo, a 200 varas del Estado Mayor y dos veces acometió y avanzó hasta cerca de aquel punto, mas no pudiendo lograr su intento y rechazado con mayor energía, se encerró en un edificio sólido y espa-

cioso llamado EL MESON, claraboyó sus paredes y sostuvo un continuado y mortífero fuego de fusilería (pues las piezas de artillería fueron recuperadas por los costarricenses). En este estado se dispuso sitiarse al enemigo, para cuyo cerco se comisionó al coronel don Juan Alfaro Ruiz, tratándose seguidamente de incendiar aquel edificio (El Mesón). Mientras tanto, y notándose considerablemente las bajas sufridas en las filas de los costarricenses, el Comandante General ordenó a los ayudantes García y Cardona, partiesen para San Juan del Sur, a llamar al Segundo Comandante don Máximo Blanco, con la fuerza (300 hombres) que allí había, haciendo al mismo tiempo igual llamamiento a los de la Virgen. Temprano de la noche, estas fuerzas (primero las de San Juan) entraron a Rivas y se ocuparon en reforzar aquellas filas. El fuego se sostenía muy débilmente y sin efecto, por ambas partes, pues de la de los sitiadores sólo se esperaba el que causara el incendio del Mesón, que después de varias infructuosas y lamentables tentativas por pegarle fuego, se obtuvo por el afortunado JUAN SANTAMARIA, vecino de ALAJUELA, cuyo incendio tomaba continuamente mayores proporciones. A las 2 de la mañana del 12, un grandísimo estruendo, causado por el hundimiento de la mayor parte del techo del edificio incendiado, trajo por consecuencia una general y continuada descarga de fusilería del enemigo y contestada de igual manera por los de Costa Rica, la cual duró como un cuarto de hora: véase lo que la causó.

Desalojado (por el incendio), el enemigo, de aquel edificio, y tratando de la fuga de él, dispuso el caudillo W. Walker, que allí estaba, llamar la atención de los costarricenses hacia aquel punto, para que descuidasen

un tanto el sitio por el rumbo camino a San Jorge, que precisamente había sido descuidado al establecer el sitio».

(Este documento es una carta dirigida a don Miguel Guardia y permanecía inédito en poder del Lic. don Luis Anderson.)

NOTA: El Liceo de Costa Rica lo publicó en el número 11 de las *Publicaciones del Liceo* (1924) bajo el título *Dos Documentos Históricos*.

DECLARACIÓN DE DON VÍCTOR CUADRA (NICARAGÜENSE)

Hace mucho tiempo que vengo leyendo en algunos periódicos, escritos motivados por un incidente glorioso: el incendio del Mesón de Rivas en la campaña nacional que en este país se sostuvo contra los filibusteros comandados por William Walker; pero en ninguno de aquellos se encuentran datos que den por resultado la desaparición de la duda en que ponen la existencia de aquel hecho glorioso.

Yo, que he podido decir mucho que ayude a esclarecer la verdad sobre aquel punto histórico, había guardado silencio, esperando que alguna persona mejor informada dijera algo sobre el particular; pero viendo que hasta la fecha subsiste duda sobre aquel hecho y que cada día se aumentan las dificultades para investigarlo, me he decidido a escribir estos cuatro renglones impulsado por el sentimiento de la verdad.

En el mes de abril del año de mil ochocientos cincuenta y seis, siendo muy joven el autor de estas líneas, se encontraba en la ciudad de Rivas prestando sus servicios de ayudante al General don José María

Cañas, segundo jefe del ejército legitimista, que tenía por primer jefe al General J. Joaquín Mora. En uno de los días del mes y año citados, el ejército filibustero ocupó por asalto varios lugares de aquella ciudad, y entre estos el Mesón, acción que obligó al ejército legitimista a acamparse en los edificios situados al Sur de la ciudad ya citada. Ocupada por aquellos dos ejércitos contendientes pasó muchos días la pintoresca ciudad de Rivas, durante los cuales sus calles fueron teatro de sangrientas luchas.

Después de muchos combates infructuosos para los legitimistas, el General Mora dispuso dar orden al General Cañas para que éste dispusiera el plan de ataque al Mesón, la mejor fortificación del ejército de Walker. El General Cañas pensó que el único medio de conseguir el triunfo era el incendio del Mesón y dispuso buscar un soldado del retén más inmediato a aquel edificio para que ejecutara la operación que él había proyectado. Con este fin se dirigió como a las doce de uno de los días del mes y año atrás citados, a un cuartel que, al mando del Mayor Monterrosa, ocupaba el interior de una casa de la familia Hurtado, y frente a la columna de soldados de que se componía aquella guarnición, dijo estas palabras: «Soldados: para conseguir la victoria es preciso incendiar el Mesón, y esto no se consigue sin que alguno de vosotros sacrifique su vida; si hay, pues, alguno de vosotros resuelto a morir en defensa de su causa, que dé un paso al frente». No había acabado el General de pronunciar la última palabra, cuando un soldado, al parecer de veinticinco años de edad, de color moreno y de mediana estatura, cuadrándose frente a su jefe, dijo: «Yo, General, desempeñaré esa comisión».

Aquel soldado que daba prueba de su alto patriotismo, respondía al nombre de Juan Santamaría, natural de Alajuela (Costa Rica), muy conocido y apreciado por la mayor parte de sus compañeros de armas. Hizo aquel soldado, en voz baja, una ligera confesión a su jefe y tomando con la mano diestra un grueso mechón de pábilo, empapado en alcohol y encendido, se evadió por una pequeña abertura hecha de antemano en una de las paredes de la casa en que se encontraba el retén al mando del Mayor Monterrosa, cruzó la calle que mediaba entre la casa y el Mesón y aplicó el mechón al techo del edificio. Cuando el fuego cundía en una cuarta parte del Mesón, nuestro ejército se ocupaba en perseguir al enemigo que, despavorido, abandonaba la ciudad, y entonces tuve ocasión de mirar, a la luz del fuego que destruyó el edificio, al valiente Santamaría, que murió al pie de unas paredes incendiadas, con varios balazos en el pecho.

Lo referido es cuanto sé acerca de aquel hecho glorioso que cubre de laureles a su autor, el soldado costarricense, leal, patriota y valiente.

VÍCTOR CUADRA

Acoyapa, 7 de abril de 1906.

(Del *Correo Nacional*.)

*Al año siguiente del hecho glorioso,
la madre del Héroe relata el suceso
y solicita pensión.*

MANUELA CARVAJAL, MADRE DE SANTAMARÍA,
SOLICITA PENSION

1857

Excelentísimo Señor Presidente de la República:

Manuela Carvajal (a) Santamaría, mayor de sesenta años, de oficio mujeril y vecina de la ciudad de Alajuela, con el respeto debido y en forma legal ante V. U. expongo: que habiendo marchado mi hijo Juan Santamaría, llamado vulgarmente Erizo, en la primera expedición que fué a Nicaragua el año próximo pasado a combatir el filibusterismo, y en clase de cabo o tambor y como soldado del ejército vencedor de Costa Rica, militó como uno de los más valientes, y por último, no habiendo habido en todas las filas otro que tuviese valor de incendiar el Mesón en donde se hallaba refugiado y parapetado el enemigo, causando gravísimas pérdidas en nuestras filas, él fué el único que, despreciando el evidente peligro de su existencia, se decidió a perderla por desalojar al enemigo y economizar la pérdida de tanta gente; y en efecto, habiéndolo puesto en ejecución, sin que le arredrase ni le pudiese intimidar el torrente espantoso de

las balas que le lanzaron los rifleros filibusteros en defensa de su guarida, coronó felizmente la obra junto con el sacrificio de su vida, quedando sepultado bajo las ruinas del indicado Mesón como es público y notorio. Esta acción heroica de mi susodicho hijo es tanto más recomendable y meritoria, si se atiende a que ella fué un efecto de su valor y patriotismo únicamente, puesto que él no era más que un simple jornalero, que no tenía un puesto elevado, ni ningunos bienes que defender.

Yo, Excelentísimo Señor, siento, como es natural, la pérdida de un buen hijo, que como pobre trabajaba y se esforzaba por mi mantención, considerándome sin recursos de qué subsistir, en una edad avanzada y achacosa; sin embargo, cuando considero que mi referido hijo terminó su carrera en el campo del honor y fué sacrificado de su espontánea voluntad en las aras de la patria para contribuir como el que más a su libertad y defensa, me resigno con la voluntad de Dios, mayormente cuando observo que el Supremo Gobierno, encargado de sostener el orden y defensa de la Nación que se le ha encomendado, sabe distinguir y premiar el mérito de los que le sirven y enjugar las lágrimas del desvalido.

Por tanto, Excelentísimo Señor, obligada de la necesidad imperiosa en que me hallo constituida, en una edad tan avanzada y achacosa, sin poder trabajar y sin recursos de qué poder subsistir, por haber perdido el único, que era mi mencionado hijo que cuidaba de mí, llamo la atención del Supremo Gobierno implorando una mirada compasiva sobre una infeliz, y suplicando que os sirváis concederme un montepío, si lo consideráis justo, a más de la gracia que me convenga en confor-

midad del artículo 6.º del decreto del Excelentísimo Congreso, N.º 18 del 26 de octubre próximo pasado.

San José, 19 de noviembre de 1857.

Excelentísimo Señor Presidente de la República.

No sé firmar y lo hace por mí el que suscribe.

Por la señora Manuela Santamaría,

(f.) RAFAEL RAMOS

Es copia confrontada con su original, que se halla en estos Archivos Nacionales, Legajo de Expedientes Administrativos de la Secretaría de la Guerra, año 1857.

San José, 12 de Enero de 1900.

El Director,

ANASTASIO ALFARO

La Gaceta, Diario Oficial, N.º 11, del 14 de Enero de 1900.

NOTA:—Fué el señor Alfaro quien descubrió este documento bajo la carpeta de un escritorio. Después de este documento nadie puede poner en duda la autenticidad del hecho.

Al año siguiente del acto glorioso, se declara de modo oficial, que le consta al Gobierno la realidad de los hechos de que hace referencia el pedimento de Manuela Carvajal y, por tanto, le concede pensión. Tal constancia está escrita de puño y letra del Benemérito don Juan Rafael Mora.



SE CONCEDE UNA PENSIÓN DE TRES PESOS
A MANUELA CARVAJAL

1857

Sala del Despacho de Hacienda y Guerra.—En el Palacio Nacional.—San José, noviembre veinticuatro de mil ochocientos cincuenta y siete.

Constando al Gobierno la realidad de los hechos de que hace referencia este memorial y los servicios y denuedo con que en la campaña del año próximo pasado se mostró el tambor Juan Santamaría, vecino de la ciudad de Alajuela, que murió en el combate del 11 de abril; y siendo el expresado Santamaría hijo único de la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, el Gobierno le concede a ésta la pensión vitalicia de tres pesos mensuales que empezará a tener efecto desde el 1.º del mes de diciembre próximo en adelante.—Comuníquese.—(Hay una rúbrica.)

Rubricado de mano de S. E.—JQ. BERNARDO CALVO,

«Comunicado en la fecha al Intendente General al Comandante y al Habilitado.»

SOBRE LA MISMA PENSIÓN

En el libro de comunicaciones del Ministerio de Guerra aparece, con el número 145, lo siguiente:

«El Excelentísimo Gobierno por resolución del día de ayer, ha tenido a bien conceder a la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, vecina de la ciudad de Alajuela, la pensión vitalicia de tres pesos mensuales, en consideración al denuedo con que en la campaña del año próximo pasado se mostró el tambor Juan Santamaría, hijo de la agraciada, que murió el 11 de abril en Nicaragua, debiendo empezar a tener efecto la indicada pensión desde el primero del mes de diciembre próximo en adelante. Dígolo a V. para los efectos que son siguientes.—Dios guarde a V.—Noviembre 25 de 1857.»

Ocho años después, don José de Obaldía, un EXTRANJERO ilustre, Presidente Ejecutivo del Estado de Panamá, lanza la primera voz recordando el hecho heroico y pidiendo su glorificación.

FRAGMENTO DEL DISCURSO
PRONUNCIADO POR DON JOSÉ DE OBALDÍA

EN EL SALÓN DEL PALACIO DE GOBIERNO
EL 15 DE SETIEMBRE DE 1864

«Penetrado del sentimiento generoso que domina a los costarricenses, no debo tratar de otro sacudimiento político, posterior a los que se mencionan antes; el tiempo va borrando felizmente sus huellas, y aún no ha llegado el día de juzgarlo con entera imparcialidad. Consagremos sí unas líneas a la noble resolución de este pueblo de escarmentar, en 1856, a las hordas filibusteras que, teniendo a Guillermo Walker por su jefe, invadieron al estado vecino de Nicaragua, para convertirlo en apéndice de las secciones esclavistas de la Unión Americana, y en base de operaciones para anexar uno a uno todos los Estados centro-americanos. El proyecto era tan vasto como inícuo, y los costarricenses se apercibieron en tiempo, de que era cuestión de ser o no ser. Marcharon a la más santa de las guerras, auxiliar y defensiva al mismo tiempo; pelearon con ardor contra enemigos capitales: los filibusteros bien armados, el clima cálido y húmedo, y una peste desoladora, que, por desgracia, fué entonces importada a este país. Frescos están, señores, los recuerdos gloriosos de las jorna-

das de Santa Rosa, Rivas y San Juan; y frescos también los laureles recogidos allí por hijos dignos de este suelo. Algún honor tocó a las fuerzas de otros Estados en el triunfo de la buena causa; pero él se debió, casi exclusivamente, a la bizarría y a la constancia de los costarricenses.

Hay un hecho, señores, de esa brillante campaña, tan fecunda en bienes, que no debe quedar en el olvido. Walker, en Rivas, se había apoderado de un edificio conocido con el nombre de Mesón de Guerra, desde donde se hacía un fuego mortífero a los soldados de este país. Toda tentativa de tomarlo sin artillería de sitio, era completamente inútil; incendiarlo se hacía necesario, y faltaban para ello cohetes a la congreve u otros proyectiles semejantes. Entonces uno de los jefes de esta República vuelve sus miradas a la tropa, y pregunta si habría allí un héroe que aceptase voluntariamente cierta comisión salvadora del ejército, pero que envolvía el sacrificio del que la admitiese. La comisión fué aceptada; espérase la noche; hácese los preparativos convenientes y entra un desconocido a aquella especie de ciudadela, seguro de encontrar la muerte en su recinto. El fuego comienza, pero su luz descubre al incendiario; una bala enemiga le despedaza el brazo en que brilla la tea y funciona el otro brazo con nueva tea, sin que el valor desmaye. Arde el edificio, vuelan las municiones y todo se consume; huyen aterrados los filibusteros, y se canta victoria . . . Señores, el héroe humilde, imitador de Ricaurte en San Mateo, se llamaba JUAN SANTA-MARIA, por sobrenombre Gallego. Honor a su memoria!»

Nueve años después del hecho glorioso el Senado y la Cámara, reunidos en Congreso, ratifican aquella constancia, que en 1857 escribió Mora de propia mano, elevando el monto de la pensión.

SE AUMENTA LA PENSIÓN A DOCE PESOS

1865

DECRETO VI

El Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Congreso,

Considerando el importante servicio prestado a la Patria por el finado Juan Santamaría, el once de abril de 1856 en Rivas, República de Nicaragua,

Decretan:

Artículo único.—Desde la publicación de este Decreto gozará la señora Manuela Gallego, anciana pobre y legítima madre de Juan Santamaría, la pensión vitalicia de doce pesos mensuales.

A la Cámara de Senadores.—Dado en el Salón de Sesiones.—Palacio Nacional, San José, mayo veinte y tres de mil ochocientos sesenta y cinco.—MANUEL A. BONILLA, Vicepresidente.—SALVADOR LARA, Secretario.—MANUEL SÁENZ, Secretario.

Sala de la Cámara de Senadores.—Palacio Nacional, San José, junio siete de mil ochocientos sesenta y cinco.—JOSÉ MARÍA MONTEALEGRE, Presidente.—VICENTE HERRERA, Secretario.—RAMÓN FERNÁNDEZ, Secretario.—Ejecútese, JESÚS JIMÉNEZ.—El Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Guerra, FRANCISCO ECHEVERRÍA.

*El Estado honra al Héroe,
bautizando con su nombre
un vapor guarda-costas.*

ACUERDO N.º 46

SECRETARÍA DE MARINA

Palacio Presidencial, San José, abril 25 de 1885

Estando para venir dos vapores guardacostas para el servicio del litoral del Atlántico,

Su Excelencia el General Presidente de la República

ACUERDA:

Que sean designados el uno con el nombre de MORA, en honor de los ilustres mandatarios de ese apellido, y el otro con el de JUAN SANTAMARIA, en memoria del heroico soldado de Alajuela.—Publíquese. Rubricado por su Excelencia el General Presidente.—
DE LA GUARDIA.

*El Estado honra al Héroe
y promueve la erección de
una estatua.*

N.º 102

Palacio Nacional, San José, 8 de junio de 1887

A fin de erigir en la ciudad de Alajuela un monumento a la memoria de Juan Santamaría, para perpetuar de ese modo el recuerdo glorioso de aquel héroe de la Campaña Nacional de 1856, el Benemérito Señor General Presidente de la República,

ACUERDA:

Promover una suscripción nacional destinada a ese objeto, la cual debe levantarse en cada provincia por los respectivos Gobernadores y Comandantes Militares, quienes darán cuenta, cada quincena, a este Ministerio de las cantidades recogidas para depositarlas en el Banco de La Unión, y enviar la lista de los contribuyentes, a fin de que se publique en el Diario Oficial.—Publíquese, SOTO.—El Secretario de Estado en el Despacho de Guerra, SOTO.

Gaceta N.º 134 del 11 de junio de 1887.

DECRETO N.º 50

(de 28 de julio)

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL
DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

En atención a que se intenta levantar en la ciudad de Alajuela un monumento destinado a perpetuar la memoria de Juan Santamaría, heroico soldado que se sacrificó en defensa de la patria en la guerra nacional de 1856,

DECRETA:

Asígnase la cantidad de cinco mil pesos del Tesoro Público para auxiliar la construcción del monumento referido.

AL PODER EJECUTIVO.—Dado en el Salón de Sesiones del Palacio Nacional, en San José, a los veintiocho días del mes de julio de mil ochocientos ochenta y siete.—A. ESQUIVEL, Presidente.—MÁXIMO FERNÁNDEZ, Secretario.—MANUEL J. JIMÉNEZ, Prosecretario.

Palacio Presidencial, San José, veintinueve de julio de mil ochocientos ochenta y siete.—Ejecútese.—A. DE JESÚS SOTO.—El Secretario de Estado en el Despacho de la Guerra, MAURO FERNÁNDEZ.

ACUERDO N.º 191

Palacio Nacional, San José, 22 de agosto de 1888

Considerando: que está dispuesto erigir un monumento en honor de la memoria del heroico soldado Juan Santamaría, y corresponde designar el lugar en que deba colocarse,

Por tanto, el Presidente de la República

ACUERDA:

Que el expresado monumento se coloque en el centro de una plaza que se formará en la parte Oeste de la segunda manzana situada al Sur de la plaza principal de la ciudad de Alajuela. Por medio de la Secretaría de Fomento se dictarán las disposiciones al efecto conducentes.—Publíquese.—Rubricado por el señor Presidente de la República.—FERNÁNDEZ.

Colección de Leyes de Costa Rica.—1888.

ACUERDO N.º 195

Palacio Nacional, San José, 23 de agosto de 1888

Estando dispuesto, en acuerdo dictado ayer, formar una plaza en la segunda manzana situada al Sur de la plaza principal de la ciudad de Alajuela, y que en ella se coloque el monumento conmemorativo de Juan Santamaría; teniendo en consideración que el Gobierno es dueño de varias de las propiedades ubicadas en dicha manzana, y que se niegan a vender las suyas doña Aquilea de Saborío, doña Esmeralda de Rodríguez y señorita Pilar Quesada, dueñas de un solar, y don Pascual Saborío, dueño de otro fundo, cuyas propiedades lindan: la de las primeras, al Norte, con solar perteneciente al Municipio; al Sur, con propiedad de Saturnino Alvarado, Juana Salazar y Pascual Saborío; al Este, con propiedades del General don Bernardo Soto, doña Inés G. de Ardón y doña Josefa Jiménez de Quesada, y al Oeste, con propiedad del Supremo Gobierno y de doña Mercedes Chaves y la casa de don Pascual Saborío; al Norte, con propiedad de doña Josefa Jiménez de Quesada y solar de doña Esmeralda B. de Rodríguez, doña Aquilea de Saborío y señorita Pilar Quesada; al Sur, calle pública en medio, con propiedades de don Juan María Chaves y don Francisco Rojas; al Este, con propiedad de don Clemente Fernández; y al Oeste, con propiedad

de Juana Salazar. Considerando, por último: que para la formación de la plaza proyectada se necesitan indispensablemente las expresadas propiedades; por tanto, el Gobierno,

ACUERDA:

Declarar de utilidad pública la expropiación de dichos fundos, y ordenar que se proceda a ella, previo pago del valor de los citados inmuebles, del importe de daños y perjuicios, conforme a dictamen pericial.—Publíquese.—Rubricado por el señor Presidente de la República.—FERNÁNDEZ.

Colección de Leyes de Costa Rica.—1888.

Palacio Nacional, San José, 22 de agosto de 1891

Estando al terminarse la formación del «Parque Juan Santamaría» en la ciudad de Alajuela, donde debe colocarse la estatua que para perpetuar la memoria de aquel héroe se ha mandado erigir.—El Presidente de la República

ACUERDA:

Señalar para la inauguración oficial del monumento conmemorativo el día quince de setiembre próximo.

El señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra queda encargado de dictar las disposiciones correspondientes a la solemnidad con que debe verificarse dicho acto.—Publíquese.—Rubricado por el Señor Presidente.—LIZANO.

*Costa Rica mira en Santamaría
un símbolo de fraternidad.*

N.º 9

(de 16 de setiembre de 1891).

JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA
DE COSTA RICA,

En conmemoración del septuagésimo aniversario de la Independencia Centroamericana, y deseando al propio tiempo realzar con un acto conciliador la inauguración del primer monumento de las glorias nacionales erigido ayer en la ciudad de Alajuela a una de sus insignes personificaciones, el héroe soldado JUAN SANTAMARIA,

En uso de sus facultades constitucionales y de conformidad con el voto del Consejo de Gobierno,

DECRETA:

Artículo único:—Concédese amplia amnistía en favor de todos los que se encuentren penados por causas políticas.

Dado en la Casa Presidencial, en la ciudad de San José, a los dieciseis días del mes de setiembre de mil ochocientos noventa y uno.—JOSÉ J. RODRÍGUEZ.—
El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación,
JOAQUÍN LIZANO.

*Para honrar al héroe se declara
Feriado el 11 de abril.*

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA

Como testimonio de admiración a la memoria del soldado Juan Santamaría y para perpetuar el recuerdo de la gloriosa batalla de Rivas,

DECRETA:

Se declara a perpetuidad el 11 de abril día feriado y de fiesta nacional de la República.

AL PODER EJECUTIVO.—Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional, a los diecisiete días del mes de junio de mil novecientos quince.—LEONIDAS PACHECO, Presidente.—AD. ACOSTA, Secretario.—LEÓN CORTÉS, Secretario.

San José, a los dieciocho días del mes de junio de mil novecientos quince.—Ejecútense, ALFREDO GONZÁLEZ.—El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación, JUAN RAFAEL ARIAS.

*El Estado honra al Héroe
protegiendo a sus familiares.*



N.º 78

SESION ORDINARIA
DEL CONGRESO CONSTITUCIONAL
VERIFICADA EL 14 DE AGOSTO DE 1926

Artículo 5.º

Fué aprobado en tercer debate y detalle el proyecto de ley que concede una pensión de treinta colones mensuales a cada una de las primas del héroe nacional Juan Santamaría, señoras Ramona y Francisca Santamaría. Al discutirse este proyecto, el señor Representante ALVARADO QUIROS, y demostrando la autenticidad de la hazaña realizada por el glorioso héroe que dió fuego al Mesón de Rivas, pronunció el discurso que se publicará por aparte en el Diario Oficial, así como la contestación del General don JORGE VOLIO a las palabras del señor Quirós y quien motivó su voto adverso a la pensión porque no cree que el Poder Legislativo deba dar otra confirmación oficial por este medio, a un hecho, el cual, a su juicio, no está plenamente demostrado. También se publicarán en el Diario Oficial las palabras pronunciadas por el Representante FOURNIER en defensa del proyecto de ley, el cual fué apoyado en cortas palabras por el Diputado LEON don JOSE DANIEL. La Mesa ordenó la emisión del correspondiente decreto.

Gaceta N.º 193 de 22 de agosto de 1926.

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL
DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA

De conformidad con la fracción décimoctava del artículo 73 de la Constitución Política y en mérito al estado de suma pobreza en que actualmente se encuentran las señoras Ramona y Francisca Santamaría, ambas viudas de Córdoba, primas hermanas consanguíneas del heroico soldado Juan Santamaría,

DECRETA:

Asígnase a cada una de las expresadas señoras Ramona y Francisca Santamaría, una pensión mensual de treinta colones (¢ 30-00), con cargo al Tesoro Público.

COMUNÍQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los catorce días del mes de agosto de mil novecientos veintiséis.—ARTURO VOLIO, Presidente.—LEÓN CORTÉS, Primer Secretario.—ENRIQUE FONSECA ZÚÑIGA, Segundo Secretario.

Casa Presidencial, San José, a los veintitrés días del mes de agosto de mil novecientos veintiséis.—Ejecútese. RICARDO JIMÉNEZ.—El Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Comercio, TOMÁS SOLEY GÜELL.

SEGUNDA PARTE

LO QUE ESCRIBEN LOS HISTORIADORES

(REFERENCIAS)

DESCRIPCIÓN DE WILLIAM WALKER

«De modo que pronto se apoderaron los americanos de la plaza principal y de todas las casas que la rodeaban, al paso que el enemigo se encerró en los edificios situados en la parte occidental de la ciudad, haciendo un fuego irregular desde las puertas y ventanas, lo mismo que por las aspilleras abiertas de prisa en las paredes de adobes. En cuanto a los americanos, después que pasó el primer entusiasmo del ataque, fué imposible hacerlos asaltar las casas en que los costarricenses se ocultaban para guarecerse del fuego mortífero de los rifles. Muchos de los soldados, extenuados por la primera carga, arribaban sus fusiles a la pared, dejándose caer en el suelo, y era difícil hacerlos entrar en acción. Cuando acudió el coronel Fry con su reserva, se procuró que diese una carga en la calle hacia la casa ocupada por Mora; pero Fry y luego Kewen—quien se portó valientemente en la jornada como ayudante voluntario—trataron en vano de llevar los soldados al ataque. El desaliento de las compañías, extenuadas por la primera embestida, repercutió en la tropa de refresco y fué imposible conseguir que ninguno de los elementos de la fuerza repitiese el ataque con el vigor desplegado al principio.

Los pocos batidores que mandaba el capitán Waters habían echado pie a tierra al iniciarse el combate, tomando parte en él. El joven Gillis, impetuoso teniente

de Waters, había caído ya; entretanto este capitán se había adueñado de la torre de la iglesia, situada en el costado oriental de la plaza, y podía observar desde allí, con provecho, los movimientos del enemigo y molestarlo con sus rifles. Algunos soldados de Sanders estaban asimismo apostados en los techos de las casas, al Oeste de la plaza, y desde allí hacían daño; pero pronto se vió claramente que se necesitarían días para desalojar a los costarricenses de las casas que ocuparon pasada la primera sorpresa, sobre todo no contando con artillería la fuerza nicaragüense y teniendo que depender del pico y de la barra para abrirse paso por entre las gruesas paredes de adobes de la ciudad. Era evidente que Mora estaba en grandes aprietos, porque varias veces, durante el día, se vieron entrar en Rivas tropas costarricenses traídas del San Juan y de la Virgen. El Presidente concentró todas las fuerzas que tenía en el departamento para repeler a los americanos.

Pero al ver el enemigo que los nicaragüenses no avanzaban, tomó la ofensiva y se propuso penetrar en una casa, al costado norte de la plaza, desde la cual podía dirigir un fuego mortífero contra el flanco americano. Este movimiento lo impidió el teniente Gay con otros, principalmente oficiales, que se prestaron a ello voluntariamente. La bizarría de los compañeros de Gay se parece más en espíritu a la de los caballeros de los tiempos del feudalismo, que a la de oficiales y soldados de los ejércitos regulares. Entre los que acompañaron al joven teniente figuraba el mayor Rogers, del servicio de la proveeduría; el capitán N. C. Breckenridge y el capitán Huston. Nadie pensó en grados; cada cual avanzó revólver en mano, dispuesto a hacer en la refriega el papel

de un hombre de verdad. No eran más de una docena los que salieron a desalojar a más de cien, y la carga barrió completamente al enemigo. Gay y Huston cayeron muertos y Breckenridge salió ligeramente herido en la cabeza; pero los restantes regresaron ilesos.

Durante la tarde el enemigo incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos, y el fuego que hacía desde una torre situada frente a la tropa mandada por Brewster dificultó algún tanto las comunicaciones entre los costados oriental y occidental de la plaza. Al acercarse la noche decayó el fuego de ambas partes, agotadas al parecer por la excitación y la lucha sostenida durante el día.»

«La Guerra de Nicaragua», escrita por William Walker.
Versión castellana de Ricardo Fernández Guardia.
Páginas 176, 177 y 178.

EL PARTE DE LA BATALLA QUE DIÓ EL
GENERAL PRESIDENTE DON JUAN RAFAEL MORA
(FRAGMENTO)

«Cuartel General, Rivas, 15 de abril de 1856.

H. Señor Ministro de la Guerra:

He dado parte ya de la gloriosa jornada del 11, y lo repito ahora detallado, aunque sucinto, pues nunca acabaría de recopilar justamente los heroicos hechos de mi valiente tropa. A las siete de la mañana y a consecuencia de las astutas maniobras del jefe filibustero William Walker, mandé una columna de 400 hombres, al mando del Mayor Clodomiro Escalante, con dirección al pueblecito de Potosí, por cuyo lado nos llamaba la atención el enemigo. Un cuarto de hora habría pasado apenas, después de la salida de dicha columna, cuando Walker, escondido sin duda de antemano en las cercanías de esta ciudad, abierta y rodeada por todos lados de espesos platanales y cacaotales, la invadió como un torrente por el lado opuesto al camino que había tomado la columna del Mayor Escalante, apoderándose de la plaza y llegando muy cerca de las casas del Cuartel General y depósito de pólvora, situado al frente de él y ambos a dos cuadras de distancia de la plaza. El pri-

mer momento fué terrible. Nuestra gente y posiciones fueron de improviso flanqueadas, ceñidas casi de un círculo de fuego y de balas. Todos empuñamos las armas y acudimos a la defensa. El Coronel Lorenzo Salazar apoyó este cuartel con un puñado de gente que tenía y rechazó al enemigo dando tiempo a que la columna, que había salido de la ciudad, entrara de nuevo y fuera ocupando puestos ventajosos, hasta llegar casi a cambiar la defensa en ataque, obligando a los enemigos a ampararse a las casas. Un cañoncito avanzado hacia la plaza y defendido por cuatro artilleros solamente, nos había sido tomado por los filibusteros en su primera carga, y por un inconsiderado empeño de honor en recobrarlo perdimos alguna gente. Tres veces salieron nuestros soldados de la esquina en que está situado este cuartel (casa de don José María Hurtado) corriendo hacia el cañón, colocado a dos cuadras de distancia, y tres veces sufrieron las descargas de metralla, y el mortífero fuego del enemigo situado en la plaza, mesones del Cabildo y de Guerra (en el cual estaba Walker con lo mejor de su gente), en la iglesia, su campanario y la casa de la señora Abarca, llamada por los nuestros del doctor Cole. A las once del día ocupaban los filibusteros la plaza, como queda dicho, y todas las avenidas al lado de la iglesia. Desde la cuadra atrás del Mesón de Guerra, la ciudad era nuestra hacia el Noreste; teníamos libres los caminos de La Virgen y San Juan. La situación había mejorado, pero faltaba aún vencer. Ordenes terminantes salieron de este cuartel simultáneamente. Mi deseo era reunir a determinados mandos la gente que peleaba aislada. Primero, organizar; después, estrechar al enemigo, desalojarle, echarle fuera de Rivas. Un piquete

de dragones fué estacionado en la puerta del cuartel con el sólo objeto de pasar las órdenes escritas, y se insinuó a todos los jefes que me pasaran partes momentáneos de la situación. Hice que el parque almacenado en la casa del frente se trasportara aquí y pasé aviso a todos los jefes para que acudieran a municionarse abundantemente. A las nueve de la mañana había pedido un refuerzo de cien hombres a la Virgen. En seguida mandé correos para que las guarniciones de dicho punto y de San Juan se concentraran en Rivas. Desde este momento, el cambio progresivo a nuestro favor se mostró decisivo. Los nuestros habían incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba flanqueando o encerrando ya a los enemigos. A media tarde llegaron los Comandantes Juan Alfaro Ruiz y Daniel Escalante, con la gente de La Virgen; esta tropa ocupó una parte del Mesón, a la derecha de la iglesia y continuó estrechando al enemigo hasta apoderarse, en la noche, de la casa del doctor Cole, última de este costado de la plaza. A media noche llegó el Coronel Salvador Mora, con la gente de San Juan del Sur. Aunque los filibusteros estaban ya encerrados, esta fuerza completó la seguridad de nuestras posiciones. Los fuegos habían cesado casi; sólo se oían las descargas que, de tiempo en tiempo, hacía nuestra gente a las partidas de enemigos que huían y los alegres vivas de aquélla a la República y a sus jefes».

JUAN RAFAEL MORA

De Historia de los Filibusteros, de Joaquín B. Calvo.

LO QUE INFORMA PEDRO BARILLER

(EL SUAVO)

(FRAGMENTO)

«El enemigo inquietó poco a nuestros trabajadores, pero es probable que nuestras disposiciones defensivas no le hicieran augurar nada bueno para el día siguiente. Apurados por el incendio de las casas que ocupaban algunos filibusteros, atravesaron la plaza a eso de las dos de la mañana: una descarga general de aquellos soldados nuestros cuyo fuego alcanzaba ese lado de la plaza, acogió este primer movimiento de retirada: y hubo de dar al enemigo un golpe, porque una hora después se resignaba a una retirada definitiva. No omitiré decir a V. E. que inmediatamente después del toque de diana los gritos de victoria y «mueran los filibusteros», proferidos por nuestras tropas, contribuyeron a sembrar el terror entre los contrarios. No obstante, no fué sino al despuntar el día cuando nuestros soldados, con una carga a la bayoneta, deshicieron a los últimos filibusteros, y empezaron a recoger sus tropas. Dos tambores, más de 300 armas de fuego y algunas armas blancas, se encontraron en el mismo teatro del combate; pero lo que indicó más que todo, el desorden de la retirada del enemigo, fué el abandono de 15 o 20 heridos que cayeron en nuestro poder.

Los informes conseguidos después de la victoria, tienden a probar que el ejército del llamado general Walker ha sufrido, entre muertos y heridos, pérdidas superiores a las nuestras».

PEDRO BARILLER

Walker en Centro América, de Lorenzo Montúfar.—1887.

Página 323.

BATALLA DEL 11 DE ABRIL
RELATO DE DON JOSÉ MARÍA BONILLA

«A consecuencia de lo suficientemente espacioso que era el edificio que había ocupado el oficial Fulgencio Ocaña, se acuarteló en él mayor número de fuerzas, y aunque al principio de la lid, salieron de allí varios a combatir al enemigo, un jefe, a quien aún no le había vuelto la reacción, ejecutó la acción diabólica de mandar donde Ocaña, a decirle a nombre del General Presidente, que ni aun con orden del mismo, entregara un soldado más, para que, en caso dado, con la fuerza que en aquel cuartel se encontraba a su mando, se pudiera emprender la retirada, en la que dirigía el Coronel Lorenzo Salazar, el cual se encontraba en el Estado Mayor, a consecuencia de que, desde que se principió el combate había salido con suma ligereza de su cuartel, con el objeto de ir a proteger a aquel otro. La verdad de lo expuesto está comprobada con lo que igualmente en aquella época dijo a varias personas el mismo Comandante Ocaña, y entre ellas su segundo el capitán Marcelino Pacheco. Entre los agregados al Estado Mayor, se encontraba el General de División José Manuel Quirós, jefe antiguo que militó en servicio activo, por espacio de diez y seis años, en el que obtuvo grados por rigurosas escalas, y cuando en Abril de 1844

ascendió a General de Brigada, adquirió a la vez el empleo de Comandante de armas del Estado y, continuando en él, ascendió a General de División hasta 1851, época en que fué reemplazado en dicho empleo por don José Joaquín Mora.

Como a las diez y cuarto de la mañana, habiendo resuelto el General Presidente que con la mayor parte de las fuerzas que se encontraban en el cuartel Ocaña, se atacara la retaguardia de los enemigos, ordenó que dirigiera las operaciones de aquel movimiento dicho General Quirós, y como en aquellos momentos no hubiera allí un sólo ayudante que transmitiera la orden, a fin de que entregaran dichas fuerzas, Quirós ofreció ir en persona, y aceptado que le fué, se dirigió al cuartel antes dicho, a pasos acompasados como era su costumbre, y con el cuerpo erguido. El era esbelto y suficientemente alto. Con motivo de que en la calle por donde seguía están situadas unas tapias sumamente bajas y deterioradas, varios le gritaron: «General, agáchese»; él contestó: «Los Generales no se agachan!» Cuando llegó a su destino y transmitió la orden a dicho comandante, como ya se puede suponer, fué desobedecida, y al regresar, no faltándole más que unos pocos metros para llegar al edificio que ocupaba el Estado Mayor, una bala le atravesó el cráneo, ocasionándole al poco rato la muerte.

Como a las diez y media llegó al cuartel general el capitán Alejandro Cardona y dijo al General Presidente, que el coronel Salvador Mora al llegar como una legua de allí, oyó el tiroteo, por cuyo motivo hizo alto en aquel punto y le ordenó llegara donde el mandatario, para que, en caso de que lo que oía era un combate le transmitiera las órdenes que a bien tuviera.

El Presidente le hizo transmitir de que se presentara en el acto y una vez que ya se abocaron, entre las instrucciones que le dió, una de ellas fué que regresara a San Juan del Sur, a fin de que con las fuerzas que allí había a su mando, retornara a Rivas. Al momento partió dicho Coronel con su comitiva para su destino, con excepción del cirujano don Andrés Sáenz, a quien se le ordenó quedara allí para asistir a los muchos heridos que en aquella hora había.

Cuando al enemigo se le concluyó el parque correspondiente del cañón que tenía avanzado, lo colocó en el ángulo noroeste de la plaza, y no encontrándose establecidas en Rivas las calles que de dicho punto debía de seguir hacia el Norte, ni la que del ángulo Suroeste debía seguir hacia el Sur, por indicaciones del teniente coronel Pedro Bariller, a nuestras fuerzas se les arrojó a recuperar dicho cañón por la calle que seguía al Oeste del punto donde la pieza se encontraba.

Las paredes de dichas calles habían sido aspilleras por el enemigo, a derecha e izquierda, hasta una cuadra distante del Estado Mayor. Hubo compañías compuestas de cien plazas, de las que no regresaron más que cuatro individuos de unas y diez o doce de otras, como sucedió con las de los capitanes Vicente Valverde y Joaquín Fernández, habiendo a más quedado muerto el primero y casi muerto el segundo a inmediaciones de las aspilleras, a consecuencia de una grave herida que recibió en la cadera. Allí permaneció sin movimiento desde las diez y tres cuartos de la mañana hasta ya entrada la noche, logrando llegar de arrastrada al Estado Mayor.

Varios valientes intentaron incendiar por el lado

Oeste del Mesón llamado de Guerra, y entre ellos el Subteniente Pacheco, que al pretender ejecutarlo, sufrió cinco balazos, al mismo tiempo que las llamas fueron extinguidas.

Tal vez habiendo comprendido las fuerzas enemigas que, si se ejecutaba el incendio de dicho Mesón, no tan sólo les ocasionaría mucho daño, sino también perderían toda esperanza de circunvalar y asaltar el edificio donde se había establecido el cuartel general, pues era todo el conato de ellos, dieron una carga tan nutrida al centro de nuestras fuerzas que fué necesario acudieran en su auxilio varias de las que se encontraban empeñadas por los flancos y las pocas que había en el Estado Mayor, de donde el Capitán Víctor Guardia salió al mando de media compañía, la cual, habiendo sido reducida como a un tercio, por las balas enemigas, se introdujo por un boquete que había a la izquierda al fin de la cuadra, y ocupó un fortín que se encontraba situado en la esquina, el cual no estaba más que calle de por medio al Oeste con el Mesón y allí permaneció hasta el siguiente día en la mañana.

Cuando la opinión de Bariller era consultada por varios de los principales jefes sobre el modo cómo se podría tomar tal o cual punto, él solamente contestaba: «atacando a la bayoneta»; poco le importaba a aquel militar mercenario la carnicería de los que eran sus compatriotas.

Con conocimiento el General Cañas de que por las medidas poco acertadas que se habían tomado principalmente en la mañana, el heroísmo de las fuerzas costarricenses no produciría otra cosa que el aumento de tanta carnicería, ya como a las once y media, después de conferenciar con el General Presidente, montó en su caballo y salió a recorrer la línea, y sus primeras pala-

bras fueron apagadas con las exclamaciones de Viva Costa Rica! y Cañas! Enseguida ordenó que a nuestras fuerzas se les mandara hacer alto el fuego, para así cerciorarse de la posición que ocupaba el enemigo. La orden fué transmitida como por electricidad, e hizo muy presto exclamar a Walker (según se supo con certeza después): «Es necesario tomar muchas precauciones: ya no manda el que mandaba.»

Pronto se notó que el mayor número de fuerzas enemigas se había replegado al Mesón de Guerra y que solamente incendiándolo se podría desalojar de él: pero aquello era difícil, a causa de que en aquella hora, sus muros estaban completamente aspillerados por el enemigo para su defensa, sólo el soldado Juan Santamaría, de Alajuela, que era mozo de albañilería y ex-tambor, dijo a varios de sus compañeros: que con el líquido de una botella que en la noche de víspera se había encontrado en el cuartel ocupado por Corrales, se podría efectuar el incendio del Mesón. En pleno combate el General Cañas exclamó: Muchachos, ¿no habrá entre tantos valientes alguno que quiera arriesgar la vida incendiando aquel Mesón por salvar a sus compatriotas? El soldado Santamaría contestó en el acto: «Yo iré, pero les encargo que no se olviden de mi madre.» Enseguida empapa con aquel líquido un pequeño lienzo, lo ata a una caña y lo incendia a la vez, y hecho que fué esto cogió la improvisada tea en la mano derecha, partió a la carrera y la aplicó en el alero del ángulo suroeste de dicho edificio. Acto continuo le balearon el brazo derecho; él pasó la tea hasta que cayó mirando el cielo, con el convencimiento de que su obra se había consumado! Simboliza aquello que después que había cumplido como costarricense, eclipsando la abnegación espartana,

apartaba la vista del mundo de la vida para dirigirla hacia el infinito...

Si este hecho heroico hubiera tenido lugar en el tiempo de Milciades en Maratón o en el de Napoleón en Marengo, o Sucre en Ayacucho, habrían tenido los historiadores materia para asombrar al mundo entero.

* * *

Las fuerzas enemigas carecían de la suficiente agua para apagar el incendio del referido edificio, y, a los que subían a cortar el techo, les sucedía lo que a las aves con los tiros certeros del cazador, cuando van a posarse sobre el árbol bajo el cual las acecha. Entre los individuos que comandaban el ala izquierda de nuestras fuerzas, y combatieron a la derecha del enemigo, ya habían sido heridos el coronel José Bonilla y el capitán Carlos Alvarado y fué de tal gravedad la herida de este último, que a pocas horas le ocasionó la muerte. El capitán Rafael Alvarado, que también se encontraba hacia aquel mismo lado, fué de los que con su tropa corrieron a proteger a las del centro. El se introdujo por el mismo boquete por donde lo había hecho el capitán Víctor Guardia y en seguida formó su gente en línea por la derecha, de Norte a Sur.

Inmediato a dicho capitán Alvarado, fué herido mortalmente el mayor Juan Francisco Corrales que espiró a poco rato. También recibió una herida el enérgico español coronel Manuel G. del Bosque.

Únicamente los que no corrían riesgo de ser alcanzados por una bala de los enemigos, eran Bariller y

compañía, y aunque el número de sus socios era muy reducido, el capitán, por miedo, lo hizo sumamente grande, y saneado, pues cada uno colocó su cuantiosa comandita sin haberla dividido.

Habiendo resuelto el General Presidente, que el Brigadier Cañas le pasara partes momentáneos de la posición de las fuerzas tanto nuestras como enemigas, el Brigadier así lo hizo, y a la vez ordenó que todos los jefes que se encontraban combatiendo, lo ejecutaran igualmente, y para efecto, se estacionó un piquete de dragones para trasmitirlos por escrito.

JOSÉ MARÍA BONILLA

De Costa Rica Ilustrada.

Número 34 de 15 de setiembre de 1891.

LA DESCRIPCIÓN DE DON JERÓNIMO PÉREZ

«En este punto sorprendieron a un hombre que creyeron espía mandado por Mora, y le ahorcaron después que les dió informes muy minuciosos sobre la situación de los costarricenses en Rivas.

Con tales datos trazó Walker el plan de ataque, llamó a los Jefes, se los explicó, y a las dos de la mañana del día once continuó la marcha llevando de guía al Doctor J. L. Cole, americano, casado y residente en Rivas. Antes de amanecer pasaron por Potosí y siguieron por la costa del Lago hasta salir a las ocho de la mañana al camino real entre San Jorge y Rivas.

Por unas mujeres del pueblo que encontró supo Walker que los costarricenses estaban en completa calma, y apresuró la marcha porque vió que había alcanzado su propósito: UNA SORPRESA.

Los yankees fueron vistos hasta que penetraron a la población. El Teniente Coronel Sanders con cuatro compañías entró por el Norte. El Mayor Brewster con tres por el Sur. El Coronel Bruno Nazmer con el Mayor O'Neal pasaron por el extremo izquierdo de la ciudad. Un cubano apellidado Machado, con tropas nativas apoyaba a Sanders, y el Coronel Fry quedó con la reserva. Así fué que, mediante una sorpresa tan completa, pudieron ocupar muchos edificios de la plaza, especialmente la iglesia, y aún tomaron una pieza de artillería que los costarricenses tenían en una de las calles.

El combate se trabó de una manera horrible y des-

ventajosa para los de Costa Rica, porque se lanzaban a pecho descubierto a desalojar a los contrarios de las casas que ocupaban, desde cuyos techos hacían estragos en aquellos.

Pero tanto heroísmo era inútil, porque los Generales estaban encerrados en una casa y de ahí dictaban órdenes que no podían por lo mismo ser acertadas. Se cuenta de un centinela puesto momentos antes de comenzar el ataque, y que no pudo ser relevado después, porque quedó cortado por los fuegos enemigos, que permaneció en su puesto todo el tiempo que duró la batalla, con el mayor peligro de la vida, y que se retiró hasta que recibió la orden correspondiente.

El primer impulso de los soldados walkeristas era terrible: de ahí iban debilitando gradualmente su esfuerzo. Así fué que el once de Abril adquirieron de momento ventajosas posiciones, y a continuación no pudieron tomar otras, limitándose a defender las ya ocupadas.

En los momentos primeros vió Mora tan apurada la acción, que mandó replegar la tropa que dejó en La Virgen bajo el mando del Coronel don Juan Alfaro Ruiz, que habiendo llegado de refresco hicieron una carga nutrida, que contribuyó a desalentar a los americanos, en términos que por la tarde del mismo día once, ya no intentaban a avanzar terreno.

Los costarricenses entonces se empeñaron en desalojar a los filibusteros de un gran edificio situado en la línea occidental de la plaza y, no pudiendo hacerlo por la fuerza, le prendieron fuego y las llamas produjeron su efecto. Este edificio era el Mesón de Guerra, llamado así del apellido de su dueño.»

Memorias para la Historia de la Campaña Nacional contra el Filibusterismo. —1856 y 57.—Imprenta del Orden, Masaya, 1873.—Págs. 46, 47 y 48.



LO QUE ESCRIBE DON LORENZO MONTUFAR

«No aparece en esos partes el nombre de José María Rojas; pero muchas personas que pretenden hallarse bien informadas, aseguran que Rojas mató al coronel Machado, en los momentos en que marchaba con una columna de nativos a atacar la parte norte de la población.

Tampoco se habla en los partes de Juan Santamaría, a quien se atribuye haber incendiado el Mesón de Guerra.

Puede asegurarse que en los días posteriores a la acción de Rivas, no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes.

En una de las administraciones posteriores a la caída de Mora, enemiga en política del jefe caído, se creyó conveniente celebrar el aniversario de la independencia un 15 de Setiembre, y se discurrió que el señor Obaldía, personaje distinguido de Nueva Granada, donde había ejercido el Poder Ejecutivo, pronunciara un discurso.

Obaldía escribió una extensa disertación.

En ella habla del triunfo de Rivas y presenta a Santamaría como un personaje admirable.

Alvaro Contreras, joven inteligente, originario de Honduras, de fácil palabra y potente pluma, se entusiasmó con la lectura del discurso, y en artículos de periódicos, colocó a Juan Santa María a la altura de los más altos personajes de los tiempos heroicos.

Estas ideas se han difundido en toda la República

de Costa Rica y se trata de levantarle monumentos que inmortalicen su memoria.

Se dice que muchos rifleros de Walker se hallaban en el Mesón llamado de Guerra y que convenía desalojarlos: que era preciso demoler la fortaleza: que la demolición exigía elementos con que el ejército no contaba: que se dispuso destruir el mesón por medio del incendio: que era preciso acercarse a él con teas, cuyos portadores debían tener por recompensa una gloriosa muerte: que en casos iguales, se impartían órdenes terminantes, para que los soldados a que se dirigen, den cumplimiento a la comisión: que entonces aquellos infelices se arrojan con la esperanza de salvar la vida, porque cualquier negativa les produciría en el acto el fusilamiento.

Se agrega que no sucedió lo mismo el 11 de abril en Rivas: que se hizo una pregunta y fué ésta: quién quiere sacrificarse yendo a incendiar el mesón? Que un joven de la provincia de Alajuela pronunció este monosílabo «yo»: que al instante tomó una tea y se dirigió al mesón, el cual arrojaba proyectiles a millares: que una bala hirió al joven en el brazo derecho y cayó la tea: que el golpe no lo arredró: que agarrando la misma tea con la otra mano produjo el incendio y cayó muerto.

Nadie podrá negar que acciones como ésta, sólo las presentan los pueblos llenos de virilidad y de entusiasmo por la independencia y por la gloria.»

LORENZO MONTÚFAR.

«Walker en Centro América», 1987.—Páginas 341-342.

NOTA: Esta versión del Dr. Montúfar ha dado margen a las dudas surgidas con respecto al hecho. A pesar de eso el Dr. no lo niega, sino que refiere que no lo oyó contar antes de lo que dijo el señor Obaldía. Conocido es de sobra el apego que tenía el Dr. Montúfar a los documentos oficiales.

LO QUE REFIERE JAMES JEFFREY ROCHE

«A las ocho de la mañana del día 11, las fuerzas de Walker entraron a Rivas, divididas en cuatro columnas, por otros tantos caminos. El orden de batalla era el de un asalto simultáneo, debiendo reunirse las distintas columnas en el centro de la ciudad. Esto se ejecutó al pie de la letra, aunque los costarricenses, reponiéndose pronto de la sorpresa que les causó el ataque, se portaron bizarramente, empleando su armas de fuego con precisión y serenidad, y matando con fatal y exacta puntería a los jefes americanos. El combate duró cuatro horas. Al terminar, Walker había tomado posesión de la plaza y de la parroquia, pero a costa de cincuenta hombres, entre muertos y heridos. Los enemigos tuvieron cerca de doscientos muertos y doble número de heridos. Estuvieron recibiendo refuerzos durante el combate, pero no se aventuraron a salir de sus paredes de adobes para renovar la contienda. **Habiendo incendiado las casas vecinas de la plaza**, mantuvieron con intermitencias un fuego violento desde los edificios adyacentes. Los americanos improvisaron un hospital en la parroquia, de la cual se sacaron los heridos al amanecer bien custodiados por sus camaradas. Mora no se ocupó de su salida, sintiéndose muy contento de verse libre de tan molesta visita.»

JAMES JEFFREY ROCHE

Historia de los Filibusteros.

Versión castellana de Manuel Carazo Peralta. — Páginas 89 y 90.

DESCRIPCIÓN DE FRANCISCO RODRÍGUEZ CAMACHO

(FRAGMENTO DE «LA BATALLA DE RIVAS»)

«Como a las tres de la tarde se presentó la columna de La Virgen al mando de Alfaro Ruiz, y el ejército, así reforzado, atacó definitivamente el templo, los mesones y casas en que se habían refugiado los de Walker y desde donde hacían en las filas de Costa Rica horrosa carnicería.

Parapetados en aquellos últimos reductos de su efímera conquista, los americanos hacían una resistencia feroz; era el heroísmo de la desesperación, el amor sombrío de la existencia llevado al paroxismo; ya se habían desvanecido las ilusiones, la catástrofe estaba allí palpitante y fatal; pero si los americanos ya no esperaban vencer, podían todavía vender a caro precio sus vidas. No había un soldado o compañía que se aventurara más allá de la línea ocupada por los costarricenses que no fuera destrozado por la metralla, que salía de aquellas bocas negras y cavernosas, como el vómito horrible de un monstruo. «El Mesón de Guerra», sobre todo, hacía estragos; allí estaba Walker, y bien se comprendía por el incesante chisporroteo de rayos que despedía por sus ventanas, claraboyas y troneras; parecía una fiera apocalíptica, un sueño del visionario de Patmos, de hir-

sutas melenas, coronadas de relámpagos, arrojando la muerte de sus fauces tenebrosas.

Contrariedad terrible! Escollo siniestro arrojado de pronto por la mano de la fatalidad en el camino de la victoria!...

«Hay quien se atreva a pegar fuego a esa casa?», preguntó el jefe. La muerte era tan inminente, el sacrificio tan seguro, que el jefe mismo no se sintió con valor para imponerlo. Todos callaron; aquellos hombres que habían despreciado tantas veces la muerte; que habían combatido todo el día, cubiertos de sangre, de sudor y de polvo, jadeantes, magníficos, se miraron unos a otros en silencio y no contestaron. Habríase dicho que hacían no sé qué especie de pavoroso escrutinio introspectivo. La misma voz se dejó oír de nuevo: ¿No hay quien se atreva...?» Entonces los mudos testigos de aquella escena de espanto, vieron asombrados un espectáculo fantástico, que, más que del dominio de la historia, y en la categoría de los hechos posibles, parece creado para los fastos de la leyenda, y en el orden de los hechos mitológicos. Un hombre que sale de las filas, un soldado oscuro, un héroe desconocido, un titán anónimo la víspera, escalando entre lenguas de fuego, sobre montones de cadáveres, y espirales de humo, las gradas eternas del templo de los Inmortales. Pero... quién es ese hombre? Leónidas le abre sus brazos augustos, el caballero d'Assas lo saluda, Antonio Ricaurte lo llama hermano... sí, es su hermano en la gloria, su hermano en la inmortalidad, su hermano en la abnegación, su hermano también en la apoteosis...

Es un predestinado; pertenece al número de los que se sacrifican cuando los otros vacilan, de los que se

inmolan para que los otros culminen... «Cuidad de mi madre», fué su única recomendación al tomar en sus manos la tea; y se lanzó sublime en medio de los rayos de aquella tormenta.

Ah! La pluma tiembla en las manos cuando se evoca aquella visión del heroísmo: en una mano el fusil, en la otra la incendiaria tea, atraviesa el palenque ensangrentado en que la muerte bate sus pavorosas alas, la mirada chispeante, erizada la soberbia melena, el paso altivo y firme, con la olímpica majestad de Palas, tal como nos lo representan los grandes artistas clásicos; la tea cae de su mano derecha, rota por la metralla; JUAN SANTAMARÍA, pues que ese es su nombre, se baja y la recoge con la izquierda; las balas silban al rededor de su frente, pero él no lo nota siquiera; se yergue, avanza, incendia y... cae!... Cae aquí en la tierra, en la vida finita y ruin, para levantarse en el cielo de la historia, en la vida infinita y esplendorosa.

No recordamos quién ha observado la admirable coincidencia de que todos los héroes se parecen, y es porque es uno mismo el principio que informa sus actos, una misma la voluptuosidad moral que los impulsa al sacrificio. El heroico soldado costarricense, sin saberlo, sin haberlo oído nunca, repite las mismas palabras del héroe helvético en la batalla de Sempach, cuando al precipitarse sobre las picas enemigas exclamaba: «Adelante, mis bravos confederados, cuidad de mi mujer y de mis hijos»; pero la grandeza trágica de JUAN SANTAMARÍA, dadas las circunstancias de tiempo, de educación, de medio y de escenario, eclipsa la figura legendaria de Arnolde de Winkelried.

Incendiado el Mesón de Guerra, el fuego se comu-

nicó a las casas contiguas; el enemigo desalojado cedía en toda la línea; las dianas de la victoria llenaron todos los aires, y el sol que se hundía enrojecido en los mares de occidente, fué a llevar a otros mundos y a otros hemisferios la fama de la gloria inmarcesible cobrada en aquel día por las armas de Costa Rica.

Sólo las sombras de la noche que silenciosas bajaron sobre la tierra ensangrentada, pudieron salvar a los osados filibusteros de una absoluta destrucción, pero Walker, viendo desvanecida su ambición y abatido su orgullo, había recibido una lección elocuente y severa. La aurora del nuevo día sorprendió a la falange americana, huyendo despavorida, amedrentada, pasmada, hacia el Norte, hacia la ciudad de los lagos.»

FRANCISCO RODRÍGUEZ C.

De Glorias de Costa Rica.—1895.

LO QUE ESCRIBE DON JOAQUÍN BERNARDO CALVO

«En la tarde del 10 se recibió en Rivas el parte de que el enemigo se encontraba a pocas leguas de distancia; pero ya se había despachado una escolta exploradora con orden de apostarse en el paso real del río Gil González. Por desgracia, debido a la inexperiencia del oficial a quien se dió la comisión, el enemigo flanqueó la escolta y acampó a una media legua de su retaguardia¹, y habiéndose recibido otro parte en la mañana del 11, de que el enemigo se acercaba, fué puesto en marcha un batallón, a las órdenes del Mayor don Clodomiro Escalante, con objeto de que lo batiera en el camino.

El astuto y audaz jefe filibustero evadió también el encuentro de esta fuerza y, marchando con toda presteza sobre la ciudad de Rivas, atacó de improviso y vigorosamente, por todas partes, a nuestras tropas, mientras que entre ellas reinaba completa calma, y se creía que antes de cualquier ataque del enemigo se oírían las descargas, al encontrarse éste con los cuerpos

¹ La Batalla del 11 de abril, por el artesano costarricense José María Bonilla, *El Comercio*, San José, Costa Rica, 23 de abril de 1895.

de ejército avanzados para rechazarlo, o se recibirían nuevas noticias.

La sorpresa fué completa, y el Estado Mayor habría caído probablemente en poder de los invasores, si la previsión y el valor, nunca bien ponderados, del Teniente don José María Rojas, no hubiera frustrado la parte más importante del plan de Walker, arrebatando un fusil a un soldado y dando muerte instantánea al jefe Machado, que con los nicaragüenses debía apoyar a Sanders. Aquella fué la señal de alarma y los nuestros acudieron allí con ímpetu recomendable, al mismo tiempo que de igual manera rechazaban el asalto en los otros puntos atacados.

«El combate se trabó, dice Jerónimo Pérez, de una manera horrible y desventajosa para los de Costa Rica, porque se lanzaban, a pecho descubierto, a desalojar a los contrarios de las casas que ocupaban, desde cuyos techos hacían estragos en ellos»¹.

Hubo momentos difíciles, es cierto; pero a ellos fué muy superior el valor de nuestros jefes y oficiales, y el heroísmo de nuestros soldados, estimulados por el Presidente Mora en persona. Una vez frustrado el plan de asalto, los nuestros tomaron la ofensiva y a las once del día los filibusteros y sus aliados estaban reducidos a la plaza y avenida de la iglesia y concentrados, principalmente, en el Mesón llamado de Guerra, mientras que los costarricenses tenían el resto de la ciudad y expeditos los caminos de La Virgen y San Juan; pero el

¹ Jerónimo Pérez, nicaragüense, «Memorias para la Historia de la Campaña Nacional», Masaya, 1873.

ataque sobre los lugares ocupados por el enemigo se hacía tan costoso, como eran certeros los fuegos de los filibusteros, con armas superiores y ejercitados en el manejo de ellas; ventajas dignas de mayor atención, no obstante la disciplina, el arrojo y la constancia de nuestro improvisado ejército de labradores y artesanos, de simples ciudadanos.

No podrá separarse del recuerdo de aquel día de sangre y de dolor, el nombre del General don José Manuel Quirós, quien, invitado a inclinarse un tanto, en lo recio del fuego, para que se resguardase del peligro, contestó: «los Generales no se agachan.» Ni podrá olvidarse la bizarría del Teniente Coronel don Juan Alfaro Ruiz, el denuedo de los Capitanes don Joaquín Fernández, don Víctor Guardia, don Santiago Millet y de otros tantos héroes, entre los cuales se cuenta un soldado que, sorprendido de centinela al comenzar la acción, y separado por las vicisitudes de la batalla del grupo de los suyos, permaneció en su puesto, con el mayor peligro de la vida, hasta que, por la tarde, interrumpido el combate, vinieron a relevarlo en debida forma.

Ni es menor el mérito de los valientes que intentaron incendiar el Mesón, y, entre ellos, el Subteniente don Luis Pacheco, quien, al pretender ejecutarlo, sufrió cinco balazos, al mismo tiempo que las llamas fueron extinguidas¹.

Pero, sin embargo de tanto heroísmo de los jefes y soldados nuestros, no hay ejemplo de abnegación igual a la del soldado Juan Santamaría: «En pleno com-

¹ José María Bonilla, La Batalla del 11 de abril, citado.

bate, dice el señor Bonilla, testigo presencial del hecho, el General Cañas exclamó: Muchachos, ¿no habrá entre tantos valientes, alguno que quiera arriesgar la vida incendiando el Mesón por salvar a sus compatriotas? Y el soldado Juan Santamaría contestó en el acto: Yo iré, pero les encargo que no se olviden de mi madre. Acto continuo, con la improvisada tea en la mano derecha, partió a la carrera y la aplicó en el alero del ángulo Suroeste del Mesón, y habiendo sido herido en el brazo derecho, tomó la tea con la mano izquierda hasta que, atravesado de un balazo, cayó a tierra, mirando al cielo, con el convencimiento de que su obra se había consumado!»^{1 2}.

JOAQUÍN BERNARDO CALVO

«La Campaña Nacional contra los Filibusteros en 1856 y 1857.
Breve Reseña Histórica.»
Páginas 25, 26 y 27.

¹ José María Bonilla, *La Batalla del 11 de abril*, citado.

² Respecto del heroísmo de Juan Santamaría, *La Gaceta*, Diario Oficial, N.º 11 de 14 de enero de 1900, registra importantes documentos oficiales, fechados el 19 y 24 de noviembre de 1857.

LO QUE ESCRIBE MAXIMO SOTO HALL

«Al atardecer de aquel mismo día, supo Mora que el enemigo se encontraba a pocas leguas de Rivas y que marchaba hacia ella. Antes de saber la noticia, se había mandado una escolta por el camino que debían traer. Walker, con especial astucia, flanqueó la escolta y siguió adelante; lo mismo hizo al día siguiente, con el batallón que se mandó a batirlo, al saberse que seguía avanzando. Este batallón iba al mando del Mayor don Clodomiro Echandi.

Vencidos estos dos obstáculos, todo estaba en favor de Walker: iba a conseguir lo que deseaba: dar una sorpresa al ejército costarricense. Las sorpresas militares son siempre terribles, e inclinan notablemente la balanza de la victoria en favor del que las da. Si los más disciplinados ejércitos al verse sorprendidos caen en el desconcierto y en el desorden, cuánto más grande debía de ser la turbación de aquellos campesinos que casi por vez primera empuñaban un arma. El golpe filibustero fué seguro e indudablemente el Estado Mayor de Mora habría caído en manos del enemigo, si el amor a la patria, que como todos los grandes amores improvisa hasta la experiencia y la serenidad, hijas sólo del tiempo y la costumbre, no hubiese infundido en el alma del Teniente don José María Rojas la calma de los vetera-

nos. Este, en el momento de más tribulación, en el instante preciso de la sorpresa, arrebató a un soldado su fusil y con certera puntería dió muerte al jefe Machado.

Aquel disparo fué el punto de partida del cruel combate que iba a emprenderse y a la vez el anuncio de la futura victoria. La lucha comenzó sangrienta y terrible, con gran desventaja para los aturridos costarricenses. Felizmente el mismo horror del combate se encargó de cambiar en ellos la incertidumbre, en fe; la sorpresa, en coraje; el desconcierto, en heroísmo. Todos comprendieron que el triunfo no estaba en la estrategia ni en la astucia, sino en el valor, y con denuedo que asombra ofrecieron sus pechos a las balas enemigas tratando de desalojar a los contrarios, de las casas que ocupaban. Hubo varias alternativas y aun llegó ocasión en que las tropas de Mora creyeron que había sonado la hora de la derrota. Estos momentos difíciles, en vez de acobardarlos, los enardecía, de tal modo que a eso de las once de la mañana, los filibusteros casi no tenían más refugio que el llamado MESÓN DE GUERRA, mientras que sus encarnizados combatidores eran dueños del resto de la ciudad y tenían francas las principales salidas; sin embargo, el refugio de los filibusteros era seguro, casi infranqueable: desde allí bien parapetados, y con la ventaja grande que les daba la certeza de hábiles tiradores, podían aún hacer grandes estragos y quien sabe si rehacerse y triunfar. Era preciso desalojarlos de su posición, haciendo cualquier sacrificio: el único medio era darle fuego al Mesón.

Con tal motivo, el General Cañas, en lo más duro de la refriega, gritó:

—«Muchachos, ¿no habrá entre tanto valiente alguno

que quiera arriesgar la vida incendiando el Mesón por salvar a sus compatriotas?»

— «Yo iré, pero les encargo que no se olviden de mi madre.»

Entonces aquel oscuro hijo de Alajuela, aquel hombre, mezcla tal vez de indio y negro, pero que es digno hermano del cacique Urraca, se armó de la tea incendiaria y fué a dar fuego al Mesón; y, al transfigurarse en el Tabor de hermoso y noble sacrificio, se convirtió en hombre-símbolo: su tea es el fuego sagrado del patriotismo; su acto la más bella expresión del deber cívico: él mismo una encarnación del alma del pueblo, y su nombre, la urna bendecida que encierra la más grande enseñanza de la Patria Historia.

MÁXIMO SOTO HALL

Costa Rica en el Siglo XIX. Tomo I, págs. 168 y 169.



LO QUE ESCRIBE DON FRANCISCO MONTERO BARRANTES

Walker era dueño de toda la ciudad, con excepción de la parte Noreste, y se había fortificado desde el principio en todos los edificios que rodeaban la plaza, principalmente en la iglesia, la casa del Cabildo y el Mesón de Guerra. Cuantas veces pretendieron los costarricenses desalojarlos de sus posiciones, otras tantas fueron rechazados con pérdidas considerables, porque avanzaban a pecho descubierto contra los que impunemente podían acribillarlos desde sus parapetos.

La lucha había empezado entre siete y ocho de la mañana; a medio día no había habido otro resultado que la gran mortandad hecha en las filas costarricenses por los enemigos, pues no había sido posible desalojar a éstos de ninguna de sus posiciones. Como el Mesón de Guerra era el principal baluarte de los filibusteros, de donde más grave daño hacían a los nuestros, se dispuso incendiarlo para expulsar de él a los que lo ocupaban. La empresa era más que arriesgada; acometerla era recibir la muerte; mas no era por cierto el soldado costarricense capaz de vacilar un punto para ofrendar su vida en aras de la patria. Un simple tambor, Juan Santamaría, llamado con el apodo de «El Erizo» e hijo de Alajuela, se ofreció al sacrificio yendo a incendiar la

tremenda casa de donde salía sin cesar la muerte para los soldados de Costa Rica. Santamaría toma una tea, llega al Mesón, la aplica a una parte combustible y pocos momentos después subían en torbellinos las llamas. Asombro debió causar a los filibusteros la heroicidad del incendiario sublime, pero varios proyectiles le dejaron sin vida, no sin que los enemigos tuvieran en seguida que abandonar el Mesón, como se había querido.

FRANCISCO MONTERO BARRANTES

Elementos de Historia de Costa Rica.
Tomo II, páginas 25 y 26.

RELACIÓN DE DON ANASTASIO ALFARO

El notable y malogrado escritor centroamericano, Alvaro Contreras, nos dejó un brillante artículo que fué acertadamente reproducido en dos periódicos de esta República: primero en *El Tambor*, de Alajuela, y luego en *El Diario de Costa Rica*, de esta ciudad.

El justiciero escritor introdujo su trabajo con las siguientes palabras:

«Escribimos sobre un objeto olvidado, sobre una gloria cuyos resplandores no brillan en los recuerdos del pueblo centroamericano, porque el cielo de nuestra vida intelectual se halla todavía entoldado por nubes oscuras que el tiempo y la civilización disiparán.»

He aquí la pintura que el mismo escritor hace del modo como el humilde soldado supo rasgar la sombra de su vida oscura con el vivo resplandor de su grandioso patriotismo.

«El inolvidable 11 de Abril de 1856, el ejército costarricense, valiente y celoso defensor de la América Central, era diezmado en Rivas por las huestes filibusteras, que ocupaban un fuerte edificio. Este no podía ser demolido, porque faltaban de nuestra parte elementos adaptables al intento.»

«¿Cómo debíamos triunfar en aquel pavoroso conflicto? ¿Cómo vencer a nuestro tenaz enemigo tan ventajosamente situado?»

«Con sólo el impulso de un gran corazón, con sólo la voluntad de un soldado.»

«En medio de la desesperación y la muerte se alzó de nuestras filas una voz superior diciendo: Quién quiere sacrificarse yendo a incendiar el Mesón? Yo, respondió Santamaría, pronta y resueltamente, como si ese terrible encargo fuera un simple precepto de la disciplina... Con ánimo sereno, tomó una tea y firme fué a cumplir su consigna, bajo una lluvia de balas. Una de éstas inhabilitó el brazo de la tremenda ejecución, pero el otro le sirvió para coronar su grande intento; y nuestros compatriotas vieron, al reflejo de las llamas, una prodigiosa transfiguración y un triunfo tan inesperado como espléndido.»

Juan Santamaría es grande entre los grandes. Voluntad, virtud superior que no se conoció jamás. Muchos héroes podríamos citar, pero difícilmente presentaremos otro de tanta abnegación como la del insigne mártir de nuestros tiempos heroicos.

Ni la vanidad, ni la soberbia, ni la ambición, ningún estímulo de ese linaje obró en el ánimo de nuestro soldado incomparable: su proeza está exenta de toda mancha. El movimiento de su espíritu fué absolutamente espontáneo. Esta aserción está sostenida por otro párrafo del mismo Contreras:

«Nada que ofrezca interés podemos referir sobre la vida de Santamaría; nada sobre su rango social y sobre su educación, porque todo en él parece que se confundía en ese fondo oscuro y silencioso de la clase exheredada y pasiva de la sociedad.»

El mismo escritor conviene en otros puntos de su

artículo en que Santamaría no tiene semejanza con los héroes en cuyo cuadro debe, sin embargo, dársele puesto.

A nuestro juicio esa falta de similitud, que nosotros reconocemos también, consiste nada menos que en la falta de móvil concreto que hubo en Santamaría cuando aceptó el sacrificio de su vida.

Su espíritu superior obedeció a una causa superior que no admite análisis. A una intuición grandiosa, pero no inspirada por estímulos vulgares.

«La figura de Santamaría se destaca del cuadro de los héroes, porque ningún cálculo egoísta puso la tea en su mano y con ella la vida ante las balas enemigas.»

«La causa del tremendo arrojó debemos buscarla en la naturaleza extraordinaria de su alma, en el temple maravilloso de su corazón, al que no faltó ni un sólo átomo para ser dechado de corazón entero.»

Estos párrafos tomados de un extenso editorial de *La Gaceta*, de 15 de Junio de 1887, son el despertar del sentimiento público, tratando de levantar la figura del soldado que en los campos de batalla había salvado con el sacrificio de su vida, la vida de la Patria. Pueden los héroes permanecer talvez olvidados durante los azares de la guerra y aun algunos años más tarde; pero jamás podrá borrarse su sombra cuando majestuosa se proyecta en el cielo nacional. El indiferentismo transitorio de sus ciudadanos y aun las intrigas del egoísmo, jamás podrán alcanzar a borrar su memoria, porque la verdad surge siempre a despecho de todas las ingratitudes de los hombres.

A mediados de Enero de 1900 tuve la particular satisfacción de revelar a la luz pública el documento original que a la letra dice:

(Copia la solicitud de un montepío hecha por la madre del héroe y el otorgamiento de la primera pensión en 1857. Ambos documentos se publican en la parte histórica de este volumen.)

* * *

El hecho de haberse puesto, rubricado y legalizado el acuerdo del gobierno al pie del mismo escrito presentado por la señora madre de Juan Santamaría, contribuyó indudablemente a retardar su publicidad, dando así campo a la leyenda, que en el transcurso de medio siglo levantó muy alto la figura del soldado heroico. Juan Santamaría aparece envuelto en una nube formada por la fábula, por el testimonio de quienes lo conocieron, y por el dicho de otros que sin haberlo visto siquiera, deseaban aparecer asociados a un hecho tan glorioso.

Faltaba un documento que a raíz de los acontecimientos hiciese constar la hazaña por escrito, y ese documento existía rubricado por el señor Presidente de la República, don Juan Rafael Mora, quien se halló en Rivas al momento mismo de consumarse el sacrificio; el testimonio irrecusable, la prueba completa; sobre ese pedestal, la estatua del soldado puede descansar con solidez perdurable.

En el acuerdo en que se hace constar por el gobierno la realidad de los hechos, se dice que Juan Santamaría era el hijo único de Manuela Carvajal, pero esa palabra está testada en el borrador que corre a la mar-

gen del escrito. Ese error insustancial tuvo su origen en el dicho de la pobre anciana, de que el mencionado hijo era único recurso con que contaba antes del 11 de abril de 1856, para atender a sus necesidades.

Don Pepe Obaldía recogió la tradición y la exhibió iluminada con los destellos de su palabra; Alvaro Contreras revistió al soldado humilde con el traje de los héroes; el Doctor Montúfar consignó el acontecimiento con la imparcialidad que al historiador se impone; y la Patria, reconocida, erigió un monumento a la memoria del héroe, que simboliza el valor y arrojo del soldado costarricense.

En el libro copiator de comunicaciones que del Ministerio se enviaron al Habilitado el año de 1857, se registra la número 145, cuyo texto dice:

(Documento publicado en la parte histórica de este libro.)

* * *

Los filibusteros habían tomado posesión de la plaza pública y de todas las casas que limitaban sus contornos, inclusive los campanarios de la iglesia, al oriente de la plaza, y el Mesón de Guerra que ocupaba toda la manzana opuesta a la iglesia con la referida plaza de por medio. El Estado Mayor de Costa Rica estaba situado en la esquina Noroeste de la siguiente manzana, al poniente del Mesón; y contiguo al Estado Mayor, con calle de por medio, otros cuarteles también costarricenses, de

cuyas ventanas, claraboyas y parapetos se hacía un fuego nutrido sobre las fuerzas enemigas.

La ciudad de Rivas estaba así dividida: la mitad del este en poder de los filibusteros; la otra mitad dominada por los costarricenses.

«En los primeros momentos vió Mora tan apurada la situación, dice Jerónimo Pérez, que mandó replegar la tropa que dejó en «La Virgen» bajo el mando del Coronel Juan Alfaro Ruiz, que habiendo llegado de refresco hicieron una carga nutrida, que contribuyó a desalentar a los americanos, en términos que por la tarde del mismo día once, ya no intentaban avanzar terreno. Los costarricenses entonces se empeñaron en desalojar a los filibusteros de un gran edificio situado en la línea occidental de la plaza; y no pudiendo hacerlo por la fuerza, le prendieron fuego y las llamas produjeron su efecto. Este edificio era el Mesón de Guerra, llamado así del apellido del dueño.»

También William Walker en su relación histórica dice que «en la tarde el enemigo incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos, y el fuego de sus rifles, desde una torre al frente de la columna de Brewster, comenzó a hacer difícil la comunicación entre la parte oriental y occidental de la plaza.»

El primer empuje de los filibusteros había sido terrible; Machado, con su escuadrón de nativos, había llegado a cuarenta metros del Estado Mayor de Mora; Sanders, con cuatro compañías, había inundado las calles de enemigos, por el Norte, hasta llegar a la plaza. Brewster, con tres compañías, ocupó la ciudad por el Sudeste; Natzmer y O'Neal por la izquierda, con la división de

rifleros, y Fry con sus compañías de infantería ligera, formaba la reserva.

Considerado el combate del 11 de abril con toda imparcialidad, debemos reconocer en primer término el valor y denuedo con que se batieron los costarricenses, en una lucha que bien puede llamarse cuerpo a cuerpo, teniendo al frente tropas enemigas numerosas y muy superiores en disciplina y armamentos militares. El incendio del Mesón fué un hecho de importancia decisiva; por eso la Patria le ha confiado a Juan Santamaría el honor de mantener siempre en alto el hachón que simboliza el fuego sagrado de la libertad.

El 9 de junio de 1865 se elevó la pensión vitalicia concedida a la madre de Juan Santamaría a doce pesos mensuales. Dice el Decreto VI:

(Documento publicado en la parte histórica de este volumen.)

* * *

Esta constancia figura en nuestras Colecciones de Leyes, ellas son del dominio público desde hace muchos años y parece extraño que los periódicos de nuestra hermana República de Nicaragua, tan celosos para investigar la verdad en asuntos de la Campaña Nacional de 1856, que tanto interesa a la historia de la autonomía de Centro América, no hayan tomado nota de ese documento y de otros varios relativos a la hazaña de Juan Santamaría.

No se ha puesto en duda el hecho mismo del incendio del Mesón en Rivas; mas, debido al escaso valor personal del soldado que llevó a cabo esa hazaña de gran valor indiscutible, el nombre de Juan Santamaría en su tiempo pasó sin gran resonancia, les parecía un acto natural, pues, como dice el General don Víctor Guardia, al comunicarse a los cuarteles costarricenses en Rivas la orden de asalto, todos nuestros soldados acudieron a sus puestos, sin que uno solo faltase a la llamada que hicieron los clarines de guerra. Eso por un lado, y el pánico que el cólera asiático causó en el país, contribuyó a que el héroe humilde se confundiese con la inmensa falange de patriotas sacrificados el 11 de abril de 1856, hasta el mes de noviembre del mismo año, en que el Estado comenzó a hacer el recuento de sus hijos predilectos, tratando de aliviar las penas de las familias desvalidas, aunque bien es cierto, en muy pequeña parte, porque las circunstancias del Tesoro Público eran aflictivas debido a los desastres de la campaña, que había conmovido hasta los últimos pueblos de Centro América.

En Costa Rica, la verdad histórica estaba tan arraigada, que a nadie se le había ocurrido hacer discusión de este asunto. No ha sido sino en los últimos años, que se han publicado artículos contradictorios, debido seguramente a la falta de estudio, y a la facilidad con que se acoge cualquier rumor cuando se cree proceder de persona respetable.

Estos pequeños obstáculos en el curso de la historia han dado ocasión de obtener declaraciones irrefutables de testigos oculares, por ejemplo, la carta del General don Víctor Guardia, publicada en *El País* de 7 de Mayo de 1901, en que dice: «Este es, pues, el momento

oportuno para declarar bajo mi palabra, que Juan Santamaría, humilde hijo de Alajuela, a quien conocí antes de la campaña, en esa ciudad, fué el que realizó la hazaña del incendio del Mesón de Rivas.»

«Yo me hallaba con un piquete de soldados en un fortín que habíamos ocupado unas horas antes, al precio de crueles sacrificios de vidas. Ahora bien, yo ví del alto del fortín, como a la distancia de cien varas, salir a Juan Santamaría de este último punto, encaminarse al Mesón a ejecutar el incendio, regresar tan pronto como creyó realizado su intento, y volver por segunda vez con la misma dirección bajo un tiroteo nutrido, por haberse apagado el fuego. Fué entonces que halló la muerte y que quedó su cuerpo sepultado entre los escombros y los montones de cadáveres.»

El General don Víctor Guardia es un anciano venerable, que atestigua el hecho bajo su palabra. Garantiza su dicho el honor militar, la horandez acrisolada, que en horas de angustia para Centro América ha sabido exponer su vida y derramar su sangre en los campos de batalla.

Si sólo ese título tuviesen los historiadores para afirmar la personalidad de Juan Santamaría, él sería bastante; mas ya que se presenta la ocasión de acumular datos y comprobantes sobre un hecho de tanta importancia, daremos a conocer otro documento, otro testimonio, a nuestro juicio también irrecusable, y que conservamos legalizado en debida forma; es la exposición hecha en los Archivos Nacionales por don Apolonio Romero, Teniente de la Primera Compañía del Batallón de Alajuela, con quien cruzó las últimas palabras Juan Santamaría, cuando empuñando por segunda vez la antorcha inmortal,

al salir a la calle, le dijo al Teniente: «recomiéndeme.»

(Documento publicado en la parte histórica de esta edición.)

* * *

Según la exposición que conservo hecha por el mismo Teniente Romero, Juan Santamaría salió de Alajuela con las tropas de su provincia natal, comandadas por el Coronel Bosque, primer Jefe; era segundo Jefe Juan Alfaro Ruiz, entonces Teniente Coronel, y tercer Jefe el Sargento Mayor don Juan Francisco Corrales.

Salió la tropa de Alajuela el 4 de Marzo; el día 20 estaban en Liberia. De camino para Rivas se dispuso que Juan Alfaro Ruiz se quedase en La Virgen con tres compañías, y Bosque y Corrales siguieron para Rivas, con el resto del ejército, en cuya primera compañía iba el Teniente Romero y el tambor Juan Santamaría, llegando a Rivas en la noche del 10 de abril, víspera del gran asalto de los filibusteros. El Estado Mayor había llegado algunos días antes. Las tropas de Alajuela se alojaron en la esquina opuesta al Mesón de Guerra, al suroeste. De las dos compañías del batallón de Alajuela que entraron a Rivas en la noche del 10, eran capitanes Rafael Rojas y Nicolás Bonilla, respectivamente.

Los jefes estaban alojados con el Estado Mayor, que ocupaba una casa de don Evaristo Carazo en la esquina noroeste de la manzana situada al frente norte de la en que estaba el cuartel de Juan Santamaría.

Así se explica que las órdenes se comunicasen fácilmente por la parte de atrás, y que para verificar el incendio del Mesón no hubiese más que cruzar la calle en línea diagonal hacia la esquina.

Poco antes de la entrada de los filibusteros, dice el Teniente Romero, había salido Juan Santamaría a buscar quien lavara las ropas de ambos, y no pudo volver a su cuartel hasta entre once y doce del día, sin saberse por donde vino, pues las balas cruzaban en todas direcciones; desde el techo del Mesón dominaban los filibusteros todas las principales calles de la ciudad. Cuando Pedro Rivera, ayudante del General Cañas, llegó al cuartel de Santamaría, ya éste había intentado por primera vez darle fuego al Mesón. Pedro Rivera dijo: «pues que vaya a darle fuego, pero en la propia esquina.» El soldado humilde salió en efecto a cumplir la orden, como si aquel fuese un mandato soberano.

La exposición del Teniente Romero abunda en detalles que por ahora omitimos consignar. En lo sustancial su dicho está confirmado por varios testigos, cuyas declaraciones corren impresas en la referida información *ad perpetuam*.

Santiago Segura González dice: «que él se encontraba en el ejército costarricense que dirigía sus fuegos contra los enemigos guarecidos dentro del Mesón; que vió ardiendo una parte de ese edificio, y que poco después se corrió la noticia de que Juan Santamaría, vecino de Alajuela, era quien le había prendido fuego.»

José María Bonilla, también combatiente de la batalla de Rivas, concuerda en todo con el dicho de los anteriores declarantes. Gil Zúñiga Solano, también compañero de Juan Santamaría, ratifica el dicho del

Teniente Romero, con detalles completos, y lo mismo hacen Felipe Cruz Alvarez, Juan Bautista González Castro, don José Mercedes Astúa, José María Lobo, José María Cedeño Fernández y José María Luna Rodríguez.

Juan Santamaría nació en la ciudad de Alajuela, el día veintinueve de Agosto de mil ochocientos treinta y uno, según consta de la partida de bautismo que se registra en los libros parroquiales, y que está igualmente publicada desde 1891.

Con tales documentos debemos considerar en todo tiempo como una herejía de patriotismo centroamericano toda manifestación que tienda a oscurecer la personalidad del héroe que contribuyó en primera línea a salvar estos pueblos de la dominación filibustera.

Dejemos en buena hora al bronce el encargo de perpetuar su memoria en las futuras generaciones. Bien hace Alajuela en conservar con orgullo la estatua de su hijo predilecto.

Que el nombre de JUAN SANTAMARÍA se invoque siempre que nuestra libertad se encuentre amenazada por la invasión extranjera.

ANASTASIO ALFARO

De *La República*, 1912.

LO QUE ESCRIBE DON RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

«Tan sólo medio siglo nos separa de aquella época gloriosa, aun viven actores de la tragedia memorable y sin embargo son muy pocos los centroamericanos que la conocen bien. Un comentario del historiador Montúfar ha bastado para infundir la duda en un hecho tan patente como el incendio del Mesón de Guerra por el soldado Juan Santamaría, el 11 de abril de 1856 en Rivas. En este camino se ha llegado hasta el punto de sostener que no hubo tal incendio, sin recordar que el mismo Walker lo menciona en su historia de la guerra. «En la tarde—escribe—el enemigo incendió algunas casas ocupadas por los americanos . . . » El historiador nicaragüense don Jerónimo Pérez consigna el mismo incidente: «Los costarricenses se empeñaron en desalojar a los filibusteros de un gran edificio situado en la línea occidental de la plaza, y no pudiendo hacerlo por la fuerza, le prendieron fuego y las llamas produjeron su efecto. Este edificio era el Mesón de Guerra, llamado así del apellido de su dueño». El presidente don Juan Rafael Mora dice en su parte fechado el 15 de abril: «Los nuestros habían incendiado un ángulo del Mesón». Qué de raro tiene que se emitan dudas acerca de la acción heroica de Juan Santamaría, cuyo nombre no aparece en ningún papel oficial publicado hasta el año de 1856, en que el Congreso de la República aumentó la pensión que le fué concedida a la madre del héroe en 1857, según documentos irrefutables que pu-

blicó el 14 de enero de 1900 *La Gaceta*, Diario Oficial de Costa Rica, documentos desentrañados de los Archivos Nacionales por don Anastasio Alfaro, Director de esta institución en aquella época?

Aparte de esas pruebas escritas, que en apéndice de este libro se reproducen, viven todavía testigos presenciales del acontecimiento, en Costa Rica y en Nicaragua. Uno de ellos es el General don Víctor Guardia, decano de nuestro ejército, cuyo valioso testimonio puede leerse en ese mismo apéndice. El señor don José de Obaldía, a quien Montúfar atribuye la invención de «El Erizo», residió en la ciudad de Alajuela, cuna del héroe, donde aun habitan los parientes de éste y se conserva siempre vivo su recuerdo. Allí obtuvo, de boca de los compañeros de Santamaría, el relato de su admirable sacrificio y lo juzgó digno de figurar en un discurso conmemorativo de la independencia. Como se ve, el señor Obaldía, ilustre estadista colombiano, no inventó nada; se limitó a consignar un hecho manifiesto, indiscutible e indiscutido hasta 1887, fecha de la publicación del libro de Montúfar, «Walker en Centro América.» Pero es indudable que si este autor, apasionado como se muestra por el documento oficial, que por desgracia no siempre dice la verdad ni todo lo que se debe decir, hubiera conocido los que descubrió más tarde el señor Alfaro, no habría escrito el comentario que ha dado margen a que se dude hasta de la existencia de Juan Santamaría.»

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

Introducción a la obra *Historia de los Filibusteros*, de James Jeffrey Roche.
Traducción castellana de Manuel Carazo Peralta. Págs. X-XI-XII.

OTRA PÁGINA DE
DON RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

«Después de la brillante victoria de Santa Rosa, don Juan Rafael Mora, a la cabeza de un ejército de 2,500 hombres, invadió el territorio nicaragüense y fueron ocupados el puerto de San Juan del Sur, el de La Virgen sobre el Lago y por último la ciudad de Rivas, que había sido evacuada por los filibusteros y en la cual nuestras tropas establecieron sus cuarteles.

En la mañana del 11 de abril de 1856, Mora se dejó sorprender por Walker y en pocos momentos se hizo éste dueño de casi toda la ciudad, fortificándose en los mejores edificios. Pasados los primeros instantes de natural confusión, los nuestros comenzaron el ataque de las posiciones enemigas con mucha intrepidez. La más fuerte era una casa grande conocida con el nombre de Mesón de Guerra. Un soldado de Alajuela, llamado Juan Santamaría y por mote *El Erizo*, haciendo heroicamente el sacrificio de su vida, incendió el Mesón y los filibusteros lo abandonaron. Estrechado por todas partes, Walker tuvo que refugiarse con todos los suyos en la iglesia parroquial, de donde se escapó durante la noche, dejando parte de sus heridos, que al día siguiente fueron asesinados por algunos soldados, acción indigna de un pueblo civilizado que peleaba con heroico entusiasmo por su libertad.»

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

LA VOZ DE LOS MAYORES

Todavía quedan hombres que vieron regresar las tropas costarricenses, victoriosas en la Campaña Nacional, huyendo del cólera, pero sin volver la espalda al enemigo.

Todavía andan, temblorosos y encanecidos, algunos de los que, fuertes y jóvenes, saludaron el regreso de los bravos soldados del *fusil de chispa*.

Fuí a buscar a uno de ellos, para charlar un poco de cosas viejas.

Don Adán Montesdeoca Mora, a quien todos conocimos, hasta hace poco, al frente de las oficinas del Sello Blanco y que, en otros tiempos, guardó los tesoros de los Archivos Nacionales.

Este buen don Adán es hijo de doña Mercedes Mora, hermana de don Juanito y, por ese parentesco, conoció de niño, muy de cerca, sucesos íntimos de la vida de su tío y de aquel tiempo.

Tiene fresca la memoria y claro el entendimiento como una persona de treinta años; desgraciadamente sus ochenta y cinco gravitan sobre su cuerpo achacoso que, trabajosamente, se mueve sobre un par de muletas.

El nació en el año cuarenta y uno y tenía quince cuando los sucesos de Rivas.

Encaramado sobre la última hilada de adobes de la casa de don Faustino, esquina opuesta al mercado,

recientemente destruida y en aquel tiempo en construcción, agitó su pañuelo saludando el regreso de los soldados. Entablamos conversación.

—¿Oyó Ud. contar entonces la hazaña de Juan Santamaría, don Adán?

—Sí, claro que sí. Al regreso de la campaña la contaban todos. Era cosa pública, que nadie desmentía entonces: que nadie podrá desmentir nunca.

Y se indigna pensando en las dudas que han surgido.

Quién iba a pensar que hecho tan real, sobre el cual tantos hablaban, porque lo habían visto, iba más tarde a ser puesto en duda? Se necesita una gran ignorancia de nuestra historia y un atrevimiento desordenado para negar aquel hecho. Lo tengo por lo más cierto; se lo oí contar a muchos, a mi propio tío don Juanito Mora. Don Rafael Chavarría me lo contó varias veces; don Adolfo Escobar, un nicaragüense que se había radicado aquí después de la campaña y que había estado en Rivas, ponderaba el hecho de Santamaría como de un arrojito tremendo y, como hablaba tan bien, yo me embebía oyéndolo contar aquella hazaña.

Don José Sancho tenía un cuaderno de apuntes que se ha perdido; en él venía escribiendo la historia de nuestro país desde muchos años atrás.

Don José era muy docto en esta materia; el Dr. Figueroa, el Dr. Montúfar, don Francisco María Iglesias y don Bruno Carranza le consultaban como a un oráculo.

En ese cuaderno se escribió detalladamente el hecho de Santamaría.

—¿Pero corrió ese rumor antes del discurso de don José de Obaldía?

—Naturalmente, don Luis, pero no era rumor, era

una cosa tan clara como la luz del día. Todos hablaron de ese hecho antes que don Pepe Obaldía. El lo dijo en público, en un discurso, pero sus palabras traducían la voz popular, el dicho común de todos.

Don Pepe era un hombre muy ilustrado y muy serio, no habría afirmado el hecho si no hubiese estado seguro de él.

Todos estábamos seguros.

Yo me asombro y me indigno de que pongan en duda un hecho tan patente como ese.

¿En qué vamos a creer entonces?

Yo no tengo interés alguno; de la vida no necesito sino la tranquilidad del olvido. Estoy esperando la muerte a cada momento, ¿con qué objeto iba yo a mentir ahora?

Diga Ud. que eso es verdad, diga que tengo la más profunda certeza de ese hecho. No estuve en Rivas, no pude verlo, pero lo oí de tantos labios que merecían fe, que no puedo admitir que nadie lo dude.

Los hombres modernos no quieren creer en nada ni en nadie, pero yo, que soy viejo, no puedo permitir que en mis barbas se dude de ese soldado heroico del cual no dudó nadie en aquellos años.

Fue después que vino la duda, cuando el Doctor Montúfar lo dudó. Pero fue duda aislada, de dos o tres personas. La mayoría, la inmensa mayoría, no puso oídos en duda tan tonta como aquélla.

* * *

Profundamente conmovido estaba el noble anciano. Temblaba su mano, como una hoja amarilla que va a

caer del árbol, ya sin fuerza para sostenerse. Pero yo veía esa mano como un látigo airado, castigando nuestros descreimientos, con la vehemente veracidad de las convicciones más hondas.

El sobrino de Mora, el muchacho de quince años, que vio el regreso de las tropas, agitaba su mano, como una disciplina, fustigando a los descreídos.

Yo apreté aquella mano como el mejor documento, como una prueba fehaciente y viva.

En otros hechos históricos los hombres ocultan o exageran la verdad porque la política los divide en partidos y defienden los intereses de su grupo. En la Campaña Nacional no había sino un partido, el de los libertadores, y nadie exageró ni ocultó.

Para engrandecer a un general, a un hombre de posición, a un adinerado, el servilismo pone sus mentiras, pero, para enaltecer a un tambor, negro y feo; para exaltar a un soldado, ignorante y pobre, quién tendría interés en mentir? Y el pueblo todo repetía la hazaña, y nadie lo dudaba, y era pública y notoria, y la contaban los soldados a los jóvenes que en los quicios de las puertas oían absortos todos los detalles.

Un pueblo entero no se engaña. Tienen razón los romanos: «Vox populi vox dei».

LUIS DOBLES SEGREDA

Las palabras del señor don Luis Dobles Segreda, son enteramente fieles al relato que yo le hice.

ADÁN MONTES DE OCA

Testigo: MANUEL C. QUESADA

RESUMEN
DEL PROCESO HISTÓRICO

Nuestro laborioso y galano historiador, don Ricardo Fernández Guardia, escribió recientemente, en La Tribuna, un artículo en que compara y estudia todos los antecedentes del proceso para llegar a tres conclusiones, que podrán enunciarse así:

1.ª Que sí fue quemado el Mesón de Guerra, el 11 de abril de 1856.

2.ª Que lo quemaron los nuestros.

3.ª Que fue Santamaría quien realizó ese hecho.

Como el artículo analiza y compendia todos los documentos, he creído oportuno recogerlo en estas páginas.

JUAN SANTAMARÍA Y EL INCENDIO DEL MESÓN DE GUERRA

El 9 de abril de 1856 entró don Juan Rafael Mora en la ciudad de Rivas con el grueso del ejército de tres mil hombres que Costa Rica había levantado para expulsar de Nicaragua al filibustero William Walker. Un batallón de 500 hombres ocupó el puerto de San Juan del Sur, y otro de igual fuerza el de La Virgen, en el lago de Granada. Por la noche del 10 llegó el general Cañas con el resto del ejército. Algunos días antes Walker había abandonado todo el departamento de Rivas, yéndose a Granada por el lago con la Falange americana. Las tropas nicaragüenses que militaban bajo su bandera se fueron por tierra hacia la misma ciudad, con el coronel cubano don José Machado.

El grave error cometido por Walker al abandonar la ciudad de Rivas, donde hubiera podido resistir con ventaja el ataque de nuestro ejército, como lo hizo al año siguiente, sólo se explica por el abatimiento general que reinaba en sus filas a causa de la derrota de Schlessinger en Santa Rosa, según él mismo lo confiesa. Esta misma circunstancia motivó la exagerada confianza, no menos general en las tropas costarricenses, que hizo posible la sorpresa del 11 de abril. En Granada, lejos ya del pánico que se había apoderado de todos los norteamericanos residentes en el departamento de

Rivas, Walker logró reorganizar su gente y devolverle el ánimo perdido, y el 9 de abril se puso en camino con 550 rifleros para atacar a Mora. Cerca de Nandaimé encontró a Machado y sus 200 nicaragüenses. Los hizo devolverse y todos juntos pernoctaron a orillas del río Ochomogo. Marchó Walker trabajosamente durante todo el día 10, a causa del calor sofocante, y acampó para pasar la noche en la margen izquierda del río Gil González. Tuvo allí la suerte de tomar prisionero a un hijo del país, que le suministró detallados informes sobre las posiciones ocupadas por los costarricenses, servicio que pagó haciéndole ahorcar de la rama de un árbol.

Antes de retirarse a dormir, Walker formó su plan de ataque, cuyo principal objeto era sorprender la ciudad y apoderarse del Presidente Mora, que ocupaba la casa de don José María Hurtado, a 200 varas al oeste de la plaza mayor, así como del depósito de municiones del ejército, establecido frente por frente del cuartel general. En la mañana del 11, después de pasar por Potosí, se desvió hacia el lago, tomando el camino que conduce de San Jorge a Rivas. A una milla de esta ciudad supo por unas mujeres que de ella venían, que los costarricenses «se encontraban tan descuidados e indiferentes como si estuviesen en su tierra», y a eso de las ocho de la mañana el enemigo hizo irrupción en Rivas a paso de carga y en cuatro columnas. El mayor Brewster penetró por el este; Walker y el teniente coronel Sanders por el nordeste; el coronel Machado por el norte. El coronel prusiano von Natzmer y el mayor O'Neal, dando un rodeo, entraron por el sudeste.

No obstante la completa sorpresa y la vigorosa y rápida embestida de los filibusteros que llegaron hasta

muy corta distancia del cuartel general de Mora, los nuestros los contuvieron y rechazaron, obligándolos a refugiarse en las casas y la iglesia que rodeaban la plaza mayor. Walker y Sanders se guarecieron en el llamado Mesón de Guerra, un gran edificio que ocupaba toda la manzana situada al oeste de la plaza; y una vez que nuestras tropas, en gran parte dispersas en toda la ciudad para desayunarse, lograron volver a sus cuarteles, tomaron resueltamente la ofensiva y en particular contra el Mesón. Después de cuatro horas de encarnizado combate y viendo la imposibilidad de desalojar a Walker de allí, el general Cañas ordenó incendiarlo. Según el testimonio de testigos fidedignos se hicieron tres tentativas con este objeto por diversos puntos: una, realizada por el subteniente don Luis Pacheco, que resultó muy gravemente herido con cinco balazos en el pecho; otra por un oficial nicaragüense, cuyo nombre siento mucho no conocer, y la tercera por el soldado alajuelense Juan Santamaría, que fue la única que tuvo el resultado apetecido. Este soldado salió del cuartel del sargento mayor don Juan Francisco Corrales, situado calle de por medio de la esquina sudoeste del Mesón, en sentido diagonal, y llevando un hacho de trapos empapados en aguarrás en el extremo de una caña, lo aplicó al alero del edificio, comunicándole el fuego que los filibusteros no pudieron extinguir.

El incendio del Mesón de Guerra, no discutido por nadie durante medio siglo, fue negado por primera vez hace uno veinte años, si mal no recuerdo, por el Lic. don Aníbal Santos. Conviene, pues, citar los testimonios fidedignos que establecen la verdad del hecho. Empezaré por el parte oficial de la batalla de Rivas, re-

dactado por el coronel don Pedro Barillier. Dice así al respecto:

«Apurados por *el incendio* de las casas que ocupaban, algunos filibusteros atravesaron la plaza a eso de las dos de la mañana...»

Ahora bien, Walker refiere en su Historia de la Guerra de Nicaragua, que a fin de preparar la retirada reconcentró todas sus fuerzas en la iglesia de Rivas, al este de la plaza. Conocida esta circunstancia, ¿de dónde procedían los filibusteros que atravesaron esa misma plaza? Evidentemente del oeste, es decir, del Mesón de Guerra; porque los que ocupaban los edificios situados al norte y al sur podían llegar a la iglesia sin necesidad de atravesar la plaza, exponiéndose al hacerlo a recibir el fuego de los costarricenses, que desde una torre o fortín dificultaban las comunicaciones entre los costados oriental y occidental, como lo refiere Walker.

En la carta oficial que escribió el 15 de abril al Ministro de la Guerra, don Juan Rafael Mora precisa el hecho:

«Los nuestros—dice—habían incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba ya flaqueando o encerrando a los enemigos.»

A su vez Walker escribe:

«Durante la tarde el enemigo incendió algunas de las casas ocupadas por los americanos... Al acercarse la noche decayó el fuego de ambas partes, agotadas al parecer por la excitación y la lucha sostenida durante el día. Entretanto Walker estaba preparando la retirada y cuando obscureció se llevaron los heridos y los impedidos a la iglesia, situada al oriente de la plaza. En seguida se reconcentraron poco a poco en el mismo punto las com-

pañías, quedándose algunos soldados en las casas *que ar-
dían* para impedir que el enemigo estorbase el movimiento
de los americanos.»

Este testimonio de Walker prueba dos hechos: el
incendio, primero, y segundo, que el fuego asumió gran-
des proporciones, puesto que habiendo empezado a medio
día o poco después, según la información levantada en
1891, a solicitud de la Municipalidad de Alajuela, conti-
nuaba ardiendo el Mesón después de anochecido.

El famoso historiador Hubert H. Bancroft, en su
«History of Central America», t. III, p. 344, dice:

«Viéndose Walker muy acosado por refuerzos cos-
tarricenses, procedentes de La Virgen y San Juan del
Sur, y cercado por edificios en llamas, dio órdenes para
la retirada.»

Otro norteamericano, James Jeffrey Roche («Histo-
ria de los Filibusteros», traducción de don Manuel Carazo
Peralta, p. 90), escribe:

«Los enemigos (los costarricenses) tuvieron cerca de
200 muertos y doble número de heridos. Estuvieron re-
cibiendo refuerzos durante el combate, pero no se aven-
turaron a salir de sus paredes de adobes para renovar
la contienda. Habiendo incendiado las casas vecinas de
la plaza, mantuvieron un fuego violento desde los edificios
adyacentes.»

El historiador nicaragüense don Jerónimo Pérez,
contemporáneo del suceso y que publicó sus «Memorias
para la Historia de la Campaña Nacional» en 1865, es
decir, tan sólo nueve años después de la batalla de Rivas,
es el más explícito. Dice (t. II, p. 48):

«Los costarricenses entonces se empeñaron en desa-
lajar a los filibusteros de un gran edificio situado en la

línea occidental de la plaza, y no pudiendo hacerlo por la fuerza, le prendieron fuego y las llamas hicieron su efecto. Este edificio era el Mesón de Guerra, llamado así del apellido de su dueño.»

¿Podrá subsistir alguna duda sobre la realidad del incendio del Mesón de Guerra el 11 de abril de 1856, después de leer los testimonios concordantes de todos los que han escrito sobre el asunto de una y otra parte? Creo sinceramente que no.

Resuelto este primer punto, de modo a mi parecer indiscutible, investiguemos ahora el origen del incendio. El parte de Barillier, en todo sentido muy deficiente, guarda silencio al respecto; pero el Presidente Mora, en su carta oficial, bastante más completa, dice que «los nuestros» encendieron el fuego. Walker, Roche y Pérez aseguran lo mismo. Bancroft lo da a entender. El general don Víctor Guardia, el doctor don Andrés Sáenz y todos los testigos presenciales que declaran en la información de 1891 lo afirman categóricamente. Hasta hoy no se conoce ningún testimonio fidedigno en contrario. Por consiguiente, este segundo punto es también indiscutible, mano costarricense causó el incendio.

Veamos ahora cuál fue esta mano. Sobre este tercer punto existe un documento concluyente: el memorial de Manuela Carvajal (a) Santamaría, de fecha 19 de noviembre de 1857, en que solicita una pensión del Estado, por cuanto su hijo, el tambor Juan Santamaría, había incendiado el Mesón en la batalla del 11 de abril de 1856, perdiendo la vida al realizar esta proeza, como era público y notorio. Este memorial tiene al margen de la primera página una apostilla de puño y letra del Presidente Mora, que dice:

«Constando al Gobierno la realidad de los hechos que se refieren en este memorial, ordena que a Manuela Carvajal se le dé la pensión de tres pesos mensuales mientras viva, en remuneración del valor e importantes servicios prestados por su finado hijo (*único*, testado) Juan Santamaría.» Mora testó la palabra *único*, al recordar que Manuela Carvajal tenía otro hijo llamado Rufino, lo que prueba que estaba bien enterado de todas las circunstancias relativas a Juan Santamaría.

Al pie del memorial figura el acuerdo gubernativo de fecha 24 del mismo mes de noviembre, en que se otorga la pensión. Está rubricado por Mora y lo firma su ministro don Joaquín Bernardo Calvo. Este documento es decisivo, y mientras no se le oponga otro de igual valor, constituye plena e indiscutible prueba de que Juan Santamaría incendió el Mesón de Guerra el 11 de abril de 1856.

Estudiando el asunto, he visto ultimamente otros memoriales de igual índole y de la misma época, y puedo afirmar que ninguno de ellos está apostillado por Mora, quien al adoptar este procedimiento con el de Manuela Carvajal, quiso sin duda ahorrar los trámites ordinarios, porque le constaba la realidad de los hechos, como lo declara él mismo. Es más, en la nota dirigida por el ministro al habilitado del ejército para el pago de la pensión, se observa una notable diferencia en la redacción usual de esa clase de documentos. Todos los demás que figuran en el libro copiador del Ministerio de la Guerra, son simples órdenes de pago, secas y breves, sin consideraciones de ningún género. La única excepción es la del 25 de noviembre de 1857, en que el ministro comunica al habilitado que se ha concedido a

Manuela Carvajal la referida gracia, «en consideración al denuedo con que en la campaña del año próximo pasado se mostró el tambor Juan Santamaría, hijo de la agraciada, que murió el 11 de abril en Nicaragua.» Las excepciones apuntadas demuestran que se trataba de un caso único, como lo era en efecto el de «El Erizo.»

El acuerdo de 24 de noviembre de 1857 no se insertó en el periódico oficial. En aquella época sólo se publicaban en él las leyes y los decretos; y fue en verdad una lástima que no se hubiese hecho a este respecto otra excepción, porque así nos habríamos ahorrado las dudas y negaciones que desde hace treinta y un años han surgido sobre un hecho atestiguado por todos los combatientes de Rivas.

Es lo cierto que hasta 1887 nadie puso en duda y menos negó la proeza del tambor alajuelense; pero en ese año fue publicada la obra del Dr. Montúfar, «Walker en Centro América», en la que se lee lo siguiente:

«Tampoco se habla en los partes de Juan Santamaría, a quien se atribuye haber incendiado el Mesón de Guerra... Puede asegurarse que en los días posteriores a la acción de Rivas, no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes.» (Pág. 341.)

La primera aseveración es exacta; la segunda, un error. El parte de Barillier y la carta oficial de Mora sólo mencionan a unos muy pocos jefes y oficiales, con evidente olvido de otros nombres tan meritorios como los citados. El mismo Montúfar apunta la omisión en lo que atañe a don Joaquín Fernández, a don José María Rojas (que mató al coronel Machado), y a Juan Santamaría cuya proeza no niega.



Se adivina que Mora y Barillier escribieron muy de prisa y bajo la terrible impresión de la hecatombe del 11 de abril. Sus comunicaciones están calculadas para atenuar en lo posible el efecto deplorable que esa hecatombe tenía que producir en Costa Rica, cuando aquí se supiera que al rededor de 700 hombres habían caído en Rivas, entre muertos y heridos. Además, Mora temía las consecuencias políticas que tan aciagas noticias pudieran tener. De modo que procuraba escribir lo menos posible. En una breve carta particular dirigida a don Manuel José Carazo el 15 de abril, conviene notar la siguiente frase: «Sobre acciones de valor podría decir mucho: pero no podría hacerlo sin ofender a otros, habiendo todos hecho su deber.» (Arch. Nac., Sec. Adm., Leg. 4747.) Por consiguiente, no debemos extrañar que los partes oficiales no mencionen a Juan Santamaría, si el presidente Mora pensaba de ese modo.

No se puede tampoco abrigar la esperanza de descubrir la relación de la hazaña de Juan Santamaría en alguna carta particular felizmente conservada, porque no se recibieron ningunas procedentes de Rivas. El Subsecretario don Emilio Segura, en nota dirigida al Ministro de la Guerra y fechada el 13 de abril, dice que el correo no llevaba cartas de los individuos del ejército, «para evitar el que se den noticias falsas o contradictorias.» (Arch. Nac., Sec. y Leg. citados.) En realidad, lo que se procuraba con esta medida era demorar las terribles noticias el mayor tiempo que fuera posible. Pocos días después estalló una violenta epidemia de cólera morbo en Rivas, y ya sólo se pensó en emprender la retirada para librarse del flagelo.

Lo de que en los días posteriores a la batalla de

Rivas no se hablaba de Juan Santamaría, es un error de Montúfar, como ya se ha dicho. Véase lo que sobre esto dice un testigo ocular muy autorizado, el general don Víctor Guardia:

«Más tarde presencié el acto heroico de Juan Santamaría... Yo conocía a Juan Santamaría como a mis manos... Su acción heroica la presenciábamos muchos, y no sé cómo ha podido decir el doctor Montúfar en su libro «Walker en Centro América», que «puede asegurarse que en los días posteriores a la acción de Rivas no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes.» Fue todo lo contrario. Tanto en los días inmediatos a la batalla, como en la retirada del ejército, el nombre del héroe alajuelense estaba en todas las bocas.»

El doctor don Andrés Sáenz, testigo no menos respetable, escribe:

«En cuanto a la acción heroica de Juan Santamaría, que según parece se ha querido poner en duda, la tengo por absolutamente cierta, aunque no la presencié ni podía presenciaria desde el punto en que me hallaba; pero el hecho fue público y notorio y, desde el día siguiente al 11 de abril, oí hablar del soldado de Alajuela que había incendiado el Mesón.»

Los dos testimonios anteriores, ambos intachables, bastan para desvanecer el error en que incurrió el doctor Montúfar.

La literatura, flor exótica entre nosotros hasta una época bastante reciente, no pagó ningún tributo a Juan Santamaría en aquellos tiempos heroicos. El primero data del 15 de septiembre de 1864 y el autor del homenaje fue un extranjero. En esa fecha, y para conmemorar el

XLIII aniversario de nuestra independencia, pronunció un gran discurso en el Palacio Nacional don José de Obaldía, distinguido hombre público neogranadino. En ese discurso habló, entre otras muchas cosas, del «héroe humilde, imitador de Ricaurte en San Mateo», llamado Juan Santamaría. El hecho era entonces muy conocido de todos, pues sólo habían transcurrido ocho años desde la batalla de Rivas, y Obaldía lo recogió de labios de numerosos testigos presenciales. El discurso tuvo mucha resonancia y fue publicado en folleto, circunstancias que sin duda influyeron para que el Congreso aumentara la pensión de la madre de Santamaría a doce pesos mensuales, por decreto del 7 de junio de 1865, sancionado por el presidente don Jesús Jiménez. No fue inspirado el discurso de Obaldía—como parece insinuarlo Montúfar—por un sentimiento de enemistad política del Gobierno de entonces contra don Juan Rafael Mora, muerto hacía cuatro años. Basta leerlo para convencerse de que tal suspicacia es enteramente infundada.

Otro documento de suma importancia en este debate, es la información *ad perpetuam* que mandó levantar la Municipalidad de Alajuela en 1891, «a fin de esclarecer la verdad en cuanto al hecho heroico ejecutado por el soldado Juan Santamaría el 11 de abril de 1856 en Rivas de Nicaragua.» En esa información figuran las declaraciones de muchos testigos presenciales, entre los cuales citaré, por haberlos conocido personalmente, a don Apolonio Romero, don José Mercedes Astúa Velarde y don José María Bonilla. Todos afirman, bajo juramento, la verdad del suceso; y es de notar que el señor Romero era uno de los oficiales que prestaban servicio en la compañía a que perteneció Juan Santamaría.

A pesar de tantos y tan valiosos testimonios, quedaron algunos escépticos; pero en enero de 1900 hubo lo que los franceses llaman un golpe de teatro. Se descubrió en los Archivos Nacionales el documento del 19—24 de noviembre de 1857, y aunque fue publicado en el *Diario Oficial* sin la apostilla del presidente Mora, este documento se consideró como una prueba concluyente en cuanto a la realidad de la acción heroica de Juan Santamaría. Y ahora, al ver resurgir, veintiséis años después, las mismas negaciones desvestidas de pruebas de los que, sin querer inclinarse ante la evidencia, se aferran en el pobre argumento de que «tijeretas han de ser», recuerdo con melancolía lo que una vez me dijo un abogado muy agudo y observador, al verme revolviendo papeles en los Archivos:

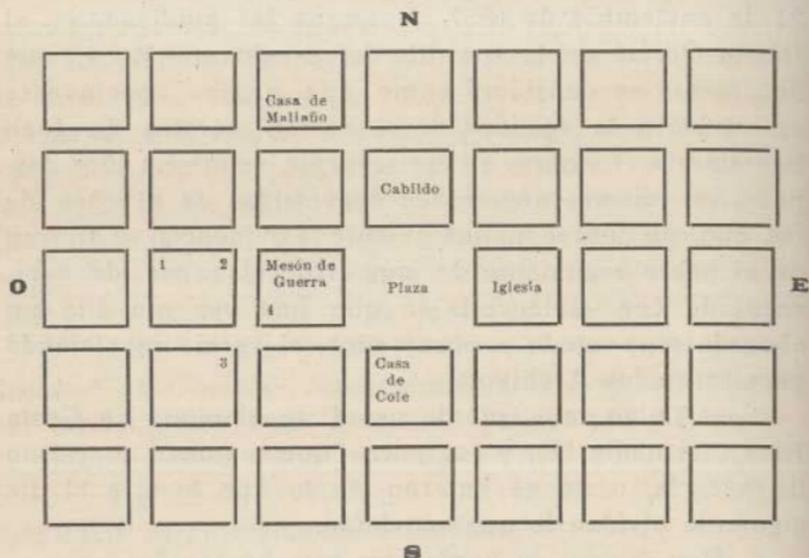
—Amigo mío, pierde usted su tiempo. En Costa Rica casi nadie lee, y los pocos que se toman el trabajo de hacerlo, o no se enteran de lo que leen, o al día siguiente olvidan lo que han leído.

Hay mucho de verdad en esta humorada.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

De *La Tribuna*, agosto 29 de 1926.

PLANO DEL CENTRO DE LA CIUDAD DE RIVAS
EN 1856



Tomado de *Historia de los Filibusteros*, de James Jeffrey Roche.
Traducción de Manuel Carazo Peralta.

-
- 1 Cuartel general.
 - 2 Fortín.
 - 3 Cuartel de Corrales.
 - 4 Esquina incendiada por Santamaría.

LA ULTIMA DUDA
SE DESVANECE

Don Francisco María Núñez ha dudado de la autenticidad de Juan Santamaría por una partida de defunción en que aparece tal nombre entre los muertos del cólera, al regreso de la Campaña Nacional.

Muy a tiempo vino esa duda, porque don Eladio Prado, historiador juicioso y de honradez indiscutible, ha tenido oportunidad de reducirla a polvo en el laborioso estudio que para este libro escribió y que se va a leer enseguida.

L. D. S.

JUAN SANTAMARIA
Y EL LIBRO DE DEFUNCIONES
DE LA CAMPAÑA NACIONAL

1. «¿Es verdad que en alguna ocasión pudieron Uds. ver en el Archivo Metropolitano, un *libro en que constan las defunciones* registradas en la Campaña Nacional, firmadas por el *respectivo Capitán del Batallón y el Capellán*?»

2. «¿Les consta que en uno de los folios aparece la partida que informa que **Juan Santamaría** falleció a consecuencia del cólera, de regreso de la Campaña?»

3. «. . . y se pasa—como sobre ascuas—el análisis de la **autenticidad y valor de esa acta de defunción** que no es un secreto para nuestros historiadores.»

FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ

(Párrafos de la carta que nos dirige a don Hernán G. Peralta y al suscrito, en *El Mundo* del 1.º de setiembre de 1926, N.º 60.)

* * *

PRELIMINAR

Antes de entrar en materia he de confesar que la partida de defunción de Juan Santamaría, que ocasiona este artículo, me produjo escozor, en su tiempo. Aun más: llegué a dudar del acto heroico del Erizo. Pero, la con-

ciencia, cuando pensaba en estas cosas, me amonestaba, diciéndome: ¿a quién le has de dar más crédito, a esta partida que nadie ha analizado o a los relatos que tantas veces te hizo tu ilustre abuelo, el Doctor don Andrés Sáenz Llorente, Médico del Ejército expedicionario, que si bien no vio al soldado Juan sacrificando su vida para salvar a la Patria, oyó a corta distancia, donde estaba curando los heridos del combate, el jubiloso clamor de los soldados que gritaban ebrios de entusiasmo: «¡Victoria! ¡El negro Santamaría te pegó fuego al Mesón...!» ¿A quién le has de dar más crédito...? ¡Tal es la condición humana: reacia para aceptar las cosas buenas, y lista, siempre lista, para dar crédito al más leve murmullo de la murmuración!

LA PARTIDA DE DEFUNCIÓN

En el Archivo Eclesiástico existe el Libro de Defunciones de la Campaña Nacional de 1856 y 1857. Al folio 34, frente, se lee esta partida:

«En la Campaña y de camino de Nicaragua a Costa Rica, de la epidemia del cólera murió el soldado Juan Santa María soltero de Alajuela, se le dió sepultura y para que conste lo firmo.

(f.) Franco. Calvo.»

(Hay una rúbrica.)

Al margen:

«384

Juan

Santa Ma.

Soltero

Alajuela»

Pero, ni ésta, ni ninguna de las otras partidas, están firmadas por «el respectivo Capitán del Batallón». Hay una única autenticación que empieza al final del folio 58, frente, y termina en el mismo folio, vuelta, en la forma siguiente:

(Hay un sello: COMANDANCIA GENERAL DE COSTA RICA*)

«Certifico qe. las partidas» || anteriores son de conformidad con || los libros de esta Oficina.

J. Augusto Mendoza
Srio.»

(Hay una rúbrica).

Tal certificación está en el llamado LIBRO PRIMERO, que, después del encabezamiento, lleva los asientos de corrido, sin divisiones, desde la página primera hasta la 50, vuelta; es decir, desde el asiento N.º 1 hasta el N.º 551 inclusive, en donde empieza la primera división con este acápite:

«MUERTOS DE LA «DOMINGA MORALES», «TELEMBY» Y «DOS HERMANOS» «cuyos buques fueron conduciendo gente al Ejército expedicionario en el mes de Mayo y Junio.» («Junio» parece tachado y sobre la frase: «los meses de» sobrepintaron las palabras: «EL MES.») Los asientos de estos muertos de la «DOMINGA» y buques compañeros van desde el N.º 552 hasta el 647, inclusive (desde el folio 50, vuelto, hasta el 58, frente); por cuya circunstancia es evidente que la certificación de Mendoza

se refiere sólo a estos asientos de los muertos de la «Dominga Morales» y los otros dos barcos; porque si la certificación quisiera referirse a todos los asientos hasta entonces copiados, desde el N.º 1 hasta el N.º 647, lo natural sería que los restantes del llamado LIBRO PRIMERO y todos los del llamado «SEGUNDO» hubieran sido certificados en la misma forma.

EL LIBRO

Entiendo que nadie ha hecho el análisis de este libro ya famoso. Voy a tratar de hacerlo.

Es un libro corriente de contabilidad, de líneas muy pálidas, de $41 \times 16\frac{1}{2}$ centímetros, despreciando milímetros. Contiene noventa y dos hojas, divididas verticalmente en cinco columnas; la primera mide dos y medio centímetros; la segunda, uno; la tercera, el cuerpo de la hoja, nueve y medio; la cuarta, casi dos y medio; y la última uno y medio. Vulgarmente hablando: espacio para anotar el mes, ídem para el día, ídem para la operación, ídem para los pesos e ídem para los centavos: es un libro perfecto para BORRADOR o LIBRO DE VENTAS de cualquier pulpería de hoy, o de los *grandes almacénes* de aquella época.

Está dividido en dos partes: la primera se destinaba para las defunciones de la primera Campaña, la de 1856; y la segunda para las de la segunda Campaña, la de 1856/7. Paginado a la antigua usanza: sólo por el frente de la hoja, a pluma, de 1 a 60, las sesenta primeras hojas; y de 1 a 32, las restantes. Tiene en blanco, en la primera parte, unos dos tercios de la hoja «60» frente y

toda la restante, vuelta; y desde poco más o menos de la mitad de la «24», frente, hasta el final del libro de la segunda parte.

PORTADA DEL LIBRO PRIMERO (1856)

«Libro 1.º || de los que murie || ron en la Campaña de || 1856 || Formado por el Cape || llán don Franc.º Calvo.» ||

Debajo están las iniciales I. (o J) B. C.

Hay una rúbrica
y una calavera.

Con letra más borrosa y muy apretada, lo que indica que fue escrito posteriormente, aparece un número «1» con una pequeña «a» a su derecha, arriba (1ª), intercalado entre las palabras «la» y «Campaña.»

El encabezamiento de la hoja primera, frente, es así:

«Libro en que se sientan las Partidas || de los que murieron en la Campaña de 1856 || formado por el Cappn. Dn. Franco. Calvo.» Luego hay una raya horizontal e inmediatamente viene la primera partida: «1. El veinte de Marzo de mil ochocientos cinqta. y seis en la acción de Santa Rosa murió el Pr. Ayudante del Estado Mayor Dn. Manuel Quirós casado con la Sra. Da. Virginia Vidal de Panamá y se le dió sepultura en dicha hacienda y pa. qe. conste lo firmo.

Franco. Calvo.» (Rúbrica)

Al margen: «1—Dn. Manl.—Quiros Ayu—del E. M.—casa—do.—De S. José.»

Este encabezamiento, la anterior partida y unas cien, más o menos, seguidas, y otras cuantas intercala-

das en el cuerpo de ambos libros, están escritos de puño y letra del P. Calvo; las restantes acusan otra letra, más clara y de persona acostumbrada al oficio de escribir.

PORTADA DEL LIBRO SEGUNDO

Empieza en la hoja «61», numerado de «1» en adelante: «Libro 2.^o delos qe. || murieron en segunda || Campaña (lo que sigue en letra muchísimo más pequeña) en el Buque 11 de Abril || en el río de San Juan, Castillo, Fuerte, y Rivas Ometepe.» Siguen dos líneas horizontales; un dibujo con tres calaveras, una extraña cruz con un ojo dentro de un triángulo en el vértice, dibujos todos a pluma que denotan la poca habilidad del dibujante. La portada y las primeras partidas, y algunas otras después, están escritas de puño y letra del Padre Calvo, así como las tres finales; las restantes son del mismo escribiente que levantó las del Libro Primero.

Este libro sí trae divisiones: inmediatamente después de la extraña cruz del encabezamiento está la primera: «Del comvate naval del once de Abril con la goleta San José»; y luego el primer asiento: «En la expedición por agua en el buque Once de Abril en veinte y dos de Novbre. de mil ochocientos cinquenta y seis en el convate de este día con la Goleta San José murió el Subteniente Samuel Aguilar soltero y pa. qe. conste lo firmo. Franco. Calvo.» (Sigue la rúbrica).—Al margen:

«1—Samuel—Aguilar—Solt.^o—S. José.»

Otras subdivisiones: Al folio 7, frente, hacia abajo: «EN EL CASTILLO VIEJO»; al folio 8, vuelto, hacia la mitad: «DEL FUERTE DE SAN CARLOS»; al folio 11, frente,

hacia arriba: «DE OMETEPE»; al 13, frente: «EN RIVAS 11 DE ABRIL¹»; al folio 18, frente, abajo: «DE CAMINO»; al 19, vuelto, hacia abajo, sobre una partida que se empezó a escribir: «EN SAN JORGE»; al 20, frente, al final: «EN LATRINIDAD»; al 21, frente, hacia arriba: «EN EL HOSPITAL»; al 22, hacia abajo, frente: «AHOGADOS»².

Salta a la vista que había mejor organización en esta Segunda Campaña, que se preocupaban por dar datos más exactos, recoger fechas, etc.

«N.º 168. En el Castillo viejo (el trece de febrero) murió de un balazo en la acción de este día el Capitán Don Rafael Rojas, de San José, y se le dió sepultura en el interior de la fortaleza.» Unico asiento del Libro que tiene detalles tan completos.

¹ Esta subdivisión: «EN RIVAS 11 DE ABRIL» abarca los asientos Nos. 153 a 205, inclusive. Todos se encabezan de la siguiente manera:

«En la misma Campaña del mismo año en Rivas, murió con la diferencia de que unos dicen «el 11 de Abril», otros «el trece», etc.; otros no especifican día; pero aquí viene lo curioso: Finalizado el asiento No. 205 que es el último, y bajo el encabezamiento o subdivisión «DE CAMINO», empieza el asiento No. 206 con estos términos: «En la Segunda Campaña de mil ochocientos cincuenta y siete . . .» Ahora bien, ese vocablo «SEGUNDA», ¿gestará puesto para distinguir estos asientos de los anteriores, los de Rivas, y en tal caso, éstos se referirán más bien a la primera campaña, la del 56? ¿Son muertos del combate del 11 de Abril del 56, o del combate del 11 de Abril del 57, o de ambos, y no se especificó?

² Esta subdivisión empieza con el número 254, y corre, con la letra del escribiente, hasta el 278, inclusive, y con la del Padre Calvo las tres restantes que finalizan este Segundo Libro. Encabezan así: «En la campaña del mismo año y ahogado»; pero antes del asiento No. 260 hay una razón que dice: «DE LA CAMPAÑA 2.ª» y desde esta partida hasta la 278 se limita a decir «murió», sin especificar que «ahogado», dejándonos la duda de si estos últimos asientos se refieren a ahogados de la Segunda Campaña y los anteriores a ahogados de la Primera Campaña, la del 56; máxime que las tres últimas partidas, las escritas por el Capellán, dicen: «No. 279: En la acción de Rivas el once de Abril» sin especificación de año; No. 280: «En la misma campaña del mismo año y en el Puerto de Puntarenas»; y No. 281, última del Libro: «En la segunda campaña del mismo año en Rivas de Nicaragua el once de Abril.»

CÓMO, CUÁNDO Y DÓNDE SE FORMÓ O LEVANTÓ EL LIBRO?

¿Cómo? Por los informes ya verbales o escritos que dieran, las personas obligadas a ello, al Capellán Mayor del Ejército. No puedo afirmarlo, pero ¿qué otra cosa significa la certificación puesta al pie de los muertos de la «Dominga Morales», «Telemby» y «Dos Hermanos» por el Srio. de la Comandancia? Eso quiere decir que Mendoza era un hombre cumplido y escrupuloso y único que se preocupó de cotejar su informe con lo escrito por el Capellán. Eso también podría decir que el Padre Calvo era cumplido y escrupuloso y que por lo mismo se presentó en la Comandancia a que le certificaran que sus asientos estaban correctos; pero... si así hubiera sido habría tenido el mismo cuidado con todas sus partidas, y, dado caso que el testimonio de Mendoza se refiriera a las primeras 647 partidas, lo que no parece aceptable, siempre le quedaría el pecado al Capellán de no haberlo hecho con las siguientes del Libro Primero y todas las del Segundo.

¿Cuándo? Con toda seguridad, con absoluta seguridad afirmo que *todo el Libro*, tanto su parte PRIMERA como la SEGUNDA fue escrito después de la Campaña de 1857, por las razones siguientes: su estado de limpieza denota muy a las claras que no ha sido nunca sacado del Archivo¹. No estuvo en Santa Rosa, ni en Rivas, ni en San Juan; ni anduvo embarcado en el «ONCE DE ABRIL», ni

¹ Tiene el deterioro propio del tiempo, la pasta está despegada y tiene tres hojas sueltas; pero hay que tener en consideración que ha sido manoseado al correr de los días para dar certificación de bastantes de sus partidas, que llevan la nota al margen: «Certificada.»

remotamente le tocó el fuego de este barco; ni se cayó de a caballo, ni se pringó de barro, ni recibió jamás aguacero alguno. De «pe a pa» toda su letra es pareja, escrita de corrido, sin sobresaltos, tranquilamente sobre alguna sabrosa mesa, con la misma tinta, con la misma clase de pluma. ¡Nó! Un libro limpio, un libro escrito con tinta uniforme y letra clara que no ha temblado, llevado, fuera del Capellán, por una sola persona, con uniformidad de letra; un libro sereno y sin arrugas no puede haber recorrido las llanuras del Guanacaste y Nicaragua, ni menos haber entrado jamás en batalla. ¡Sí!—se me dirá—pero esas son... suposiciones, no son pruebas. Vamos a darlas: Las partidas de defunción por causa del cólera, salvo una que otra muy rara excepción carecen de fecha; se limitan a decir: «De camino de Nicaragua a Costa Rica», «De camino de Nicaragua a Liberia», que, dicho sea de paso, la escriben indiferentemente con «v» o con «b», «De camino de Liberia al interior»; no hay, pues, fecha. No hay orden cronológico, como se verá después. Hay omisiones y gordas, como lo veremos, de fallecidos, de título o grado; equivocación de lugar y de género de muerte, como lo diremos a su tiempo; confusiones, etc., etc.

Pero, hay algo mejor: El asiento N.º 649, de la primera campaña, la de 1856, en el primer libro, del mismo año, inmediatamente después de las partidas certificadas por Mendoza, aunque no lleva el N.º 648 que lo saltaron, y probablemente después de algunos días de no trabajar en el libro, cuando le fue devuelto de la Comandancia, ya sabemos aquí lo que quiere decir: «enseguida no más le devuelvo su libro», en el tal asiento, pues, encontramos esta curiosidad: «En la expedición del año cincuenta y

seis, en el mes de Marzo de camino a Rivas en el Golfo de Nicoya murió ahogado el soldado José Echavarría casado con Ma. Arias de Escasú.» ¡Hay para rato! ¡La primera víctima de la expedición! ¡En el Golfo de Nicoya, de camino no más, saliendo apenas de Puntarenas...! y hasta ahora lo saben...! más de UN AÑO DESPUÉS...! o hasta ahora se acuerdan de anotar la defunción y como el libro lo están levantando, lo están trabajando después de terminada la Campaña del año siguiente, del 57, ¡se confunden! ¡se les olvida que los asientos que están escribiendo son los del cincuenta y seis! ¡que apenas están en el Primer Libro, anotando las defunciones de la Primera Campaña! y... el pobre Tata Chico, preocupado a tales horas de no haber consignado la muerte de la primera víctima del 56... ¡mete la pata! diciendo campante en el Libro del 56: «En la expedición del año cincuenta y seis...»; cuando debió haber escrito (porque está escrito de su puño y letra) conforme lo viene haciendo, «En la misma Campaña y en el mes de Marzo, de camino a Rivas, etc. etc.», puesto que es de la Campaña del 56 y nó de la del 57 de la que está tratando.

Pero hay más: para no dejarnos duda de la metidita de pata el asiento inmediato, N.º 650, comienza así: «En la Campaña de mil ochocientos cincuenta y seis, en principios de Mayo, de la epidemia del cólera, etc. etc.»; porque todavía no le había pasado el susto, pasado el cual o de vuelta de almorzar o al siguiente día, olvidando el incidente y escribiendo él mismo los dos asientos inmediatos, para dejarle al escribiente los restantes, empieza: «651. En la misma campaña y de camino de Nicaragua a Costa Rica de la epidemia del cólera murió el soldado Ponciano Brenes», otro pobre de los que murie-

ron en el camino de Nicaragua a Costa Rica y que había sido olvidado, puesto que estamos en el folio 58, vuelta, y los anteriores asientos, 552 y siguientes, hablan de muertos «de Liberia al interior», y antes, 552/3/7, de soldados que ya de regreso murieron del «cólera en la Ciudad de Liberia.»

Pero no es todo: El N.º 661, ya terminándose el Primer Libro, dice: «En la Ciudad de Rivas de Nicaragua a los once días del mes de Abril de mil ochocientos cincuenta y seis, en la acción de este día...»

Y aquí viene lo gordo: la palabra «seis» de 1856, está sobrepuesta y repintada sobre la palabra «siete» que lleva debajo. La confusión es muy disculpable: en la época en que se escribía el Libro ya habían pasado los dos memorables combates del ONCE DE ABRIL en Rivas, el de 1856 y el de 1857, de manera que el error no se podía cometer con mayor facilidad; a más de que como discurría el año de 1857 y hacía un buen rato que el escribiente le había dejado el trabajo al padre que venía anotando partidas iguales o parecidas con este encabezamiento: «En la Campaña y de camino de Nicaragua a Costa Rica» o «En... de Liberia al interior»... y este asiento ya no trataba de muertos del cólera, sino de un oscuro soldado muerto en Rivas, talvez heroicamente, cuyo nombre se había olvidado, o el informe de cuya muerte hasta ahora llega a oídos del Capellán Mayor, ¿cómo no disculparle el error?

Todo lo cual prueba de manera irrefutable que, el Libro Primero que es el que nos ocupa y tiene interés para nosotros en este debate, no lleva orden cronológico; no fue levantado en el teatro mismo de los acontecimientos, se formó por informes ya escritos o verbales suministrados al Capellán Mayor y fue escrito en 1857.

OBJETO DEL LIBRO

El libro se formó *para dar fe* de las personas fallecidas en ambas Campañas, cualquiera que hubiese sido el género de su muerte: combate, peste, enfermedad, ahogado, etc. etc.

Su único objeto era consignar la defunción, poseer la certidumbre de ella para poder certificarla en cualquiera de los casos exigidos por la ley: partición de bienes, segundas nupcias de las viuditas alegres o necesitadas, pensiones, etc. etc. Para eso, y **únicamente** para eso, se levantó, *nunca* para dar fe de los hechos históricos. Lo esencial era consignar la defunción, ya que entonces no existía el Registro Civil y la Iglesia tenía la obligación de dar las certificaciones que la Ley prevé y exige: bautismo, matrimonio, defunción. El Libro no consigna una sola vez **la manera** como ocurrió la muerte consignada en sus páginas¹: si defendiendo al frente o atacando al flanco o en la retirada. Y si no se ocupa de los detalles de la defunción y no los consigna es porque ese no era su objeto. «Fulano murió en la acción de Santa Rosa... en la de Rivas... de camino de Nicaragua a Costa Rica, del cólera...» sin especificar el lugar, día, etc. Por el título de las defunciones ocurridas entre los expedicionarios del «Dominga Morales», «Telemby» y «Dos Hermanos» cualquiera se imaginaría, al leer las palabras que encabezan estas defunciones: «MUERTOS DE LA DOMINGA, etc.», que la defunción ocurrió en alguno de los tres barcos, y, sin embargo, las noventa y seis partidas

¹ Exceptuando el caso del Capitán Rojas, asiento N.º 168, de que hemos hablado.

tienen, todas, un mismo encabezamiento: «En la campaña y de Liberia al interior», etc., excepto una que dice... «y de camino de Liberia al interior», sin especificar la clase de muerte, ni el lugar donde ocurrió. La única diferencia que hay en ellas es que unas veces escriben «Liveria» y otras «Liberia».

Lo repetimos: el Libro no necesitaba consignar detalles y le importaba poco que el fulano hubiera perecido de fiebre o de cólera o de bala o por el filo de la espada o quemado vivo o muerto: eso, para su objeto, era secundario, así como también secundario era consignar el día de la defunción. Y, en consecuencia, EL VALOR DEL LIBRO COMO FUENTE HISTÓRICA y para el caso que nos ocupa no es ABSOLUTO sino RELATIVO. El hecho sólo de que no fue llevado en el teatro mismo de los acontecimientos le quita, en cuanto a la propia esencia—si se me permite decir así—del acontecimiento en sí mismo, el carácter de histórico que pudiera dar *fe absoluta* en cuanto a cómo, dónde y de qué manera ocurrió la defunción. Por eso dije y repito que su valor no es absoluto.

De otro lado, en el Libro, en ambas partes, Primera y Segunda, encontramos:

- a) OMISIONES;
- b) ERROR DE LUGAR;
- c) CONFUSIONES (de lugar, género de muerte, fecha, estado, etc.);
- d) PERSONAS DISTINTAS QUE LLEVAN UN MISMO NOMBRE Y UN MISMO APELLIDO.

a) OMISIONES.—Párrafos de las cartas de don Juan Rafael Mora, General en Jefe y Presidente de la República, que debía de estar bien enterado de los sucesos.

(Archivos Nacionales. Sección Administrativa, N.º 4747.) Carta del 3 de Mayo de 1856, dice: «Han muerto del cólera el Teniente Coronel don Juan Alfaro Ruiz, los Tenientes don Joaquín Lobo (defunción que no registra el Libro ¡y todo un Teniente!), don Jesús Brenes, don Anastasio Calderón; Subtenientes Cayetano Méndez, Trinidad López (otra defunción que no estaba registrada); Sargento N. Berrocal (tampoco está consignada) y otros...» Del Teniente Coronel Juan Alfaro Ruiz, persona conocidísima y de alto grado militar no consigna el segundo apellido (asiento N.º 161). Al Teniente don Anastasio Calderón le suprime el «DON», que en aquel tiempo no era de suprimirse, y de Teniente lo baja a soldado raso (asiento N.º 495)...: el soldado Anastasio...»

b) ERROR DE LUGAR.—En la mortuoria de Juan Alfaro Ruiz (A. N., protocolo mayor del Alcalde tercero de Alajuela, Vol. 706, N.º 211), copio: «Joaquín Saborío, mayor de edad, etc.... de este vecindario, ante usted con el debido respeto expongo: que en la pasada campaña contra los filibusteros salió de esta ciudad... don Juan Alfaro Ruiz... otorgó en Liberia su testamento (de camino a la frontera, agregó) ante los Capitanes don Felipe Muñoz y don Ramón Portuguez, de los cuales que lo firmaron como testigos murió el último en la campaña de Rivas...» «Alajuela Julio 11 de 1856.» La muerte de *don Ramón Portuguez* en la *batalla de Rivas* está también consignada en «Elementos de Historia de Costa Rica», tomo II, Imp. Nacl., 1894, pág. 27¹. Este sólo documento nos sirve para encontrar DOS errores en el Libro, porque

¹ Por don Francisco Montero Barrantes.

aquél nos dice que Alfaro Ruiz, de vuelta de la expedición, murió violentamente atacado del cólera en los Llanos de la Cebadilla de Rivas, según declaración de don Felipe Muñoz, ante el Juzgado de Alajuela, a las once de la mañana del once de Julio de mil ochocientos cincuenta y seis; y éste consigna la muerte como acaecida en Rivas (asiento N.º 161); así como a Portuguez, muerto en el combate de Rivas, lo hace aparecer como víctima del cólera «de camino de Nicaragua a Costa Rica.» (As. N.º 190.)

El cabo segundo Salvador Alvarado, único muerto en el encuentro del Sardinal, el 10 de Abril de 1856 (véase Montero Barrantes, ob. cit.), según el Libro 1.º, As. N.º 608 (ya de los últimos!), murió de «Liberia al interior» sin especificación de motivo.

c) CONFUSIONES.—Dice la carta del Presidente Mora a su Ministro de la Guerra, fechada en Liberia el 4 de Mayo de 1856: «un hermano del Coronel Salazar murió de FIEBRE...» El asiento N.º 533, de don José Salazar, el hermano del Coronel, dice que murió del «cólera».

Otra carta del Presidente Mora, a su Ministro en Guatemala, don Nazario Toledo, escrita en Puntarenas el 8 de Mayo de 1856, informa que «el 20 de Abril se presentó el PRIMER CASO DE COLERA»; el Libro (As. N.º 159), dice:

«DEL CÓLERA. En la ciudad de Rivas a los dieciseis días del mes de Abril del mismo año (1856) murió el corneta Franco. Arborola.» O se equivocaron al poner el título «DEL COLERA» o adelantaron la epidemia cuatro días.

En el Libro Segundo, fol. 13 y sigts., entre los asientos que están bajo el epígrafe «EN RIVAS 11 DE ABRIL», que empiezan con el N.º 152, hay varias confusiones.

Veamos:

«En la misma campaña y en Rivas el 13 de Marzo murió...» (As. 153); «En la misma campaña del mismo año en el mes de Marzo...» (As. N.º 164); perdón, este N.º 164, siquiera dice: «En el Jocote»; «En la misma campaña del mismo año el 23 de Marzo y en Rivas...» (As. N.º 165 y As. N.º 166); etc. etc.

Errores de pluma hay bastantes; tomo al azar: N.º 299, sobre el asiento corre un «NO CORRE»; N.º 291, sobre «soldado» está escrito «oficial»; N.º 259, sobre la palabra «TRES» de Tres Ríos, tanto al margen como en el cuerpo está sobrepuesta y repintada la palabra «DOS»; el 264 tiene otro «NO CORRE»; N.º 312, sobre el apellido «Marín» está recalcado el de «Mata»; N.º 342, sobre «María» dice «Ramón» y sobre «S. José», «Cot»; N.º 491, que puede calzar en la de «OMISIONES», dice... «Juan Aguilera, soltero...»; al margen encuéntrase esta nota: «Por informaciones seguidas en Julio de 1874 (o 1884, está confuso) consta que JUAN AGUILERA no era soltero, sino casado con la señora Josefa Abendaño.»

d) PERSONAS DISTINTAS QUE LLEVAN UN MISMO NOMBRE Y UN MISMO APELLIDO: N.º 167, «José María Calderón, de la Unión»; N.º 178, «José María Calderón, de San José»; N.º 289, «José María Calderón, de Cartago»; N.º 520, «Jesús Méndez, de San Juan»; N.º 521 (el siguiente), «Jesús Méndez, de Cartago»; N.º 20 «Raimundo Sáenz, de San José»; N.º 246, «Raimundo Sáenz, de San José», el primero murió en Santa Rosa, el segundo del cólera, etc. etc.

DEDUCCIONES

Si de los siete fallecidos del cólera que conocemos por *un solo documento*, la carta del Presidente Mora,

NOS FALTAN TRES en el Libro, ¿qué pensar del número de omisiones? Si estas tres omisiones se refieren a un Teniente, a un Subteniente y a un Sargento, cabe preguntar: ¿el soldado Juan estará entre las omisiones...? Si por tan escasos documentos, las cartas de Mora, la mortuoria de Alfaro Ruiz y lo dicho por mi maestro, apreciado y querido, don Francisco Montero Barrantes, que ignoro en qué fuente bebiera, nos constan tantas «confusiones» y entre ellas dos muy gordas, la del oficial Portuguez, muerto en el combate de Rivas y la del cabo segundo Salvador Alvarado, único muerto en el del Sardinal, no veo la dificultad para aceptar lo mismo con el glorioso tambor y sacristán de Alajuela: JUAN SANTAMARÍA.

Podría alegar error de pluma en un Libro en donde hay tantos. Podría decir: en la partida de marras se olvidó consignar el apellido de un individuo cuyos nombres de pila eran «Juan» y «Santa María» como segundo nombre de pila, el último, ya que antiguamente este nombre se usaba con frecuencia como tal: véanse los Expedientes de pensiones de la Campaña Nacional: sólo en Alajuela hay dos pensionados, o mejor dicho, los hubo, con el agravante de que ambos eran «Juan Santa María Carvajal» (como el héroe, aunque ignoramos si el «Santa María» de éste era segundo nombre de pila o apellido), uno de ellos que consta por su fe de bautismo que recibió en la pila los nombres de «Juan María», hijo legítimo de J. M. Carvajal y Andrea Loría; y el otro, de Concepción, mayor de 70 años en 1904. Por curiosidad, damos los datos siguientes sacados de los Archivos Nacionales (Exp. 3723). Por orden Suprema N.º 956 de 24 de Novbre. de 1856 se ordenó levantar un Censo militar, posible-

mente para alistarse a la guerra. Del de la Provincia de Alajuela, tomamos los siguientes nombres:

«Distrito del Centro de esta Ciudad (Alajuela).

(Aquí nombres)

Juan Santa. Ma. Peñaranda

. (Siguen nombres)

Miguel Santamaría

Juan Santamaría

.

Ramón Santamaría

Rufino Santamaría (a) Gallego (hermano del Erizo, agregó)

.

Distrito de Concepción:

Juan Santamaría

.

José Ma. Santamaría

Juan Santamaría

.

Distrito de La Laguna, perteneciente a Sarchí:

.

José Santamaría

.

Juan Santamaría

LA RETRILLA

Empecé citando a uno de los hombres que más he querido en mi vida: mi abuelo que, cuando mi padre, a los cuatro meses de casado murió, víctima, aunque a distancia, de las heridas que recibió en la Guerra de la Independencia, la «de los diez años», de Cuba, su Patria,

recogió a mi madre, muy jovencita todavía, pues con dificultad contaba diecinueve años.

En la casa de mi abuelo nací, y las caricias que no pude recibir de las manos de papá, amorosamente me las prodigaron las suyas. En su casa me crié y a su amparo crecí y me formé. De aquí el amor grande e inmenso y el culto fervoroso y reverente que arraigan en mi alma para el Médico de la Campaña Nacional, que en varios y diferentes períodos sirvió a la Patria como Diputado al Congreso. Me cuentan que siempre que tomaba parte en algún debate, cuando había concluido de aducir las razones que tenía para apoyar o adversar el proyecto en discusión, terminaba resumiendo sus razones en breves palabras.

Cierta vez, un señor diputado tuvo la graciosa ocurrencia de decirle por lo bajo al compañero más cercano y mientras mi abuelo estaba en el punto de resumir las razones que ya había expuesto:

—¡Ya está don Andrés en la retrilla!

Comentario que como es natural fue enseguida del dominio de todos los otros señores diputados, para repetirse después en diferentes ocasiones.

Si se me permite, honrando la memoria de mi abuelo, voy a hacer lo mismo, mientras llevo mi pensamiento a Rivas para contemplarle en el preciso momento en que, curando heridos, agachado «en cuatro pies», a sus oídos llegó el rumor de la victoria y, levantándose como un resorte, se puso a bailar, mientras repetía con los demás, lleno de emoción:

—¡El negro Santamaría le pegó fuego al Mesón...!

Y, ahora, paso a mi retrilla: Si la célebre partida de defunción se refiere a «otro» Juan Santamaría, que

en realidad hubiera muerto del cólera, quedaría el Héroe entre el número de los olvidados u omitidos en el Libro, como el Teniente don Joaquín Lobo, como el Subteniente Trinidad López, como el Sargento N. Berrocal y como tantos otros que ignoramos. Lo mismo sucedería si fuera error de pluma.

Si se refiere en realidad, a la defunción de aquél que nos dió la victoria en Rivas, está en el mismo caso del Capitán (según la mortuoria de Alfaro) o Subteniente (según Montero Barrantes) don Ramón Portuguez y del cabo segundo Salvador Alvarado, los combatientes muertos en Rivas y Sardinal, respectivamente, que el Libro *mató* del cólera o de alguna colerilla del Padre Chico...

Podrá replicarse: ¡ah! pero bien puede suceder que los muertos del cólera sean *otro* Ramón Portuguez y *otro* Salvador Alvarado...

—Está bien, contestaría yo redarguyendo, pero entonces debe aceptarse que también es «*otro*» el Juan Santamaría muerto del cólera y que las defunciones de Alvarado, el combatiente del Sardinal, y las de Portuguez y Juan Santamaría, los combatientes de Rivas, no fueron consignadas.

Sea como fuere, ello no tiene importancia; pues espero haberlo demostrado: la tal partida de defunción del soldado Juan Santamaría consignada en el Libro Primero de los que murieron en la primera Campaña de 1856, existente en el Archivo Eclesiástico, no tiene la importancia que se ha pretendido darle, ni es de valor *absoluto*, ni puede hacer fe en este caso.

ELADIO PRADO

San José, Setiembre de 1926.

PUNTO FINAL

El propio Padre Chico (*Presbítero Francisco Calvo*), que escribió el libro de defunciones donde está la famosa partida de Juan Santamaría, declaró que: «Era otro Juan Santamaría y que el del Mesón quedó muerto allí mismo.»

Esta declaración, que nos trasmite el honorable Doctor Rafael Calderón Muñoz, apaga toda duda que el consabido libro de defunciones pudiera encender.

Don Francisco María Núñez, joven historiador, justo y honorable, reconoce que está convencido y es él mismo quien recoge la importante declaración y se queda satisfecho de haber ayudado a esclarecer tan importante hecho histórico.

Sobre la bendita partida de defunción podemos escribir: «*Requiescat in pace.*»

L. D. S.

IMPORTANTES DECLARACIONES DEL DOCTOR DON RAFAEL CALDERON MUÑOZ

Cuando escribí el anterior artículo, referente a una partida de defunción de Juan Santamaría, que se publicó el primero de setiembre en curso, me propuse provocar una discusión, de la cual naciera, o la confirmación definitiva del acto heroico de Santamaría o de la leyenda, que para unos tejió el espíritu popular, para embellecer la Campaña Nacional.

Con detenimiento he leído lo que a manera de contestación o de reparo se ha publicado: nota de «La Nueva Prensa» del día en que apareció mi artículo, «El Germen de la duda»; comentario de don Anastasio Alfaro, de fecha 3 de los corrientes; carta de don Eladio Prado y don Hernán G. Peralta, a quienes yo interpele, publicada el día ocho.

De todo eso no saqué nada en limpio, dicho sea en honor de la verdad y sin el menor intento de mortificar a quienes me merecen toda simpatía.

Pero ha llegado el estimable Doctor don Rafael Calderón Muñoz, con dato que aclara el punto en cuestión y creo de mi deber hacerlo público sin tardanza.

—Yo me crié en casa de don Francisco María Fuentes, dice.

Era todavía un estudiante, cuando un día se presentó el Presbítero Francisco Calvo (el Padre Chico) a pedirle al Lic. Fuentes que le hiciera una gestión

para obtener un auxilio del Estado. Vivía entonces don Francisco María detrás de la Catedral.

Como atestado de que había estado en la Campaña Nacional presentó el Padre Chico un libro en que figuraban las defunciones registradas.

Un espíritu de curiosidad, propia de muchacho, me llevó a ver las páginas del libro y di con la partida 385 donde se lee que Juan Santamaría murió de camino de Nicaragua a Costa Rica, de la epidemia del cólera.

Yo corrí a mostrarle a don Francisco María el hallazgo, y éste, no sin asombro, interrogó al Padre Chico.

«Este era otro Juan Santamaría, contestó al punto, que el otro, el del Mesón, quedó allí mismo.»

La fecha de este suceso sería fácil constatarla, buscando la que corresponde a la pensión acordada a favor del Padre Chico.

Sin tiempo para ampliar los detalles, movidos por la fe que nos merecen las frases del Dr. Calderón Muñoz, que reproducen, muchos años después, las que oyera de labios del Capellán del ejército expedicionario del 56 y 57, público hacemos el relato, para satisfacción propia.

Escrito lo anterior, me entero de que don Eladio Prado ha escrito un valioso estudio analítico de la famosa partida de defunción, comprobando que en el ejército nacional figuraron varios soldados de apellido Santamaría y algunos hasta del mismo nombre Juan¹.

Me satisface haber podido dar ocasión para que se aclarara la verdad histórica y agradezco al estimable Doctor Calderón Muñoz, su oportuna manifestación, que despeja toda duda.

FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ

¹ El estudio que aquí publicamos.

TERCERA PARTE

LA LIRA CANTA AL HEROE



HIMNO A JUAN SANTAMARIA

Cantemos, ufanos, la egregia memoria
de aquel de la patria soldado inmortal,
a quien, hoy unidas, la fama y la historia
entonan gozosas un himno triunfal.
Cantemos al héroe, que en Rivas, pujante,
de Marte desprecia el fiero crugir,
e intrépido alzando su tea fulgurante
vuela, por la patria, sonriendo a morir.
Miradlo!... En su diestra la tea vengadora
agita, y avanza de su hazaña en pos.
La muerte, qué importa trueno asoladora,
si siente en el pecho las iras de un Dios?
Y avanza, y avanza!... el plomo homicida
lo hiere sin tregua e infúndele ardor;
y en tanto que heroico exhala la vida,
se escucha al incendio rugir vengador.
¡Salud, noble atleta! Tu nombre glorioso
un pueblo, que es libre, aclama hoy doquier,
un pueblo que siempre luchó valeroso,
pues sabe que es grande, cual tú, perecer!

Letra: EMILIO PACHECO COOPER

Música: RAFAEL CHAVES TORRES

JUAN SANTAMARIA

Vivo, su nombre oscureció la suerte;
muerto, a su nombre está la gloria unida:
si en sombra triste lo envolvió la vida,
de luz inmensa lo cubrió la muerte.
Por la patria luchó con brazo fuerte,
siendo espanto a la hueste maldecida
más que en la lucha misma, en la caída,
cuya grandeza en héroe lo convierte.
De su existencia el áspero sendero
recorrió batallando con el sino;
mas fue la gloria el término postrero.
Así la patria, al fin de su camino,
su nombre esculpe en mármol duradero
que diga que al morir venció al destino.

JUAN F. FERRAZ

De Costa Rica Ilustrada, 1887.

EL ERIZO

Ceñida de siniestros resplandores,
desde el Mesón, la muerte enfurecida
fulminaba sus rayos, que la vida
agostaban de nuestros luchadores.
Del batallón guerrero, los mejores
iban cayendo en cada acometida,
que siempre inútil fue toda embestida
y principio de lástimas mayores.
Mas las llamas envuelven de repente
el baluarte del déspota iracundo,
y la victoria alcanza nuestra gente.
Exangüe y entre el fuego rubicundo,
al lado de la tea, está el valiente:
Erizo se llamó, sépalo el mundo!

Pío VÍQUEZ

De *Costa Rica Ilustrada*, 1887.

JUAN SANTAMARÍA

AL LIC. DON JOSÉ ASTÚA AGUILAR

Jamás, jamás mi musa
en su ambición ingente
aduló al grande ni halagó al potente.

Hoy anhelante, con sonora estrofa,
cantar quisiera al héroe denodado,
al oscuro soldado
de nuestra heroica nacional campaña
que, de la horrible lucha
en el supremo instante,
con ínclito valor y noble saña
el llamamiento de la Patria escucha.

Quiero cantar al héroe aun olvidado,
al gran SANTAMARÍA,
que en alas de su genio conducido
—de la nada social donde yacía—
se alzó trasfigurado
al cielo esplendoroso de la gloria
sellando con su muerte la victoria.

¡Oh inolvidables tiempos
de virtud y heroísmo...! La insana
audacia del cruel filibustero
que a Nicaragua, la nación hermana,
a muerte condenaba y servidumbre
al golpe inevitable de su acero,
de Costa Rica a los valientes hijos
condujo a la pelea;

aun más que de pertrechos
formidables, armados
por el escudo de sus anchos pechos
y por la alteza de su noble idea.

Era el once de abril. ¡Glorioso día...!
Los bélicos y fieros
ejércitos que osaban,
cual buitres carniceros,
cebarse en nuestros pueblos y praderas,
parapetados tras el fuerte muro
del Mesón invencible,
en Rivas, ay! diezmaban
nuestras invictas huestes altaneras.

¿Cómo vencer entonces al enemigo?
¿Cómo volar ese edificio horrible,
si en tan duro momento
nuestras marciales tropas carecían
de recursos, pericia y armamento?

Mas en tan triste y apurada suerte,
¡oh hermosa Patria mía,
sobraban corazones esforzados
prestos su vida a dar por defenderte...!
En medio del rugir de la metralla,
del hondo espanto, confusión y muerte,
se alzó con energía
la voz del bravo Cañas que decía:
—¿Entre tantos valientes habrá alguno
que ose sacrificar su vida, yendo
el Mesón a incendiar?—Resueltamente,

—Yo—al punto contestó Santamaría,
de nuestras recias filas
intrépido saliendo;
—mas les encargo—con ternura dijo—
no olviden a mi madre.
Y aquel heroico hijo
de la Patria, con noble continente,
serena la mirada,
alta la oscura frente
de enmarañados crespos coronada,
y el pecho henchido por su ingente idea,
hacia el Mesón temible
de do surgía inclemente
la muerte asoladora,
se adelantó impasible
blandiendo al aire la fulmínea tea.

.....

¡Patético y sublime fue ese instante
Aquel héroe esforzado,
por la flameante lumbre
y por la luz de Dios iluminado,
no fue ya entonces mísero soldado,
era de nuestra Patria
el genio vengador transfigurado.

El rayo fiero del potente Marte
los ámbitos atruena por doquiera,
mas, ay! todo es en vano,
que nada habrá que en su inmortal carrera
detenga o intimide
al nuevo Ricaurte americano.

Una bala, de pronto, el brazo fuerte
do fulmina la tea
le hiere, mas ¿qué importa,
si libre aún le queda la otra mano
para vengar la Patria
y desafiar hasta la misma muerte?
Hacia ella se adelanta presuroso:
del edificio al muro se encarama,
préndele fuego, y la rojiza llama
se aviva y se retuerce
lamiendo y devorando el alto techo
que cruje y se desploma,
entre el terror del enemigo odioso
que en medio del incendio, a su despecho,
enfurecido se revuelve y brama.
Ay! otra bala le atraviesa el pecho
al ínclito soldado,
y a tierra viene ese héroe belicoso
a quien la Patria con justicia aclama
como a su hijo más noble y valeroso.

Así supo morir en ese día
el gran SANTAMARÍA.
¡Loor por siempre a su inmortal memoria
y que su hazaña noble y gigantea,
en nuestra Patria sea
ejemplo eterno de enseñanza y gloria!

EMILIO PACHECO COOPER

JUAN SANTAMARIA

Cayó el valiente: su atrevida planta
al dardo cede del intruso odiado;
pero al rodar su cuerpo mutilado
vencedora la patria se levanta.
La roja llama que al tirano espanta
el triunfo dice del audaz soldado,
y su vivo fulgor, jamás nublado,
de la gloria los campos abrillanta.
Mas a la par que resplandor de gloria
brillante esparce su rojiza tea,
aclarando su nombre y su memoria;
la amenazante luz con que flamea
desde la cima de la patria historia
terror de audaces invasores sea!

JUSTO A. FACIO

De *La Lira Costarricense*, tomo I, 1890.

EL TAMBOR¹

El Mesón es trinchera inexpugnable;
urge el asedio; suena la fagina,
y no hay para el asalto quién su ruina
quiera hallar en el muro inabordable.
Allí vacila el fuerte; el espantable
abismo hace olvidar la disciplina:
y el terror que al ejército domina,
es impotente a contener el sable...
Mas, de pronto, el «Tambor» toma una tea;
llega al Mesón; asalta la techumbre,
y la llama en los aires serpentea.
Mírase al héroe en la rojiza lumbre
desaparecer... La gloria le rodea,
pues él supo asaltar su enhiesta Cumbre!

JUAN F. FERRAZ

De *Costa Rica Ilustrada*, 1891.

¹ Era el puesto de Juan Santamaría en el ejército costarricense.

JUAN SANTAMARIA

(HOLOCAUSTO)

Por la virtud de su obra,
que del audaz intruso nos redime,
todo a su lado cobra
el radiante fulgor de lo sublime;
y son así, contado por la fama,
la santa libertad el dios propicio,
la patria el sacerdote que reclama,
por la salud del pueblo, el sacrificio,
y, ¡oh! portentoso ejemplo
que a los humanos guía
y el alto culto de la patria crea,—
un obscuro Mesón es sólo el templo,
la víctima inmortal *Santamaría*,
y el sacro fuego del altar... su tea!

JUSTO A. FACIO

De *Mis Versos*.

A JUAN SANTAMARIA

Diste a la patria con tu grande hazaña,
¡oh sublime incendiario!
la página más bella de su historia,
la de heroísmo redentor y santo.
Proclame de tu acción la noble fama
el inspirado labio,
y para ti la juventud altiva
levante sus acentos de entusiasmo.
Sea para tu nombre y tu memoria
el corazón honrado
el firme monumento; en él vivan
más que en bronce y granito sustentados.
¡Oh poder luminoso de tu hazaña!
Desde el humilde puesto de soldado,
sobre el más alto pedestal te eleva,
¡oh sublime incendiario!

NAPOLEÓN QUESADA

De Recitaciones Escolares

GLORIA HUMILDE

Cuando quemó el Mesón Santamaría,
perforado cayendo por las balas,
del feroz enemigo, y expirante,
a su madre, humildísima y anciana,
envió, lleno de amor, su último beso.
Abrigaba en su pecho la confianza
de que, atendiendo su postrer encargo,
cumpliéndose a la vez santa palabra,
su viejecita el pan recibiría,
como una deuda que el honor reclama,
y no pensó, al morir, en el renombre,
sino en su Patria y en su Madre amadas.
Con parsimonia odiosa fué cumplida
la promesa formal de la hora trágica:
más cual tributo a su memoria excelsa,
al bravo Erizo se erigió una estatua
y en la conciencia nacional perdura
la gloria humilde de su heroica hazaña!

J. M. ALFARO COOPER

Inédito.

VICTORIA DE RIVAS

La hermosa ciudad de Rivas,
con atenciones sin cuento,
un fraternal hospedaje
da en sus casas, donde el eco
de libertad se repite,
sin ambajes ni rodeos,
y en cuarteles los hogares
convierte para que en ellos
se instalen los defensores
de la América del Centro,
amenazada hace meses
por la invasión de otro pueblo,
que a Nicaragua domina
usurpando su gobierno.

Asalta el once de abril
el enemigo soberbio
a las tropas descuidadas,
con empuje tan tremendo,
que en la mitad de las calles
se traba combate recio,
y el éxito del asalto
presumen en su comienzo;
mas no conocen a Mora,
en la guerra tan excelso,
como tratable en la paz

y en el trajín del comercio;
tampoco al General Cañas,
militar de mucho vuelo,
ni, como ellos, a otros muchos
que a morir están dispuestos.

Marcha el General Quirós
tras una tapia sereno;
a impartir órdenes sale,
que volando corre el tiempo:
«agáchese, General»,
le dicen sus compañeros;
«un General no se agacha»,
contesta arrogante el viejo,
y con la vida allí mismo
se apaga el orgullo regio,
porque soldados de Walker,
escogidos exprofeso,
ocupan como fortines
los campanarios del templo,
desde los cuales dominan
la ciudad y sus anexos,
y con salir a la calle
se pone la vida en riesgo.

Pasado ya medio día
llegan tropas de refuerzo,
al mando de Alfaro Ruiz,
que a los gringos pone cerco;
mas las huestes en desorden
entran al Mesón corriendo,
y las espesas paredes

convierten en parapeto,
donde el combate reanuda
con descargas desde adentro:
por las puertas y ventanas
arrojan plomo a lo lejos,
transformando en fortaleza
aquel obligado encierro;
así, al arribo de Alfaro,
cambia la lucha de aspecto:
los sitiados quedan libres
y los sitiadores presos,
mas no rendidos, que siempre
con tiros se oculta el miedo.

En el Estado Mayor
se ordena que pongan fuego
al Mesón, para rendir
al enemigo perverso:
el batallón de Alajuela
queda con calle por medio,
y a cumplir es el llamado,
sin tardanza el mandamiento;
todos están decididos,
mas no saben cómo hacerlo,
porque la mente se ofusca
en los instantes supremos;
entonce el tambor humilde
pone su caja en el suelo
y le dice al comandante:
«Con permiso, voy resuelto
a cumplir la voluntad
de quemar el avispero;

si me prenden las avispas
y por desgracia no vuelvo,
la protección de mi madre
pido como único premio.»

Era Juan Santamaría
alto, delgado, moreno,
esforzado como altivo,
conversador y travieso,
conocido entre los suyos
con apodo de «El Gallego».
Hacer un hachón de trapos,
empaparlo y darle fuego,
fue para él lo más sencillo
y a la calle salió presto,
que ya el silbar de las balas
le parecía lo de menos.
De los frentes enemigos
cien descargas le llovieron
mientras las llamas lamían
como lenguas el alero,
y obedientes al asalto
del Mesón, subían al techo.

Acribillado de heridas
cayó por tierra el mancebo,
con la sonrisa en los labios
de haber cumplido su objeto;
y más pareciera un bronce
esculpido por el genio,
cuando al declinar la tarde
queda iluminado el cuerpo

al resplandor de las llamas,
que en torbellino siniestro
despojos del enemigo
levantan hasta los cielos.

Durante toda la noche
a nadie confortó el sueño,
que escasas eran las horas
para recoger los muertos,
para curar los heridos
y para alistar pertrechos.

De los cuarteles contrarios
se apodera el desaliento:
los jefes se quedan mustios,
los clarines en suspenso,
las huestes disciplinadas
de Bailén son el recuerdo,
pues todos esperan la hora
de salir de aquel infierno,
donde la ambición no cabe,
y se funde el cautiverio,
al calor del patriotismo,
convertido ya en incendio.

La experiencia ha sido dura,
la lección no tiene precio:
la derrota reconoce
el audaz filibustero,
y antes de rayar el alba
huye del campo en silencio,
con la disciplina rota,

desconcertado y deshecho,
dejando por donde quiera
armas, heridos y muertos,
y perdida la esperanza
de dominar los labriegos,
que trocaran sus arados
por bayonetas de fuego.

ANASTASIO ALFARO

De *Petaquilla*

A JUAN SANTAMARÍA

AL PERVEROSO BOLIVARIANO,
DON OCTAVIO CASTRO SABORÍO

Héroe, por la robusta valentía;
mártir, por el fervor del sentimiento;
santo, por lo divino del intento;
eso eres, ¡oh Juan Santamaría!

¿Cuál fue tu estirpe? ¿Qué filosofía
iluminó tu humilde pensamiento?
¿Dónde está el pergamino amarillento
que te engrandece la genealogía?

Que a esas preguntas de la lengua fatua
respondan el poema de tu estatua
y la tea que muestras en la mano.

Tuya es tu luz. Tu claro nombre es tuyo,
y en la gloria te nombran, con orgullo,
¡hijo Bolívar y Ricaurte hermano!

JUAN SANTAELLA

De El Correo Nacional

EL ONCE DE ABRIL

Abro las páginas de oro del Korán de nuestra Gloria,
y en cada letra un trofeo se admira de tu grandeza,
oh Patria de mis mayores que llevas con tu nobleza
mil recuerdos venturosos que enaltecen tu memoria!
Diste la mano al vencido cuando huestes extranjeras
pusieron la férrea bota sobre la tierra hermana;
y salvaste de la muerte la majestad soberana
de un pueblo que ya miraba pisoteadas sus banderas,
y venciste al inhumano, al bucanero traidor,
quien ávido de rapiña buscaba en el patrio suelo
de riquezas tan fecundo, donde clavar—con anhelo—
el pendón aborrecido de infame conquistador!...

Once de abril memorable! De la Patria hermoso día!
porque tus huestes gloriosas
entonaron victoriosas
entre el humo de la pólvora—mil rapsodias de alegría.

Allá... Rivas se divisa... sus calles rojas están
en sangre de los patriotas que cayeron en la arena
a los pies del pabellón;
la voz del trueno resuena
en la boca del cañón...
Se oye el grito de ¡Victoria!
que en el Ande repercute; y grabados en la Historia
quedan con sangre los nombres, de los manes valerosos,
mientras huyen temerosos
los cobardes invasores; y el lábaro nacional
en el ambiente flamea, sobre su alto pedestal!

Mas fue un hombre el vencedor!...
Un hombre humilde y oscuro que llevaba dentro del pecho:
la hidalguía del derecho!
la coraza del honor!
cuando la batalla horrible, un rasgo heroico imponía,
el bravo general Cañas—arengando a los soldados—
pregunta—si hay un valiente,
entre tantos abnegados
que quiera arder el Mesón.
Sale Juan Santamaría
de las filas al instante
y grita con voz tonante
«Yo voy! Velad por mi madre... Madre de mi corazón!»
y apoderándose luego
de la vengadora TEA
al Mesón le prende fuego
en medio de la pelea;
moribundo, al suelo caé con el corazón partido,
mas el incendio pujante
devora cruel, incesante,
la guerrera fortaleza del enemigo vencido!

Oh! soldado valeroso, de la Patria justo orgullo!
que llegue hasta tí el murmullo
de las épicas canciones
de cinco hermanas naciones
Que salvaste con tu muerte!...
Hijo de Marte, el más fuerte
y el más noble y elevado de todos los corazones!...

MIGUEL GONZÁLEZ SOTO

EL ONCE DE ABRIL

Calla el cañón, la música no canta,
ni flota desplegada la bandera!
¡Oh juventud! no permitais que muera
el sagrado recuerdo
de esta fecha gloriosa y sacrosanta!
Tu espíritu levanta
en este hermoso y refulgente día
y ante esa aurora que su luz destella,
cantad nuestra epopeya!
Tú tienes tu Ricaurte! Oh patria mía!
Ayer no más, su bélica armadura,
el monstruo de la guerra sacudía,
ebrio de sangre en su infernal locura;
Nicaragua gemía
bajo la planta de invasoras huestes,
y tú, ¡oh Costa Rica! ¡oh Patria mía!
te lanzaste frenética a la lucha,
mostrando, con tu arrojo sin segundo,
que son tus hijos nuevos espartanos,
que corre sangre ardiente por sus venas,
y antes perecen que sufrir tiranos.
Al calor de la lid se enardecían,
defendiendo los fueros del derecho
y en las calles de Rivas se batían,
sin más coraza que el desnudo pecho.

Desde el Mesón las huestes invasoras
el rayo de la muerte fulminaban,
diezmando nuestras filas de titanes
que por la santa Libertad luchaban;
allí, los bravos, que cejar no pueden,
ni se abaten jamás, ni retroceden,
con ánimo esforzado.
¡Cómo pretenderían
batir a su enemigo en su baluarte
hallándose tan bien parapetado!
Allí los nuestros en heroica lucha
por nuestra patria sucumbir debían;
sucumbir? ¡No! ¡Jamás! ¡Nada sucumbe!
Oh no! nada se pierde
donde la providencia pone un mártir;
que en medio del furor de la batalla,
un oscuro soldado,
se apresta con valor al sacrificio;
se lanza denodado
al funesto edificio,
ese titán, en Dios transfigurado,
toma en sus manos la rojiza tea;
encendida en el fuego del Empíreo,
fulgura y centellea.
Arde el Mesón, el maderamen cruje,
silba la bala, la metralla ruge,
se llenan de pavor los foragidos,
azorados de espanto,
y al grito resonante de ¡VICTORIA!
se abaten los tiranos confundidos
y caíste tú ¡oh mártir sacrosanto!
llenándote de gloria.

¡Triunfo caro en verdad! Por qué la muerte
no respetó tu temerario arrojo,
tu santa abnegación y tu osadía?
¡La muerte! digo, ¡oh no! jamás perecen
los héroes como tú SANTAMARÍA!
Al que muere inundándose de gloria
no lo mata la muerte;
sacudiendo las sombras se levanta,
y en medio del clamor de la victoria,
se yergue y se abrillanta:
que el héroe es inmortal, como la historia.

LUIS R. FLORES

De *La Información*, 1913.

LAURELES NACIONALES

SANTAMARÍA

I

Yo ví, de niño, este soldado egregio
—enhiesto bronce de mi lar nativo—
como se mira a un personaje regio
de ignota fuerza, de heroísmo vivo!

Tambor anónimo, de humilde origen,
legó a los siglos, con su patriotismo,
esos ejemplos que a los pueblos rigen,
que son la vida de su orgullo mismo.

Aquí, entre flores, bajo un cielo hermoso—
adorno sólo de un jardín risueño—
le ví de niño, en su sitial, coloso,
y a comprenderle no alcanzó mi empeño!

Hoy, al mirarlo con su simbolismo,
razona todo el pensamiento mío:
¡Cuántos esfuerzos por el Patriotismo!
¡Cuántos empeños por el albedrío!

Y dice el Bronce: «Con la Idea en la Tea
opuse fiero al vasallaje humano
el Patrio fuego de mi gran Presea,
que fué la muerte del audaz Tirano!»

Así en el Tiempo la mudable Idea
las cosas mira con distinta forma:
y canta en veces a incendiaria Tea,
en veces clama por arcaica norma!

Mas siempre el Héroe se agiganta y pasa
enhiesto, noble, coronado y santo,
símbolo vivo de la altiva Raza,
que en él inspira su glorioso Canto!

Y a cada golpe de la egomanía
se crece y se alza en su jardín de flores:
el Héroe triunfa de la Medianía
cual un diamante con sus resplandores!

II

Soldado Juan: en tu Jardín de flores,
diciendo estás a la posteridad,
que con tu arrojo, que con tus valores,
ganaste el Cielo de la Eternidad.

Viendo tu Historia, la heroica Epopeya
en los relieves de tu pedestal
se piensa en que así, hermosa y tan bella,
la piedra la hará también inmortal!

Soldado, oye: por eso estás preso
entre esa verja que de hierro duro
forjó tu pueblo, para que con eso,
guardar se pueda tu inmortal conjuro.

Con kepis firme y con mirar sereno,
el rifle listo y la tea en mano,
eres, guerrero, todo un hombre bueno,
ejemplo digno del linaje humano!

III

Oh tú mi héroe! Yo te siento vivo
en toda mi alma y en el corazón:
símbolo egregio de mi lar nativo
que inspira el estro para mi canción.

Quede el poema de memorias lleno,—
tal una nota que en abril se inspira
al contemplarte, oh mi héroe bueno,—
como un regalo de mi ingenua lira.

Soldado Juan: en tu jardín de flores,
diciendo sigue a la posteridad
que por tu arrojo, que por tus valores,
ganaste el Cielo de la Eternidad!

ALFREDO SABORÍO

De *La Tribuna*, 1923.

LA HAZAÑA HEROICA

(11 ABRIL DE 1856)

A DON LUIS CASTAING,
Alajuelense ilustre.

Era triste, enigmático, el cielo de aquel día,
en que nuestros abuelos sedientos de victoria,
empuñaron la espada fulgurante de gloria
y la opusieron a la horda con valiente energía.

Se vaciaron las venas donde el coraje hervía,
y en los campos de Rivas aquella sangre ustoría,
escribió la epopeya,—que eternizó la Historia,—
de cómo un Pueblo libre, morir libre sabía.

Pero la hazaña augusta, que pregonó la Fama,
es la de aquel soldado que a la luz de la llama
que su tea redentora luminosa le vierte,

avanza heroico, invicto, contra la horda invasora,
a recibir, al golpe de una bala traidora,
el lauro de la Gloria de manos de la Muerte.

VÍCTOR M. ELIZONDO

De El Repertorio Americano

CUARTA PARTE

LOS ELOGIOS DEL VERBO

(DISCURSOS)

*Son muchos los discursos
que se han pronunciado al pie
del monumento del Héroe.*

*Obligado por la poca exten-
sión de esta obra, sólo he reco-
gido los que, en mi concepto,
son más elocuentes.*

L. D. S.

DISCURSO DE DON RAFAEL IGLESIAS CASTRO,
SECRETARIO DE LA GUERRA,

AL INAUGURARSE LA ESTATUA DEL SOLDADO SANTAMARÍA

Señores:

Satisfactorio es para el Gobierno, en cuyo nombre tengo la honra de dirigiros la palabra, ser fiel intérprete del patriotismo costarricense, rindiendo en el septuagésimo aniversario de nuestra emancipación política, merecido tributo de la gratitud nacional, a un humilde hijo del pueblo, a un oscuro soldado que supo con varonil esfuerzo levantarse a la altura de los héroes, y por abnegado sacrificio de su vida, ceñirse la aureola sublime de los mártires.

Nada hay grande en la eterna lucha humana sino la luz cuando alumbró el misterio y revela la verdad, la inspiración cuando sorprende y fija la forma de lo bello, y el bien cuando saliendo de la esfera de lo abstracto, se cristaliza, así en grandes virtudes cívicas como en modestas virtudes del hogar. El hombre debe respeto a los sabios, admiración a los artistas, veneración y gratitud a los benefactores. En el número de los últimos encuéntrase inscrito el nombre de Juan Santamaría; que no otro puesto debe darse al que hizo sacrificio de su vida por la salvación de la patria.

Débil será mi palabra para presentaros en toda su majestad el cuadro de su holocausto sublime.

Allá por los años de 1855 a 1857 algo como inmenso cataclismo amenazaba hundir para siempre la libertad e independencia de la América Central. Provocado por los odios de bandería que, de pueblo en pueblo, de familia a familia, y de individuo a individuo, se hacían sentir de modo bárbaro en la vecina y hermana República de Nicaragua, este infortunado país sufría las consecuencias de sus gravísimos errores, al encontrarse uncido al ominoso yugo de la falange filibustera, cuya mirada se fijaba con avidez en nuestras fronteras.

Costa Rica, celosa de sus libertades e inspirada en nobles sentimientos de fraternidad, comprende la inmensidad y lo inmediato del peligro, deplora como ninguno la situación denigrante de la República hermana y, con varonil aliento, da la voz de alerta al resto de Centro América, y se prepara a conjurarlo. Mide y calcula la desigualdad de la lucha que ha de empeñar, prevé que le faltan los elementos necesarios, pero cuenta, antes que todo, con el indomable valor de sus hijos, con la santidad de la causa que va a defender; y, llena de patriótico entusiasmo, emprende la marcha hacia el campo enemigo, en cuyos designios entraba algo más que arrebatar la autonomía de Centro América, que también soñaba establecer la inicua explotación del hombre por el hombre, la infamante esclavitud.

Numéricamente pequeño era nuestro ejército, primitivos sus elementos de guerra, deficiente su equipo. Mas ¿qué importaba esto? Lucharían como espartanos: su divisa era vencer o morir. Pronto hubo de cumplirse lo que esta enseña significaba. Los campos de Santa

Rosa fueron testigos de la bravura de nuestros soldados y de su empuje irresistible. El enemigo, atrincherado en ellos, que se creía invencible por la posición que ocupaba, por la superioridad de sus armas y por su pericia militar, sufre allí rudo golpe en su soberbia, grave desconcierto en sus combinaciones y la pérdida de sus más bravos oficiales: la vanguardia costarricense obtiene espléndido triunfo, aunque a costa de preciosas víctimas. Esta brillante jornada facilita a nuestras tropas la rápida ocupación de Rivas, y obliga al enemigo a replegarse hacia Granada. Una vez allí, repuesto de su primera derrota, insiste audaz en provocar la lucha, pero antes de empeñarla frente a frente, concierta una sorpresa y, cauteloso y escondido, se acerca y se prepara.

Es el 11 de abril de 1856. En los primeros albores de ese gran día del heroísmo costarricense, profunda confianza reina en nuestras tropas. El enemigo entre tanto aprestado en las cercanías, penetra de improviso en Rivas y, como avalancha que todo lo arrolla a su paso, cae sobre nuestro ejército desprevenido, se apodera de los puntos principales de la ciudad y a carga de vencedores, gritando «viva Walker» marcha sobre el Estado Mayor: unos pasos más y todo se ha perdido.

En tan supremos momentos, a la voz de «A las armas, el enemigo», dada por el Presidente de Costa Rica, General en Jefe del Ejército, se organiza la primera resistencia; igual movimiento se opera en los demás cuarteles y la batalla se generaliza. Todos pelean, todos se aprestan para oponerse, cuerpo a cuerpo, al paso de carga del enemigo: no bastan la sorpresa, ni el arrojo, ni la organización de los invasores para domi-

nar la tenaz resistencia de nuestros soldados. En confusión heroica continúa la lucha; correos violentos se expiden para que vengan en nuestro auxilio los cuerpos que obraban sobre San Juan del Sur y la Virgen. Llegan éstos, se pelea con bravura de una y otra parte, sin otro resultado por la nuestra que gran número de víctimas ocasionadas por estériles arranques de valor.

Este duelo a muerte se prolongaba angustiosamente; las probabilidades del triunfo favorecían al enemigo por sus posiciones, por la superioridad de su armamento y la pericia y disciplina de sus gentes aguerridas. Para vencerlo era necesario herirlo en el corazón, en el centro principal de su fuerza ofensiva y defensiva: éste se encontraba en el histórico mesón, punto dominante y fortificado. Surge entonces de la mente del General Cañas el pensamiento de incendiarlo; y hay que hacerlo: se necesita un héroe que espontáneamente ofrende su vida en aras de la Patria. Un joven soldado, hijo de esta valiente ciudad de Alajuela, se ofrece en holocausto. Prepara salvadora tea, marcha con el semblante olímpico de un Dios vengador por en medio de las balas enemigas, llega al lugar del sacrificio, consuma la obra redentora y sucumbe con la grandeza de los héroes y la sublimidad de los mártires. La Patria se ha salvado! El soldado inmortal, cuya historia queda esculpida y simbolizada en ese bronce, lleva el nombre venerando de Juan Santamaría.

En recompensa de su heroísmo, la Patria le abre hoy las puertas de la inmortalidad.

Soldados del Ejército: yo os excito a imitar este ejemplo sublime de valor. Que la tea ardiente del inmortal soldado mantenga vivo en vuestros pechos el

Fuego de amor patrio que conduce al sacrificio e ilumina las etéreas regiones de la gloria.

Vosotros, Representantes de los Moras y los Cañas, de aquellos caudillos ilustres de nuestra Epopeya Nacional, recibid la más sincera expresión de gratitud en nombre de la Patria, al pie de ese monumento que simboliza la sublime inspiración del patriótico ingenio salvador.

Inválidos de la Campaña Nacional, restos mutilados de aquel ejército, ejemplo vivo del más abnegado sacrificio por la Patria, en nombre de ella yo os saludo. A vosotros toca descubrir esa página brillante de nuestra historia, esculpida en bronce, para que en ella se inspiren las generaciones venideras, y orgullosa, la contemplan sobre el pedestal de vuestras hazañas.

Señores: preparaos para saludar al héroe de Rivas, al soldado heroico del 11 de abril de 1856.

Compañeros de armas de Juan Santamaría, descorred el velo que lo cubre, mostradlo a la posteridad!

RAFAEL IGLESIAS

La Gaceta N.º 216 de 18 de Setiembre de 1891.

DISCURSO DEL LIC. DON RICARDO JIMENEZ,

PRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA,

AL INAUGURARSE LA ESTATUA DE JUAN SANTAMARÍA

1891

Señores:

Entre los hijos de Alajuela, que concurrieron al triunfo del 11 de abril de 1856, hay dos cuyos nombres aparecen vívidos en la memoria de todo costarricense cuando se evoca aquella jornada inolvidable:

Juan Santamaría y Juan Alfaro Ruiz.

El uno desaloja a los filibusteros del Mesón; el otro los desaloja de la Iglesia; el uno comienza la victoria; el otro la sella; aquel muere en el calor del empeño, atravesado por las balas, y éste muere también, aunque no de la muerte que ambiciona el guerrero, en el campo de batalla, sino en el hospital de guerra, presa de la peste que sigue a veces a los ejércitos, como la bandada fatídica de cuervos; y ambos perecen, señores, como si el destino no hubiera concedido la victoria a los nuestros sino a precio y trueque de tan nobles vidas.

Razón sobrada tiene Alajuela de estar orgullosa por igual de aquellos hijos preclaros.

Pero, por qué una estatua a Juan Santamaría y no a Alfaro Ruiz? Para mí la explicación es sencilla. Al erigirla al primero no sólo se paga una deuda de gratitud

para con el tambor valeroso, víctima de su denuedo, sino que en Juan Santamaría se exalta y conmemora lo que hubo de grande en aquellas expediciones de 56 y 57: las privaciones, el sufrimiento, el arrojo, la constancia indomables, el desprecio de la vida del oscuro soldado costarricense; por manera que viene a ser esta estatua un monumento al pueblo humilde, a los desconocidos de Santa Rosa, el Río y Rivas, el heroísmo anónimo que salvó a la Nación.

Se disputa la existencia de la hazaña de Juan Santamaría; se habla de leyenda. Pues bien, admitamos que, para desgracia nuestra, y no suya, pues a él bastó saber que moría por la Patria, admitamos que hubieran desaparecido de la historia las señales de su acción, así como desapareció la tea que se consumió en sus manos, Pues aún en ese caso, este monumento no sería inútil, esta obra tendría su razón de ser, y la fábula de que se habla enaltecería a la provincia de Alajuela. La fe con que este pueblo rinde culto al Erizo, el calor con que se defiende la veracidad de su hazaña, el amor con que se venera su memoria en cada hogar, están diciendo cuál es vuestro ideal altísimo del patriotismo y los sacrificios absolutos que impone; y qué atractivo tan grande, qué fascinación ejerce en vuestros ánimos la acción que se relata de aquel simple soldado, la abnegación de aquel tambor heroico; y es el caso de decir que en vosotros, tal admiración será precursora de imitación, el germen vivo de heroismos semejantes.

Pero no, no es una leyenda lo de Juan Santamaría, y debemos alegrarnos de la duda de los incrédulos, pues ella ha servido para hacer imposible en este asunto, toda duda en lo futuro. Felizmente vino ella cuando aún

no había desaparecido la generación heroica que creó nuestra epopeya nacional; cuando aún existían compañeros del Erizo y testigos presenciales de su proeza; cuando no se había borrado a los ojos de éstos la visión de aquel tamborcillo que se lanza a incendiar el Mesón, que trabaja afanosamente por lograr su intento, pero en vano, pues las llamas anheladas no surgen vigorosas y, como nacen raquíticas, se apagan en seguida; que retrocede, y se diría que es porque abandona su empeño, y porque es una locura seguir sirviendo de blanco a rifles certeros e invisibles, porque ya ha hecho bastante para probar su arrojo y su patriotismo; pero que se retira en realidad, para volver pocas horas después a la carga, para conseguir una tea mejor, para repetir, pero por última vez, el delirio de su acción; felizmente vino la duda, cuando aún resuenan en los oídos de sus compañeros, las últimas palabras del Erizo: «cuiden de mi madre, no la abandonen»; cuando todavía ven absortos sus ojos, elevarse en los cielos las llamas del incendio y caer desplomado, sin vida, al incendiario sublime. De hoy en adelante, la figura histórica del Erizo está asentada en un pedestal de verdad, tan firme e inmovible como el pedestal en que reposa el bronce de su estatua. Lo más que se podrá decir es que su acción es bella como una leyenda, pero es real como la vida, real como el patriotismo de los inválidos de la campaña nacional, que han venido hoy a saludar a su camarada muerto; real como las aclamaciones que han resonado en honor del héroe, al descorrer el velo que lo cubría. Sea la memoria de Santamaría una fuerza viva para su provincia, una fuente inagotable de civismo. Duren en Alajuela los sentimientos que despierta la estatua que hoy entrega la

Nación a su custodia, lo que el bronce en que está fundida. Hasta hoy la obra del artista francés es un símbolo cabal de lo que ha sido y continúa siendo Alajuela: un soldado valeroso de la causa de la República y de la libertad. A ella se afilió, definitivamente desde el año 23 cuando aún había costarricenses indecisos sobre la forma de gobierno que adoptar; mejor dicho, cuando había adoradores de la forma monárquica, que derramaban su sangre por un imperio que a esas horas había expirado; y a partir de entonces, al llamamiento de esa causa ha estado siempre solícita en responder. Permanezca siempre así, pronta a la acción en servicio de la Patria y la República; en esa actitud resuelta con que se destaca en el aire la estatua de su hijo inmortal: el rifle en una mano, que le sirva para conservar la integridad de nuestro suelo y la de las genuinas instituciones republicanas; y la tea en la otra, pero que no sea nunca la tea de la discordia y de la guerra civil, sino a veces el mechón que incendia en defensa de la Patria, y a veces la antorcha de la Libertad, ante cuya luz se desvanezca, como sombras de la noche, en la conciencia nacional, todo espíritu incompatible con nuestras instituciones, y con la emancipación que, en todo sentido, ellas provocan y garantizan. Que no reniegue Alajuela de su pasado; que continúe siendo valerosa y fiel a los ideales de su historia; y que no llegue jamás un día en que la estatua del Erizo deje de ser el símbolo de su provincia.

RICARDO JIMÉNEZ

De *La Gaceta* N.º 216, 18 de Setiembre 1891.

DISCURSO DE J. MARCELINO PACHECO,

EN REPRESENTACIÓN DE LA MUNICIPALIDAD DE ALAJUELA,
EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL BRONCE

Señores:

Una designación tan honrosa como inmerecida me impone el deber de alzar la voz en ocasión en que todo es solemne, desde la palabra elocuente que se convierte en himno, hasta la salva de artillería que eleva el espíritu a las alturas arreboladas de la leyenda.

Hace treinta y cinco años que entró en la aurora de la muerte el soldado inmortal cuya apoteosis celebramos; la historia de su sacrificio fué confiada a la tradición, y sobre su sepulcro, la zanja común en donde durmieron vencedores y vencidos, no hubo sino el sello de lágrimas de la desventurada madre.

Hoy hemos venido a romper ese sello. Y lo rompemos cuando debajo de él sólo queda lo que el tiempo ha verificado y la historia esclarecido.

Caen los hombres conspicuos envueltos en el sudario de las pasiones o del olvido, y ese sudario, solamente se desprende—como la piel gastada de la víbora—al pasar por entre las piedras que cierran la sepultura. Cuenta la tradición bíblica que cuando el Cristo se levantó del sepulcro, su rostro no traía ya los golpes del sayón; asimismo, la posteridad no encuentra en los hombres que

hasta ella llegan, la marca vulgar de la injusticia contemporánea. Ella no ve en esos hombres más que su frente iluminada si han sido apóstoles; no ve más que sus palmas hendidas, si han sido mártires.

La generación a que perteneció Juan Santamaría, la generación que resistió tan vivamente el irrespetuoso intento del atrevido filibustero, la generación que Mora y Cañas—inflamados en ardiente patriotismo—levantaron desde sus cimientos, puede esperar, alta la frente y la visera levantada, el veredicto de la historia. El paso de ella sobre el suelo sonoro de la Patria hizo el estrépito de un puñado de héroes que corren a la muerte como a una fiesta, las claridades de su camino fueron las de los sables libertadores, en cada uno de los cuales se reflejaba una victoria.

Pero, ¿a qué esforzarme hoy para evocar la grandeza de esa epopeya? Hanla dicho todo el día los clamores de las campanas, los cánticos del patriotismo, la presencia de este numeroso público—que impone, como el océano, con su misma serenidad—y las muestras del agradecimiento nacional consagradas a los que murieron por todos en aquella fecha solemne. Y no es un sentimiento nacional el que nos mueve y nos guía en esta celebración. Nuestro ejército y nuestro pueblo salvaron a Costa Rica; pero salvaron también a la patria común, a Centro América entera. La tenacidad con que Wálker fijó la mirada en este territorio, sus arengas pronunciadas en los meetings para aunar esfuerzos y adquirir recursos, indican que sus proyectos tendían a destruir el principio de independencia en estas naciones y el principio de libertad en los individuos. Nacido cual las trombas oceánicas, que por fin vienen a estrellarse en el peñón; de

nombre ignorado para que su esfuerzo fuera mayor y más claro el poder de su talento; sin patria por lo que atacó y combatió todos los patriotismos, burlándose de las tendencias nacionales como de aprensiones ridículas; dado a convertir los aires de la vida en laboratorio de la muerte, los rayos luminosos del día en los rayos fulminantes de la tempestad, aquel hombre marchó en guisa de conquistador, por los campos de Nicaragua y peleó, de igual ardor animado, contra los patriotas de aquella tierra y contra los soldados que enviaban las otras repúblicas hermanas y dominó el pedazo de territorio que tenía entre sus garras; y se propuso pulverizar bajo sus espuelas de combate la natural variedad de estos cinco países y envolver en su manto de dictador, como en frío sudario, a los pueblos de Centro América.

Es necesario vencer a ese hombre, pensaron nuestros padres, si no se quiere que sea esta región una satrapía—lo que no fué en tiempo de Iturbide, lo que no quiso ser en tiempos anteriores.

Es necesario vencer a ese hombre y sólo puede vencerlo un pueblo. Pero, dónde hay un pueblo? Nicaragua gemía bajo la bota del férreo tacón, sus patriotas apenas si lanzaban desde las montañas el canto de los libres, como desde Covadonga los lanzaban los héroes de la reconquista española; las otras Repúblicas de Centro América no podían correr con prontitud al lugar de la lucha, y era necesario un pueblo que convirtiese cada casa en una fortaleza y cada aldea en un ejército, un pueblo que se arrojara al combate cual si sus generaciones fueran inagotables.

Y aquí hubo un pueblo, aquí en Costa Rica, y se mostró muy pronto. Desamparados de las ventajas que

procuran las artes militares, pusieron nuestros padres al frente de la guerra la patria espiritual e indivisible, la Nación entera: faltos de ejército formado, trocaron desde los inexpertos estudiantes, hasta los trémulos viejos, en curtidos veteranos; los instrumentos de las artes de la paz trocáronse a una en instrumentos de guerra, y ante la amenaza de conquista, las mujeres y los niños sirvieron al inmortal estímulo, diciendo aquéllas a sus maridos y éstos a sus padres cómo las unas preferían la orfandad y las otras la viudez, a la deshonra y la esclavitud de la Patria.

Era necesario ímpetu, carrera; pero mientras se ataca con ímpetu y se asalta a la carrera, los enemigos hacen fuego cerrado en toda la línea y disparan sus cañones; la metralla diezma las columnas de los que atacan, y siembra el terreno de miembros despedazados, y riega el suelo de sangre. Y se necesita no reparar en esto, es preciso aprestar las filas y seguir adelante; se requiere pasar por encima de los cadáveres y mirar los cráneos aplastados, sin dejarnos invadir el corazón por el sentimiento del terror o de la desesperación; es forzoso escuchar, con ánimo imperturbable, los gritos horrorosos de los amigos y de los camaradas que yacen mutilados, mientras la muerte compasiva pone término a su dolor; es indispensable, en fin, que todo esto se consiga, sólo con la imagen de la patria en la mente, los colores de la bandera Nacional ante los ojos y zumbando en el oído la voz del General.

Y bien, nuestros padres tuvieron la constancia, la firmeza, la confianza profunda y tranquila en las propias fuerzas, aquella virtud indómita que se obstina y se inflama en la adversidad, y sabe templarse en sí

misma y resucita en los fieros descalabros. Oh! bien se demostró entonces que éramos descendientes de la nación hidalga cuyos héroes fueron reimpeliendo al desierto la invasión musulmana y plantaron la Cruz de Toledo sobre las Torres Bermejas entre los cármenes de los orientales alcázares; de la raza que hundió el poderío turco en las hirvientes aguas de Lepanto; de la Madre España que convirtió cada piedra de sus lares en un castillo de defensa y que dejó su grandiosa epopeya del 2 de Mayo como grabada en la memoria universal.

Hoy venimos a rendir brillantísimo homenaje al soldado valeroso que pactó con la muerte, imponiendo por única condición, el triunfo de la Patria.

Héroe sin duda alguna. Soldado grande y bueno en el sentido verdaderamente moderno de la palabra; dechado inmortal del varón fuerte y honrado que ama a su Patria, que le sirve y la obedece hasta el sacrificio. Humilde hijo del pueblo, no tiene más historia que la página escrita con su propia sangre al abandonar las sombras de la vida; pero es tan intensa la llamarada de la tea con que consumó su sacrificio, que sus resplandores llegarán a las generaciones venideras y les servirán para retemplar sus almas en la religión del patriotismo. La vida de Juan Santamaría careció de originalidad, y sin embargo, fuera de la esfera y de las condiciones esencialmente diversas en que otros espíritus se han encontrado, pocas figuras veo como ésta en la historia moderna dotadas de los verdaderos atributos de la grandeza humana en toda su fuerza y su pureza. Santamaría es el soldado que camina a la muerte sin esfuerzo, sin jactancia, sin vacilación, como quien llena

la más sencilla y fácil de sus obligaciones. Para él lo que el mundo llama heroísmo no es sino el deber cumplido sin fallecimiento y sin orgullo.

El Municipio de Alajuela, señor Ministro de la Guerra, estima en todo lo que vale el encargo tácito de guardar la estatua consagrada al héroe. Vuestro nombre queda unido a esta gran justicia que aquí hace la Nación entera, y la Corporación que represento aunará sus esfuerzos a vuestro noble interés para que se cumpla la patriótica idea iniciada por el Gobierno del Licenciado don Bernardo Soto—de mantener viva la memoria del mártir glorioso del 11 de Abril.

Señor Presidente de la Suprema Corte: el pueblo de Alajuela ha oído con reconocimiento las palabras que habeis tenido a bien dirigirle.

El las guardará en su memoria con el mismo cariñoso esmero con que en lo antiguo se conservaban las ejecutorias extendidas de real mano y que consagraban los timbres de un ilustre abolengo.

Y, ya para terminar, permitidme que os recuerde en esta fiesta, a la cual asistimos sin las bandas de los partidos, que hay un sér en cuyo seno todos nos juntamos, en cuya existencia todos creemos, en cuyo amor todos vivimos; y permitidme requeriros a todos para unirnos en el único sentimiento que aquí puede confundirnos, en el sentimiento que ahora mismo nos embarga, en el amor sublime de la Patria.

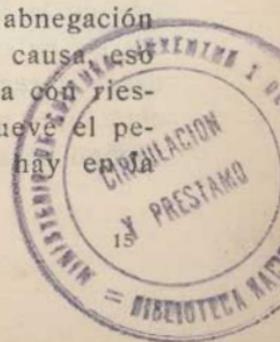
J. MARCELINO PACHECO

PARRAFOS DE UN DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL DOCTOR DON ANTONIO ZAMBRANA

EL 1.^o DE MAYO DE 1895,
EN EL SALÓN DEL CONGRESO NACIONAL

Tuvo otro vuestro pueblo, otro símbolo de grandeza tal que tanta reverencia inspira, que tan reservado parece para los mármoles y los metales de la fama, para la palabra de los grandes oradores, para los poetas que con pluma de cóndor trazan sus estrofas, que, lo confieso, mi voz desmaya al tener que recordarlo, y prescindiría yo, por respeto de toda indicación a su persona, si fuera dable, sin sacrilegio incomprensible, hablar de la campaña del 56 sin mencionar al soldado de bronce, levantado ya en Alajuela, por la perpetuidad del cincel, sobre las aras de la religión cívica y del popular entusiasmo. Aquel hombre es, a mis ojos,—podrá ser que las simpatías los deslumbre,—la encarnación de vuestro pueblo. Antes que por hombre extraordinario, antes que por personaje rarísimo, de aquellos de quienes se apodera la leyenda, de los que el arte idealiza, de los que la mitología trasforma, de los que

la fantasía dilata—me encanta por lo que tiene de ordinario, por lo que tiene de común, por lo que, por lo mismo, tiene de simbólico; no es hombre educado aparte, producto de la herencia, resultado de un linaje de batalladores, nacido sobre el escudo, criado entre la lanza, y el mosquete, que, con la sangre del padre o por el trato de camaradas de clases distintas a la suya, recibió los bríos; es fruto espontáneo de vuestra común familia, expresión de vuestro pueblo sencillo, robusto, animoso; es, cuando más, resumen y compendio de esta vuestra gente de brazo fuerte, de pecho bravo y empuje tremendo; no es un accidente peregrino, es un tipo; no es un fenómeno anormal, es un dechado; pero aunque me equivocara en este juicio, haberlo producido es ya timbre bastante para que no volváis la vista con indiferencia, y para que, no, por incuria, dejéis de volverla periódicamente hacia la época a que he dedicado este humildísimo esfuerzo oratorio, en testimonio de mi cariño por vuestra tierra y de mi entusiasmo por las empresas generosas. Ante el valor, en efecto, que consiste sólo en destruir con pujanza magna al enemigo, la historia admira; ante el que envuelve el sacrificio entero de sí mismo, la historia bendice y adora; eso es lo que coloca la espina del martirio sobre todas las lanzas victoriosas; desafiar la muerte para destruir con mano segura al opresor, al adversario de la justicia y de la patria, eso es bello; transformarse en la hostia del deber, en la víctima propiciatoria que la abnegación demanda, dar su carne y su sangre por su causa, eso es sublime; hay en la temeridad del que pelea con riesgo y sale triunfante del peligro, algo que mueve el pecho al entusiasmo y hace batir las palmas; hay en ella



obstinación del que entra en la sirte del peligro, cierto de que no ha de salir de ella, pero con la esperanza de salvar a los otros, algo que hace doblar las rodillas y bajar la cabeza; una batalla ganada, un trofeo conseguido en medio de las balas, un cañón arrancado a la contraria hueste, una plaza conquistada y recobrada! Qué gloria! El cadáver de un mártir envuelto entre los pliegues de su bandera! Qué inmortalidad para la patria! Esos muertos radiosos siguen, en efecto, por su memoria, conduciendo, excitando, haciendo invencibles sus falanjes; esas sombras son una protección; ese fantasma de vida perenne es un paladión. *El Mesón* era en Rivas una fortaleza, de donde, refugiado el enemigo, lanzaba con certera puntería el estrago sobre los soldados de Costa Rica; sin desalojarlo de allí era excusado pensar en la victoria; desalojarlo no es imposible; los materiales de que está hecha aquella fortaleza son fáciles de inflamar; reducido a cenizas *El Mesón*, el adversario queda sin la ventaja que lo hace inexpugnable.—¿Hay un soldado que vaya a quemar *El Mesón*? pregunta el Jefe; un hombre se adelanta; para cumplir esa comisión es preciso que sea el blanco de todos los tiros, a corta distancia, sin salvación posible; para cumplir esa comisión, es preciso que muera; lo sabe muy bien; lo único que le inquieta, acaso, es morir antes de cumplirla; va por entre las balas; antes de partir dice a sus compañeros:—Acuérdense de mi madre—fuera de Jesús, no hay en la Historia testamento más augusto. Va por entre las balas; se acerca al *Mesón*, una bala atraviesa su brazo derecho; toma la tea con la mano del izquierdo; está junto al *Mesón*; lo matan, pero antes de morir tiene tiempo de aplicar el incendio a la fortaleza.

Es una historia muy corta; no hay adorno posible para ella, era impropio cerrar este discurso sin repetirla: es como una oración, como un amuleto, como una fórmula mágica para evocar el patriotismo. No era posible que terminara este discurso sin consagrar un recuerdo sencillo, grave, sin dibujo, sin color, sin arte, un recuerdo serio, solemne, religioso, a Juan Santamaría, el soldado inmortal de Costa Rica.

De *La República*, 11 de Abril de 1912.

DISCURSO DEL
LIC. DON CLAUDIO GONZALEZ RUCAVADO,

PRONUNCIADO EL 11 DE ABRIL DE 1916, EN NOMBRE DEL PODER EJECUTIVO.

Señores:

Tócame en esta fiesta llevar la voz oficial, en armonía con las que ensalzan el 11 de abril, fecha gloriosa en que Juan Santamaría coronó la victoria de Costa Rica, y que responde al sentimiento de todos los corazones costarricenses que palpitan hoy al unísono con los corazones de los hijos de Alajuela, dadores a nuestro país de la representación genuina del sacrificio por la patria.

Basta tan preclaro título para que la voz oficial no sea fría; basta ser costarricense y volver la mirada a ese majestuoso Poás en cuyas faldas, desde el pie hasta la cima, encontramos la cuna de esos hombres que han sido escudo de nuestra independencia, para que brote el verbo incendiado del patriotismo.

Y es tanta la gloria del soldado humilde y a la vez soberbio, que las mil trompetas de la fama, vibrando sobre el penacho del volcán, llevan de monte en monte y al través de los mares, la tradición de su hecho heroico.

¡Con qué orgullo Alajuela, poseedora de un héroe que, por ser suyo, es de Costa Rica, proclamará: rendir culto a los héroes es cumplir con un deber de gratitud,

es dar buen ejemplo a las generaciones, estimular el civismo.

Tributo altísimo de admiración paga la posteridad a los mártires y a los grandes caracteres que suelen ser mártires también, divinizándolos primero, creyendo después que su existencia es un mito

¿No se puso en tela de duda la existencia del Erizo, el salvador de nuestra integridad nacional, cuya memoria perpetúa en bronce esta generosa ciudad, cuna envidiada del soldado egregio?

Se ha negado la proeza que lo encumbró hasta darle asiento al lado de los inmortales; pero como era audaz la negación e infería agravio, se dijo: no existió Juan Santamaría, y esa creación imaginaria de tan excelsa figura, símbolo es del soldado costarricense, de la victoria nacional sobre el bucanero, de bota pesada e intenciones aviesas, personificación es del ansia de gloria y de libertad del pueblo de Costa Rica.

Alajuela dio existencia a Juan Santamaría y lo armó con el escudo de la fe, del trabajo y del amor patrio y la lanza poderosa e inquebrable con que se arman los caballeros paladines del honor, de la libertad y de la justicia. Juan Santamaría existió y es hermoso ejemplar de soldados costarricenses, que tienen corazón dulce para derramar ternura sobre los seres amados, tenacidad para labrar la tierra y valor heroico que vuela al sacrificio por la patria.

Parece que la imaginación no admitiera otras águilas a la par de su atrevido vuelo; por eso, cuando el hecho del héroe sobrepuja a la vida misma, la imaginación lo priva de realidad y lo consagra hijo suyo.

Perpetúese el recuerdo de Juan Santamaría, canten siempre los hijos vibrantes himnos al soldado buen hijo y buen patriota, prometamos en lo íntimo de nuestra alma imitar al que para ahorrar sangre a sus conciudadanos, selló con la propia la libertad de su país.

Sintamos la fruición misteriosa, que estremece, de morir por las grandes causas, por las santas causas de la humanidad, que muy dulce es la muerte cuando fecunda la vida de los demás.

Retumba el cañón en el otro extremo del mundo y la tierra se conmueve. Cada pueblo encuentra pechos generosos que amurallan su frontera contra la iniquidad y el mal, y que perecen en la lid por salvar las conquistas del trabajo y la honra de sus hogares: no vacila el rico en contribuir con dinero y con sangre a la salvación de la patria, no vacila el que llevó vida muelle de sibarita en privarse de sus comodidades para correr a exhalar el último suspiro, ni al pobre lo detiene el desamparo de la compañera y de los hijos para engrosar las filas de los héroes anónimos que ofrendan en secreto sus vidas o sufrimientos indescriptibles a los conciudadanos del presente y del porvenir.

No hará menos el costarricense; que la especie de héroes de que Alajuela nos dió dechado, templó nuestras almas a pesar de las tentaciones del siglo.

En Costa Rica los patriotas podrán tener sus diferencias internas, pero jamás serán suplantados por mercaderes.

Y he recordado estos tiempos de guerra, que así comprimen el corazón de dolor como exaltan el amor a la sagrada causa de la humanidad, para recordar también cuánto cuesta vivir en país libre e independiente, y, es-

pecialmente, para traer a la mente de todos, porque ello cubre de palmas y laureles a Costa Rica, que nuestros varones de 1856 se batieron, no sólo por defender a la América Central de la sujeción a un gobierno extraño, sino, lo que es grandioso, por ganar una victoria en favor de la humanidad; nuestros soldados se batieron contra la esclavitud.

El partido esclavista quiso atar a Centro América a su carro y Costa Rica, con su héroe Juan Santamaría y los Moras, Cañas, Guardias, Quiroses, Alfarnos, Estradas, Gutiérrez... y tantos más que lo acompañaron, arrancó de las manos del filibustero los eslabones que éste había forjado para aherrojar al hombre y abatir la dignidad con que el Supremo Hacedor nos creó desde el principio.

¡Bien podía esa estatua, coronada de guirnaldas y flores, llevar en alto también, y mostrarlas al mundo civilizado, con la tea del incendio libertador, que es un sol, las cadenas rotas de la esclavitud! Rotas por un soldado humilde, por un trabajador del campo,—hoy entre nubes gloriosas—de este pedacito de tierra, Costa Rica, que tanto amamos.

De Memoria de las Fiestas Cívicas, 1916.

DISCURSO DEL LIC. DON LEÓN CORTÉS CASTRO,

COMO DELEGADO DEL DIRECTORIO DEL CONGRESO CONSTITUCIONAL,

1916

Señores:

No decliné el honor de tomar la palabra en esta hermosa fiesta conmemorativa, en representación del Directorio del Poder Legislativo, porque soy de los que creen que mi pequeña patria, Alajuela, al honrar el recuerdo de los héroes de la Campaña Nacional, toma de día en día una fisonomía más acentuada y se caracteriza entre las otras provincias y regiones del país. Si algún día, Dios no lo quiera, se desatan las calamidades de un conflicto internacional, y tenemos que acudir de nuevo a la suerte de las armas, los hijos de Alajuela irán al campo con honor y dejarán sus nombres esculpidos en las legiones de valientes.

Vengo, pues, a ejecutar un acto y no a decir palabras más o menos sonoras: un acto de fe en las fuerzas vivas de la Nación, de fe en su destino que dentro de nuestra pequeñez, que a pesar de la pobreza que aflige a las generaciones actuales, ha de transformar dentro de pocos años con estupendo progreso su territorio, logrando el mejoramiento en el sentido de la cultura y de la virtud de nuestros conciudadanos.

Un acto de fe, repito, en la autonomía del país, y delante de este monumento que cumplirá pronto un cuarto de siglo, y en este aniversario glorioso, podemos y debemos afirmar que Costa Rica adquirió el de-

recho, enaltecido por la sangre derramada de sus hijos, a que el extranjero poderoso respete su hidalga pequeñez, la integridad de su territorio y la eficacia de sus libertades.

Cuando en 1856, a consecuencia de la invasión filibustera que penetró en el Guanacaste, fue preciso deliberar acerca del problema de vida o muerte que se presentaba para nosotros, no hubo entre aquellos hombres, verdaderos próceres de nuestra Independencia, ninguna timidez ni la menor vacilación; todos, así el gobierno como el pueblo, aceptaron el reto y prefirieron mil veces la muerte antes que la esclavitud.

Pero me imagino que decretada la guerra se preguntarían los estadistas pensadores de la época: con qué elementos vamos a enfrentarnos a los americanos, con qué recursos podrá mantenerse la campaña, con qué soldados adiestrados contamos para la empresa?

Y esta pregunta angustiosa tendría que ser formulada hoy también si nos encontráramos en situación semejante. Ni tenemos tropas de línea, ni armamento suficiente, ni el dinero, que con tanta razón se ha llamado el nervio de la guerra.

No importa, señores; nos queda, en cambio, patriotismo; y el amor a la tierra que nos vió nacer suple todo, tanto en los tiempos modernos, en la era del submarino y del zeppelin, como antaño, cuando rechazaron los griegos inmortales a los persas aguerridos de Jerjes, señor de tierras y mares, como vencieron también nuestros padres, después de cruentos sacrificios y penalidades, a las huestes del hábil general filibustero.

Rivas es el nombre de la ciudad de Nicaragua, en cuyos muros se decidió la suerte de Centro Amé-

rica; Rivas fue la victoria obtenida muy rudamente contra fuerzas superiores, y si pereció la flor del ejército costarricense, tan grande sacrificio no fue estéril, porque Walker, al emprender su retirada, con la muerte en el alma, tuvo que comprender que allí quedó extinguida para siempre su empresa temeraria.

Porque, señores, a despecho de los que reverencian la fuerza, de los que se arrodillan ante el dollar, de los que se inclinan ante el número, de los que se pliegan ante el éxito, sólo existe en la tierra una causa que hace invencible e invulnerable la buena causa de la razón y de la justicia, y sólo ante esa divinidad se ha sacrificado y debe inmolarse Costa Rica.

Por eso surgió de nuestras filas un hombre suave, oficial apenas iniciado en las faenas del cuartel, comerciante alistado al primer toque del clarín que, de la noche a la mañana, se muestra enterado de los secretos de la estrategia, del arte, ya eficaz entonces, de levantar trincheras para guarecer en ellas a las tropas, y capaz con su ejemplo de suscitar las más vibrantes abnegaciones. Su nombre inmaculado aparece rodeado de una aureola de sacrificio: me refiero al invicto Cañas.

Por eso también Alajuela se ufana de contar en sus anales las hazañas de aquel otro militar bizarro que, como Desaix en Marengo, supo marchar, guiado por el trueno del cañón y por las instigaciones de su patriotismo, marcando su oportuna llegada, la hora de la suprema angustia, transformada luego con su viril colaboración, en el inefable alborozo de la victoria. Coronemos siempre de laureles la memoria de Alfaro Ruiz.

Por eso, repito, y esto es más grande, señores, un oscuro hijo del pueblo, de la estirpe más humilde,

ignorante y, por lo mismo, libre de las asechanzas de la vanidad; de entendimiento limitado, que no le permitió pensar en el lugar glorioso que la Patria agradecida habría de reservar para su memoria, dió dos pasos al frente, cuando una voz pedía un acto de coraje, tomó la tea y simplemente, sin ostentaciones ni arrogancias, marchó al encuentro de la muerte.

Otros países tienen sus leyendas y sus genios, reverencian un general que fue favorito de la gloria, o que dió ejemplo de austeridad después de las batallas, Napoleón y Cincinato, o Washington, que tiene de ambos personajes. Nosotros hemos erigido este monumento a un soldado, hemos realizado la acción gloriosa sin desfigurarlo al héroe o adornarlo con cualidades que no le pertenecieron. El pueblo debe contemplarse en ese bronce, el buen pueblo de Costa Rica, fiel, sufrido, que lleva sobre sus hombros las cargas más pesadas de la paz, y que es carne de cañón, la carne del sacrificio si la guerra estalla; que devora en silencio sus penas y soporta con estoicismo los males que lo afligen; el pueblo apegado a la paz, a la religión, a las costumbres, que reverencia a Dios y a la tierra, que adora su casa, su compañera y sus labranzas, que siente que es una gran fuerza, y que cuando ve en peligro inminente, como ave de mal agüero, obscurecerse el cielo de la patria, corre presuroso, con sólo una exclamación en los labios, muy humana, muy sincera por cierto: la de velar por su anciana madre, y con la sublime sencillez de Juan Santamaría, volverá a ofrendar la vida por salvar a Costa Rica.

DISCURSO DEL
LIC. DON TOBIÁS ZÚÑIGA MONTÚFAR,

DELEGADO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Señores:

El libro sagrado que registra el ceremonial del culto de Costa Rica, encierra en sus páginas más luminosas, la fecha que hoy respetuosamente consagramos en memoria del 11 de abril de 1856, día de gloria para la Patria, porque hoy desfilan ante los ojos de la memoria, ejércitos de hermanos sacrificados en aras de una idea redentora, porque surge de la eternidad pretérita, el ejemplo inmortal de héroes y de mártires rememorando extraordinarias hazañas; y porque en esta fecha se levantan, ante nuestro pensamiento, las augustas sombras de nuestros mayores, que supieron defender las ideas de libertad, que como lluvia prolífica y bienhechora, se extienden por el mundo, y que, con los reducidos elementos intelectuales y materiales de nuestro medio, entonces del todo rudimentario, pero armados de energía, de valor, de abnegación, de indomable entereza y de heroico patriotismo, desafiaron a la muerte lanzándose a los fragores de la guerra, para conservar el opulento tesoro de la independencia y defender la integridad de nuestros territorios y de nuestros derechos de hombres libres.

En esta fecha memorable el pueblo de Costa Rica vuelve los ojos de su gratitud, de su admiración y de

su cariño hacia el noble de Alajuela, que nos dio, en aquella inolvidable campaña, hijos de un arrojo espartano, como el valiente coronel don Juan Alfaro Ruiz, y de un heroísmo digno de Leónidas, digno de Ricaurte, como el inmortal soldado Juan Santamaría que, entre las figuras de nuestra historia, es la personificación simbólica de nuestro pueblo: sencillo, humilde, trabajador y pacífico por idiosincrasia, pero resuelto, bravo y valeroso cuando llega la hora de peligro para la integridad nacional, y cuando va hacia la muerte invocando el dulce nombre de la madre en el momento supremo del redentor sacrificio.

El Ateneo de Costa Rica, que tiene por finalidad constante el alto empeño de mantener en movimiento las energías intelectuales y morales que constituyen el exponente activo del progreso nacional, ha querido participar en este aniversario, para traer a Alajuela por medio de la palabra del menos idóneo de sus miembros, el homenaje de su simpatía al pueblo Alajuelense y el tributo de sus más nobles sentimientos de admiración al soldado que en el instante de la muerte subió de la oscuridad de una vida, hasta entonces ignorada, a las cumbres de la gloria y las regiones de la inmortalidad.

Cincuenta y siete años hace que el pueblo de Costa Rica, llevado a los campos de batalla por el espíritu bizarro del egregio Presidente don Juanito Mora, fundió las cadenas de esclavitud que para Centro América había forjado Walker el aventurero.

Cincuenta y siete años hace que las fuerzas del negro americano, guarecidas en Rivas de Nicaragua, fueron vencidas y puestas en fuga por tropas costarricenses.

Cincuenta y siete años hace que los rifleros del filibusterismo, fortificados en los reductos del Mesón de

Guerra, cedieron ante el incendio producido por el gran soldado de Alajuela.

Pues bien, señores, en el inmenso panorama de la Historia, aunque la forma de los acontecimientos varíe, aunque los hombres se sustituyan en el decurso de los tiempos y aunque los hechos se presenten con diversidad de matices, suelen renovarse las luchas de la libertad contra la esclavitud, las batallas del Derecho contra la fuerza, y es benéfica labor de civismo enaltecer la memoria de los héroes, recordar los grandes ejemplos de la abnegación, estimular, con el recuerdo de los muertos ilustres, los sentimientos altruístas que reposan en el corazón de los hombres, para que esos sentimientos no se extingan y para que las acciones libertarias, no perezcan en el silencio del olvido, sino que perduren con los fulgores resplandecientes de la gratitud de la posteridad.

El hecho que ese soldado de bronce simboliza, es todo un poema de los más bellos sentimientos que atesora el alma de la humanidad.

Los grandes hombres que han pasado a la Historia, o han sido: unos por el resplandor de su genio en las esferas de las Artes, de la Filosofía y de las Ciencias; otros por la fuerza de una voluntad extraordinaria puesta al servicio de las causas de la libertad, y del progreso; otros por el volumen de insignes capacidades y de superiores energías para el gobierno de los hombres, y todos por el desarrollo de la inteligencia y de la voluntad con el auxilio de los grandes factores de la cultura universal.

Pero en el oscuro tambor de Alajuela que hoy glorificamos, no figuran como factores eficientes de su sacrificio sublime, las causas propulsoras de los espíritus cultivados al calor de los grandes factores del progreso.

En aquel soldado prevaleció, en los momentos postreros de su vida, un sentimiento ingénito, infinito y sublime, como las fuerzas infinitas de la Naturaleza, como las fuerzas ciclópeas de los volcanes en cólera, de los elementos en tempestad, de las furias desatadas de los mares y de los vientos: el sentimiento de amor a la Patria, latente en el alma de las multitudes, y exaltado cuando a la Patria se amenaza en la majestad de su honra o en la integridad de su suelo.

En el instante que el soldado Juan Santamaría, respondiendo voluntariamente a la voz de su jefe para tomar la antorcha que había de consumir por las llamas el Méson de Guerra, donde los cazadores bucaneros se guarecían, encaminó resueltamente sus pasos a realizar la proeza increíble, dos visiones se alzaron seguramente en su pensamiento de héroe: el misterio pavoroso, el espectro cercano de la muerte y la imagen querida de la Patria. Y, aunque también brilló en su frente el recuerdo de su madre, y en los instantes decisivos brilló en su corazón, con resonancias de altísima ternura, el sentimiento del amor filial, el amor de la Patria,—que abarca todos los amores—prevaleció en su espíritu, y con la hirsuta cabellera desgredada, la mirada fulgurante de satisfacción, la sonrisa del héroe en los labios, abierto su pecho varonil a las seguras balas del avezado enemigo, con el arma al brazo y la tea en alto, va el tambor, va el soldado, va el Erizo a entregarse a la muerte para salvar a la Patria, el fuego responde a su heroísmo y las llamas se alzan con reverberaciones de aurora, y al caer en el polvo, herido, mutilado, agonizante, pasa los umbrales del infinito, la gloria pone un beso de luz sobre su frente y entra radiante en el cielo de la inmortalidad.

El sentimiento de amor a la Patria es el que prevalece en la hazaña de Juan Santamaría y el que, para ejemplo de las generaciones, está encarnado en el bronce. Y, aunque ciertas tendencias avanzadas de la modernidad califican el culto de los héroes como degeneración psicológica de los pueblos y como apoteosis de la barbarie que entraña la guerra y el exterminio de nuestros semejantes, debemos convenir en que el culto de los héroes puede ser funesto para la humanidad cuando las proezas que se glorifican se realizaron en guerras de conquista o para avasallar pueblos, pero nunca puede serlo en las luchas por la libertad, cuando los héroes son el exponente más alto de una raza que pugna por la autonomía y de una Patria que combate por sus atributos soberanos.

Mientras la humanidad permanezca organizada como hoy se encuentra, mientras los hombres vivan en parcialidades autónomas, independientemente constituidas y gobernadas, el amor de la Patria tiene que subsistir abarcando, como decía Lamartine, los sentimientos más profundos, más intensos, más grandes que Dios ha colocado en el corazón humano: amor de sí mismo y defensa del sagrado derecho que tiene todo hombre al venir al mundo, a disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia, que es la patria pequeña, circunscrita en dentro o los hijos; amor de padre, de madre, de abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idioma, los cuidados, la herencia material o inmaterial, a venir a ocupar el lugar que nos prepararon junto a ellos, o después de ellos, en la tierra; amor de esposa a quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos en quienes vivimos por la perpetuidad de la sangre, y a los que debemos dejar, aún a costa de

nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra vida y el honor de nuestra raza; amor a la propiedad, instinto conservador de la especie que da a cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas crudos o dulces en que hemos nacido y por hábito han llegado a formar parte de nosotros mismos; necesidades encantadoras de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño a las costumbres, al idioma, a las leyes que nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras propias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos extraños, porque la civilización misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud, y la primera condición requerida para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que el pueblo tenga libertad de reclamarlo en el perfecto disfrute de su soberanía.

Todos esos preciosos sentimientos que enaltecen, dignifican y alegran la vida, son los que prevalecen con avasalladora intensidad en el alma de los héroes, y precisamente lo que mueve la gratitud de los hombres, lo que causa la admiración de los pueblos, lo que se consagra con religioso fervor, es la abnegación profunda, llevada al grado del sacrificio, de quien se lanza resueltamente a la muerte y pierde el disfrute de los nobles sentimientos que hacen amable y querida la existencia, para que de ellos puedan seguir gozando los hermanos sobrevivientes y las generaciones sucesivas de la Patria.

La hazaña del humilde tambor de Alajuela pertenece a la categoría de esas proezas legendarias que los pueblos no pueden olvidar y que figuran como puntos culminantes en la Historia de las naciones; y aunque la nuestra sea pequeña y la campaña contra el filibustero no revista las proporciones de las guerras que han conmovido al Viejo Continente, los móviles que la inspiraron son los más dignos de recordarse y los que mayor justificación tienen ante el mundo, y el valor desplegado dentro del ambiente rudimentario en que entonces nos movíamos, da a los hechos de nuestras armas las proporciones de las helénicas epopeyas y coloca a Juan Santamaría en el reducido número de los héroes que, como los cometas, pasan en interminables períodos por el cielo de la Historia.

El reflejo de esta gloria imperecedera está en las músicas marciales, en los himnos de los niños, en el donaire de las bellas mujeres de esta tierra, en el regocijo popular que hoy impera al pie del monumento del soldado, que a nuestros ojos se agranda y que para que luciera realmente la magnitud de su heroísmo, debiera estar sobre inmenso pedestal en la cumbre más alta de Alajuela, en el picacho del hirviente volcán de Poás, que con sus estremecimientos de cíclope nos revela el poder sublime de la Naturaleza, perennemente azotada por las tempestades del viento y acariciada por el plumón de las nubes que peregrinan por el cielo, iluminando desde su atalaya, con la tea libertadora y con la fuerza moral de su ejemplo resplandeciente, toda la extensión de Costa Rica.

DISCURSO DEL LIC. DON LUIS CASTRO SABORÍO

Señores:

No olvidemos a nuestros héroes. Ellos son el símbolo del sentimiento patrio. Ellos constituyen la fórmula que, resuelta en bronce, nos dice que los costarricenses somos capaces del sacrificio de la vida en aras de este terruño querido.

Con ese metal, con ese bronce imperecedero, exponemos a las generaciones venideras, uno de los aspectos del patriotismo. El que para su eclosión brillante y alta, sólo necesita de una alma generosa y un corazón cuyos latidos sean los mismos del corazón de la Patria.

Así como la naturaleza guarda en su seno riquezas insospechadas, que el minero en su labor de cíclope sorprende, así la patria, nueva minera, escoge de entre las multitudes anónimas, la piedra preciosa, que en este caso es Santamaría, para deslumbrar al mundo con sus fulgores, y señalar la senda de las heroicidades.

Nosotros, los aquí congregados, respondemos a un sentimiento solidario de admiración y reconocimiento hacia el libertador de la patria. Las flores de la juventud y de la niñez, esparcen sus perfumes al pie de esta estatua. Ojalá que esa corona que el sentimiento ha sabido construir, no disipe jamás sus perfumes y que

este pedestal sea el altar de fuego siempre encendido, en el que se rinda culto a nuestros héroes.

Ningún capítulo más elocuente que este bronce, para enseñar a los pueblos el cumplimiento del deber.

No hay en los libros más luz, que en esa antorcha, que así ilumina nuestro espíritu en los desfallecimientos, como calienta nuestros corazones e impulsa nuestras voluntades en la hora de la duda.

Esa antorcha es inmortal. Nos obligará a ver siempre al héroe; y es formidable contra las tinieblas del olvido.

Por eso estamos aquí.

Para decirle al soldado valeroso, que no lo hemos olvidado, que las claridades de su antorcha llegan de océano a océano, y que la patria siempre estará agradecida de ese impulso salvador, de ese gesto que eternizó el bronce, para mostrar cuál es el gesto, y cuál el impulso que redimen.

Santamaría era un sencillo labrador. Aprendió en el gran libro de la naturaleza. Supo de la generosidad heroica de la tierra, que deja herir su seno y en cambio da el fruto. Escuchó en las noches tempestuosas la orquestación magnífica del firmamento y vio en la selva el potente músculo de los cedros y los robles.

Lo deslumbró la fulguración del rayo y como él, llevando el fuego, obedeció al impulso que en uno rasga nubes para purificar atmósferas y en otro ataca peligros para suprimir esclavitudes.

Tenía la tristeza soñadora que aprendió en las noches de luna, cuando la suave luz le mostraba allá, en el fondo de su rancho, el gesto cariñoso de su madre, que no tenía más límite que el corazón de su hijo.

Por eso aquel espíritu, acostumbrado a la contemplación de lo grande, de lo eterno, sólo tenía dos sentimientos grandes que lo acompañaron hasta la hora suprema: patria y madre.

Patria y madre. Esas dos palabras resumen la psicología del soldado Juan. Aquel heroísmo que surgió en un segundo, nació así.

De esa religión que se aprende escuchando los consejos y sintiendo las caricias maternas, como contemplando el cielo patrio, cuyas luces se truecan en flores de sentimientos hondos en sus hijos.

Santamaría, al oír la voz del General Cañas, escuchó la epopeya del sacrificio de su vida, sólo interrumpida por el recuerdo de su madre que dejaba sola, pero más poderoso su sentimiento patrio, como el rayo que había contemplado tantas veces, fundió para siempre con su fuego, las cadenas de la esclavitud.

El hecho de estar aquí congregados, no nos dice sólo que hay un patriotismo heroico; que hay soldados que mueren gloriosos por su patria.

No señores, el símbolo que hoy recordamos, quiere decir más: y éste es un aspecto cierto de la gloria de Santamaría. Su heroísmo fue espontáneo, súbito, como son todas las grandes obras.

El soldado a cuyo pie estamos, no pensó en las apoteosis, en los festejos, ni siquiera se imaginó que su nombre pasaría a la Historia y mucho menos que su actitud fuera detenida ante los siglos por el bronce de una estatua. Su acción fue una resultante de ese amor inmenso y dulce que no debemos dejar que se aminore ni se pierda; de ese amor, que hace al japonés vencedor del Imperio Ruso, porque tiene el culto de

sus antepasados que supieron darle las nociones del honor; de ese amor que hace morir a Ricaurte sobre un polvorín y que lleva a Juana de Arco a la hoguera; de ese amor que no pára mientes en los comentarios que se hagan de su acción y que sólo obedece al fin generoso de la salvación de la Patria.

Por eso, los que no sospechan la inmortalidad de sus actos, son los verdaderos inmortales.

El alma es una en el mundo y sus grandes manifestaciones de belleza, quedan perpetuamente resplandecientes ante el paso de los siglos.

Por eso nosotros ante este símbolo, debemos pensar y obrar desinteresadamente, teniendo sólo en mira aquel sentimiento.

Es verdad que acciones como la del soldado Juan no se repiten todos los días, pero también es cierto—y esto debe oírlo y comprenderlo la juventud—que no sólo ese es el patriotismo: patriotismo es formar el alma nacional con la enseñanza sana de los apóstoles de la idea; es educar las voluntades que serán mañana las palancas del progreso; es corregir los vicios, no con teorías sino con el implantamiento de escuelas; es formar aptitudes antes que prodigar conocimientos.

Patriotismo es mejorar cada vez más las instituciones; es velar por el buen nombre de la nación, haciendo que su crédito se respete y se agigante; es velar por que la justicia se cumpla. Como también es patriotismo ejercitar los derechos políticos sin interés alguno privado, teniendo como mira la paz y prosperidad del país; así como también cumplir con los deberes del hogar, porque de ese modo se dignifica la familia, base única del Estado.

Sí, señores, tengamos el culto de los héroes, pero también el de los buenos ciudadanos. El de aquellos, verdaderos y patriotas, que al engrandecerse han engrandecido a su país y se han levantado sobre las multitudes para servir de ejemplo de lo que pueden una voluntad, una inteligencia y un carácter.

El verdadero patriotismo estriba no sólo en formarse, en aprovechar las propias fuerzas morales e intelectuales, sino en lo que es mejor, en servirse de ellas generosamente en bien de la patria.

Y no se crea que esas fuerzas sólo son dignas de tomarse en cuenta cuando desarrollan una teoría filosófica o un plan de enseñanza. No, que también es un buen patriota el artesano, el industrial y el comerciante cuando sus aptitudes se dirigen todas a mejorar las artes, las industrias y el estado económico de un pueblo.

Dentro de sus relatividades tanto contribuyen al engrandecimiento nacional el arquitecto que traza el plano, como el arriero que conduce los materiales y el honrado albañil que coloca el ladrillo para levantar el edificio.

Tener patria, señores, es poder gozar dentro de su propio territorio, de libertad y de justicia; y un pueblo puede lograrlo, cuando comprende, por su adelanto moral e intelectual, el valor de esos dos términos: Libertad y Justicia.

Un pueblo es grande y logra perpetuar su recuerdo en la historia, por las ideas que sembró y vio fructificar. No se recuerda tanto a Grecia por sus guerras, como porque fue la cuna del arte.

No se recuerda tanto a Roma por sus cónsules y emperadores, como porque fue la fuente del Derecho.

Y ambas ideas, derecho y arte, fueron tan portentosamente desarrolladas, que todavía después de miles de años, ni se ha podido colocarle el brazo a la Venus de Milo, ni se ha encontrado una fórmula más sabia de la justicia.

Señores, sepamos tener patria. Hagamos que el recuerdo de este pueblo se perpetúe, por el decoro y el amor de sus hijos.

Santamaría, ojalá que no acontezca, pero cuando nuestro patriotismo se crea nublado por las tinieblas del olvido y el desfallecimiento, volveremos nuestras caras hacia tu antorcha, en busca de esa luz eterna, que sabrá alentarnos y señalarnos siempre el camino del deber.

De Anales del Ateneo de Costa Rica.



DISCURSO DE DON TRANQUILINO CHACON

Señor Presidente de la República,
Señores:

El distinguido letrado don Ricardo Jiménez, cuando presidía la Corte Suprema de Justicia, al inaugurarse este monumento dijo, que «en Juan Santamaría se exalta y se conmemora lo que hubo de grande en aquellas expediciones del 56 y 57; las privaciones, el sufrimiento, el arrojo, la constancia indomables, el desprecio de la vida del oscuro soldado costarricense; por manera que viene a ser esta estatua un monumento al pueblo humilde, a los desconocidos de Santa Rosa, el Río y Rivas, el heroísmo anónimo que salvó la Nación.» Ese pensamiento, en síntesis expresado, es el criterio histórico que más se conforma con la justicia y la verdad, iluminando las páginas de nuestros fastos con fulgor inextinguible, para gloria nacional y para enseñanza de las generaciones sucesivas. Por eso, el decreto de 18 de junio del año próximo anterior, en que se declara día feriado y de fiesta nacional el 11 de abril, se ha impuesto por la conciencia cívica, y ha venido a la legislación de Costa Rica con la espontaneidad propia de las grandes causas; y es en su cumplimiento por lo que ahora nos reunimos aquí, a solemnizar el heroísmo de nuestros mayores en defensa de la patria.

No fue la disciplina militar la fuerza que impulsó al soldado costarricense en la campaña nacional; fue una virtud excelsa, el patriotismo, el poderoso móvil de sus empeños en aquellos hechos de armas. Nuestros abnegados defensores no conocían el arte de la guerra; pero aún habiéndolo conocido, siempre habría predominado en ellos, para moverse, el amor a la causa, antes que el agitarse como partes integrantes de una gran maquinaria de destrucción, destinada sólo a la matanza. Fueron apóstoles de una idea y de un sentimiento levantados, y obraron como próceres. No en vano el primer choque, en la batalla de Santa Rosa, fue tan enérgico y rápido que en quince minutos destrozó al enemigo.

Al grito unánime «¡¡Adentro!!»—que repercutió en el espacio como amenaza de muerte—perecieron las huestes bucaneras. «Un tiro y a la bayoneta», fue la consigna que circuló, con la velocidad del rayo, culminando el triunfo en aquel histórico cuarto de hora.

Y si tal fue el denuedo desplegado en esa batalla—cuya fecha, 20 de marzo, debiera figurar también en la festividad del calendario cívico—cuál no sería el esfuerzo de nuestros soldados en la jornada del 11 de abril, en que se luchó contra un ejército formidable, que llevaba a la cabeza a Walker, dispuesto a no dejar piedra sobre piedra? Estos venerables ancianos que ahora nos honran con su presencia, valientes son del 56, y testifican mis palabras, recogidas de sus propios labios.

Aquella jornada bien merece el canto de la epopeya, glorificando a Juan Santamaría y a los demás héroes que con él vencieron a los filibusteros.

Fue también allí donde Juan Alfaro Ruiz acudió

presuroso, con los suyos, a sellar el triunfo. Santamaría y Alfaro Ruiz, pues, son dos alajuelenses cuya memoria no se extinguirá jamás, porque el primero murió en la contienda, acribillado a balazos, y el segundo hubo de rendir su último tributo a la naturaleza en el hospital de sangre, exhalando su postrer aliento, como aquél, lejos de su terruño y familia, en defensa de Costa Rica.

Esa epopeya no fue sola, ya que la víspera, el 10 de abril, tuvo efecto la acción del Sardinal, en que demostraron su valentía igualmente, otros alajuelenses comandados por el General Florentino Alfaro, cuyo recuerdo se ha convertido aquí en un verdadero culto. El General Alfaro peleó como un león a la cabeza de sus conciudadanos y fue herido de gravedad. De él y de sus compañeros de armas dijo entonces la Secretaría de Guerra: «Ha sido muy grata al gobierno y a todos los costarricenses la fausta noticia del triunfo de nuestras armas, adquirido en la memorable jornada de 10 del corriente, en la cual les tocó a los valientes Alajuelas recoger todos los laureles que ella ha producido, escarmentando con rigor a nuestros enemigos y corroborando la idea que siempre se ha tenido del valor, patriotismo y determinación con que los esforzados hijos de Alajuela saben cumplir con sus deberes y defender sus derechos. Felicito en nombre del Gobierno a los héroes del Sardinal y a la provincia que los ha producido.» (Después se hace especial mención del General Alfaro.)

Hé aquí una trinidad gloriosa—Santamaría y los dos Alfaros—que es timbre de honor para el pueblo costarricense y cuyas altas virtudes cívicas forman su mejor blasón, que se refleja vivamente en la historia patria. Es así como el heroísmo, y como cualesquiera otras

grandiosas acciones en la vida, no sólo producen por el momento sus éxitos, sino que éstos trascienden con persistencia a las generaciones venideras, al igual de las aguas purísimas que brotan de su fuente y continúan discurriendo por diversos lugares para provecho de todos. Es un acto de justicia, pues,—que sólo por desidia imperdonable se ha retardado—el recordar solemnemente, en ésta su tierra natal, a los alajuelenses que con tanta gallardía llevan la corona de laurel.

Tales son, señores, los hechos más salientes que han iluminado el cielo que nos cubre; y viven todavía algunos de los veteranos que en los campos de batalla conquistaron con tanta bizarría, en aquel tiempo, el título de próceres, los aquí presentes para nuestro orgullo de ciudadanos, a quienes abrazo con toda la efusión de mi alma de costarricense. Un lapso de sesenta años cumple hoy la epopeya nacional—un instante en la eternidad—en que estos ancianos, con sus inolvidables compañeros, fueron actores principalísimos, ya que con la punta de sus bayonetas consolidaron definitivamente nuestra independencia de todo poder extraño. Costa Rica agradecida ha perpetuado su memoria con el monumento nacional; y al repetirse la conmemoración de este aniversario al través del tiempo, su ejemplo perdurará, más indestructible que el bronce, en nuestros corazones, dándonos alientos para ofrendar hasta la vida cuando el enemigo audaz nos llame a guerra, profanando con su planta esta tierra bendita que redimieron con su sangre nuestros antepasados.

DISCURSO DEL PROF. ELÍAS SALAZAR

Señores:

Día de gloria para la Patria, el 11 de Abril de 1856, cuyo recuerdo nos trae a la memoria la campaña nacional, fulgura con luz propia en las páginas de la Historia, y en ese bronce en que contemplamos el triunfo del derecho contra la ambición y la injusticia.

Ese bronce en que se traslucen el valor y abnegación del héroe, ofrece a nuestros hijos, y ofrecerá también a las generaciones futuras, una hermosa lección de civismo: la de quien da la vida por la Patria en defensa de su libertad.

Al proclamar nuestros mayores su emancipación política, el 15 de Setiembre de 1821, consignaron en el acta de la independencia la abolición de la esclavitud, concediendo el derecho de ciudadanía a los «originarios de Africa», y anticipándose a los demás países del continente colombino a romper las cadenas del esclavo.

Escasamente habían transcurrido 34 años, cuando apareció Walker en Centro América, el esclavista de Nashville, de fisonomía dulce y femenina, abogado ambicioso, corazón de piedra, enérgico y resuelto militar.

Era Walker escritor distinguido y el tipo ideal de muchos estadistas de la época, que consideraban la esclavitud como condición de la vida social, y miraban al esclavo como una bestia, cuyo valor se aprecia con dinero, según la fuerza y actitud para el trabajo.

Contra los invasores de Nicaragua se alzó la patriótica voz de Juan Rafael Mora, cuya proclama de 20 de Noviembre de 1855, dió el grito de alarma en Centro América.

Contra las huestes walkerianas se alzó en armas el pueblo costarricense, y primero en Santa Rosa, preliminar aterrador para el audaz filibustero, y a continuación en Rivas, nuestros soldados, valientes, inspirados por el patriotismo y el sentimiento religioso, abnegados, sublimes, se sacrificaban por sus dos grandes ideales: la Patria y la Religión.

Contra los esclavistas del Norte, se alzó la figura excelsa de Abraham Lincoln, cuyo triunfo, tras larga y cruenta lucha, salvó a Centro América de nuevas invasiones, y la amenaza del filibustero Hénningesen, al saber el fusilamiento de Walker en Trujillo, en 1860, quedó completamente anulada.

Mora en Costa Rica y Lincoln en los Estados Unidos, son dos figuras culminantes por sus ideales, dos patriotas cuya influencia ha sido trascendental en la evolución política de sus pueblos, dos bienhechores a cuyos pies cayeron los látigos y las cadenas de la esclavitud, despedazados, sucesivamente, por los héroes Centro y Norte Americanos.

Vosotros, oh amados niños! que venís a colocar flores y coronas al pie de la estatua del héroe, y a cantarle en apoteosis himnos armoniosos, asociad con su

recuerdo los nombres de Mora y Lincoln, porque ambos mantuvieron en alto el estandarte de la libertad, porque ambos aborrecían la tiranía del fuerte contra el débil, porque ambos son egregios como el oscuro tambor que el 4 de Marzo de 1856 partió de Alajuela, en el batallón de Juan Alfaro Ruiz, a defender la Patria y, sin imaginarlo siquiera, a conquistar los laureles de la inmortalidad.

De Anales del Ateneo de Costa Rica.

DISCURSO DE DON LUCAS RAUL CHACON

Señoras, señores:

Sin anhelos de notoriedad que lo compelieran al sacrificio para entregar su nombre a los bronce de la fama, sin abolengo que lo llevara al heroísmo para dar mejores timbres a su linaje, contemplamos al valeroso tambor, que parece salir de su pedestal a paso de gloria con el corazón abrasado por cariño filial, llevando en su invencible brazo la tea que encandece el patriotismo costarricense. Se adelanta a encontrarse con la muerte que lo ha de hacer inmortal, impulsado por noble y fecundo amor a la patria, ultrajada por odiosos bucaneros; y al salir de las filas, animoso y decidido, audaz en la empresa y sereno ante el peligro, dedica su postrer pensamiento de ternura y sus últimas palabras de dulce afecto a su madre, anciana y abandonada, que sola en su pobre casita llora por el hijo que marchó a la campaña y que al sentir el orgullo de que él tocará la carga contra el invasor odioso, alza en sus oraciones el más ferviente de los ruegos para que Dios lo proteja.

Tipo perfecto del costarricense de antaño, el soldado heroico de Alajuela, enardecido por el épico verbo de Mora, responde resuelto a la espartana demanda de Cañas, legando generoso a la historia el hermanamiento sublime del amor a la patria y al hogar que, al confun-

dirse en el instante supremo, preyectan la mágica aureola de gloria imperecedera que ciñe su frente.

Confiemos a los siglos trazar con diamantes en página de oro la proeza admirable del egregio incendiario, mientras el fuego de su antorcha redentora ilumina la mente de los hombres venideros que aprenderán en el heroísmo de un humilde hijo del pueblo, cómo se ama el suelo de nuestros mayores y cómo se muere en su defensa, con tranquilidad en el alma y firmeza en la voluntad.

A vida de engrandecimiento y de prosperidad están llamados los pueblos que conservan sus tradiciones, depuran sus costumbres y rinden culto a sus héroes; porque así mantienen el espíritu nacional y perpetúan en la memoria de todas las generaciones el recuerdo de lo hermoso, de lo bello y de lo grande que por los del presentes hicieron lo del pasado; sólo así entenderemos los hombres de hoy a lo que estamos obligados para con los hombres de mañana. En cambio, pueblos que dan al olvido a los que por ellos se sacrificaron y que consienten que una educación falsa y viciada entibie el calor sagrado del patriotismo con vanas teorías de una mentida fraternidad, inventadas y difundidas por hombres sin valor, para sustraerse a las obligaciones que impone el principio de defensa común, se colocan en rápidas pendientes de segura desaparición.

La Primera Compañía de Boy-Scouts, que participa jubilosa en este acto cívico de magna trascendencia, aprecia en toda su amplitud el alcance que tiene esta manifestación al soldado que, intrépido, inmoló su vida por su país, y viene a inspirarse en su ejemplo incomparable, porque cada uno de sus miembros comprende

hasta dónde debe llegar si lo necesita nuestra patria, adorable rincón del mundo que no encierra las maravillas de una civilización portentosa, pero que es nuestra cuna, que nos ha instruido, nos ampara con sus leyes y nos brinda paz y trabajo.

La corona que estos jóvenes pundonorosos van a depositar al pie de ese monumento es una ofrenda y una promesa. Es ofrenda porque la presentan al héroe como homenaje de veneración en el aniversario de su hazaña gloriosa; y es promesa, porque sólo pueden ofrecer las flores de victoria quienes se sienten con fuerza y decisión para conquistarla.

Los boy-scouts aman de verdad a su patria y ardentemente desean honrarla con su conducta y con el sacrificio de su vida, si su honor o su soberanía se vieren amenazados, y en ello no vacilan, porque saben que en la honda de David está la piedra que hiere la frente de Goliat.

Vuestra tea, sublime soldado, no ha de apagarse jamás, porque ella es el símbolo de nuestra vida independiente. La estrella radiosa que engalana la bandera de la Primera Compañía de Boy-Scouts es un sol que no se pone nunca en nuestras almas, y a la lumbre de sus rayos iremos, en resguardo de nuestras libertades, a donde el deber nos llame, con el brazo fuerte y el ideal en el corazón.

DISCURSO DE DON J. RAFAEL MEOÑO

Señor Presidente de la República,
Señores Delegados,
Señores:

Celebramos hoy, a la par de la gloriosa batalla de Rivas, de la que nos quedó, como inmarcesible recuerdo, la heroica figura de Juan Santamaría, el primer año de la declaratoria del 11 de abril como fiesta nacional. Muy justo es nuestro regocijo y muy merecida tal declaratoria. Hay épocas que pertenecen a una nación entera y no era justo que sólo un determinado pueblo rindiera homenaje a la memoria de un héroe que no es sólo de Alajuela, es héroe nacional.

Diferencias políticas entre hijos de una nación hermana, hicieron surgir hondas divisiones y ambiciones de mando. En su insensato proceder llaman, los que se creían vencidos, a una horda de aventureros para que les ayudasen en la tarea de aniquilar a los vencedores, sin pensar quizás que a quienes aniquilaban eran a la libertad de Centro América y a sus derechos de ciudadano.

En un mismo plato y en una misma vajilla, devoraban los unos la sed de mando y los otros las ilusiones criminales de tener carne humana para fecundar tierras de cultivo en un país extranjero. Y los unos con los otros formaron densa y horrible falange que llenó de vergüenza a los verdaderos patriotas, quienes acudieron, borrando fronteras, olvidando quizá pasadas querellas y unidos en un solo ideal, a regar con su sangre el suelo nicaragüense para que las naciones centroamericanas siguieran viviendo a la sombra de su libertad.

Muy pronto los extraños se apoderaron de los destinos de Nicaragua y cuando ya ésta les pertenecía quisieron invadir a Costa Rica para hacer lo mismo con nosotros y continuar su obra de conquista en el resto de Centro América. Por fortuna para nosotros y para gloria eterna de nuestros humildes pero valientes soldados, la victoria de Santa Rosa les arrojó de nuestro suelo. La destructora falange se encontró entonces en Rivas. Se fortifica en los edificios que rodean la plaza, siendo el Mesón de Guerra el fuerte principal del enemigo. Al frente y a campo descubierto se encuentran nuestros soldados en una situación desventajosa y desesperante; el campo para los nuestros es un sepulcro abierto donde se confundirán los restos humanos con los restos de las sagradas libertades. La lucha había principiado a las ocho de la mañana y cuatro horas después, las balas enemigas habían sembrado de cadáveres el campo; rugían las armas de fuego, arrojando sobre nuestros soldados, junto con la muerte, nubes de humo que se perdían en el espacio. Los combatientes estaban ebrios por el acre olor de la sangre y nadie

pensaba ya en otra cosa que en morir. Se oye una formidable voz que dice: ¿Hay algún valiente que quiera quemar el Mesón? . . . Instantes de silencio pavoroso sucedieron a tales palabras, cuyo eco quedó por un rato resonando en la eternidad.

El hombre humilde tiene a veces sus iras capaces de fulminar el rayo; deja de ser el espíritu sumiso y tranquilo para convertirse en ejecutor de increíbles actos. Así Juan, el soldado desconocido, que marchaba en su ejército como imperceptible sombra; él, que pensaba quizás no tener que soportar más sufrimientos que la terminación de una lucha tan desigual, sufre ahora por el porvenir de su patria; comprende por clarividencia divina que la patria es algo muy sagrado, aun para los seres descreídos, que el alma del hombre recibe a veces, en ella, amarguras hondas, pero que hay por fuerza que sentirse hijo cuando se ve en peligro la nación bajo cuya bandera abordamos la vida.

A la interrogación hecha en aquellos momentos de suprema angustia, se oye este monosílabo: ¡YO!; este yo sublime es de Juan, quien dando un paso al frente de sus compañeros se yergue altivo y amenazador. Ya no es el pobre Erizo, el humilde hijo de Alajuela; es algo muy grande a quien en ese instante miran con santo respeto desde el jefe al último de los soldados. Toma una tea; se adelanta, corre, porque no hay tiempo que perder; vuela entre la bruma producida por el humo de la pólvora; no oye ni los ayes de los moribundos ni la fatal detonación de las armas de fuego; siente que el brazo en el cual lleva la incendiaria tea no tiene fuerzas, pero no se da cuenta de que lo atravesó una bala enemiga; la cambia al otro y continúa

su heroica carrera sin tomar en cuenta que las balas silbaban sobre su cabeza como hálitos de muerte. Llega por fin . . . ; tiene tiempo para aplicar el fuego de su tea al enemigo campamento; el fuego principia su obra; el incendio se propaga; el enemigo huye despavorido, y las llamas que llenaban el espacio iluminaron el sendero por donde el alma de Santamaría volaba a las regiones de la inmortalidad.



DISCURSO DEL LIC. DON ALFREDO SABORIO

Conciudadanos:

Una vez más la clásica egomanía que surge ante los héroes, trae contra nuestro inmortal soldado la injuria estéril de quienes le acusan, para empequeñecer su hazaña gloriosa y perdurable.

Cada diatriba, cada zarpazo de la envidia sobre sus albas vestiduras se transforman, al llegar a su pedestal, en otros tantos ramos de laurel. Y porque fue un héroe, un Superhombre de la Patria, no se le halló nunca entre los felices,—humilde tambor de mi ciudad,—vivió ignorado y oscuro para hacer luego, al revelar su espíritu grandioso, la más hermosa apoteosis que adorna las páginas de nuestra Historia Nacional, a pesar de la diatriba y de la envidia de propios y de extraños.

Aquí llegué de niño a entonar los himnos de la gratitud ciudadana; entonces, recogido en unción sublime de santa reverencia, mi corazón latía al sentimiento cívico que llamamos Patriotismo y bebía mi espíritu enseñanza saludable de culto a nuestros héroes, de respeto a la tradición, asentada en el corazón de todos los buenos ciudadanos. *Santas enseñanzas de la niñez, que porque faltaron para los egómanos, les llevaron a alzar ante el ridículo de su acción la mano crispada, más crispada*

*aun que sus conciencias—de eternos fracasados—*ante la majestad serena e impasible de los héroes.

Perdonémosles entonces, que quien no conoció los deberes cívicos, no es responsable subjetivamente de su olvido: ellos mismos se confunden y en su propia pequeñez desaparece la figura que un éxito eventual cualquiera, les asignó un día y que les quitó pronto la fuerza inexorable del Destino.

Ellos no pusieron en las temblorosas manos de estas pobres agnadas del héroe, sino la brasa encendida de su propia envidia; pero así como a cada golpe ilumina el acero la lucha con chispazos, así el alma Nacional corrió fervorosa y caritativa a corresponder en lo posible, dando la pensión que hoy motiva esta fiesta, este sano regocijo general a ellas, que son el alma de la madre del héroe por cuya memoria exhaló él su postrimer y único pedimento: «QUE SE ACUERDEN DE MI MADRE».

Y esa frase es un símbolo:

Oidla todos, y vosotros también, niños de mi ciudad.

El patriotismo, rayando en lo sublime y el amor materno como única súplica del Héroe, son las enseñanzas que nos legará SANTAMARIA.

«Hay en la vida del héroe ciertas horas de amargura, en las cuales, mientras los envidiosos echan suertes en sus vestiduras, él quisiera ser el más oscuro de los ignorados que viven en el territorio Nacional, y preferiría más bien criar una planta que educar una generación; pero el deber le acosa desde la morada en que él se ha hecho autodascálico hasta el ciprés al cual se entrelaza un póstumo ramo de laurel».

He ahí esas frases que parecen escritas para perfilar la propia grandeza de este soldado glorioso, mil veces negado y otras tantas coronado de laureles.

Vosotras, santas mujeres, que llevais en vuestras venas sangre de su propia sangre, ved en el decreto que la nación sanciona para ayudaros en la vejez en la medida de las posibilidades, y ved también en esta fiesta de los corazones de vuestros conciudadanos, el justo reconocimiento y la respetuosa pleitesía brindadas a quien murió por salvar la Patria, en una acción de gloria hecha auténtica por el propio William Walker, por el Presidente de la República que dirigió las fuerzas nacionales, por el testimonio de los testigos presenciales, decretos legislativos e informaciones adperpetuam, levantadas ante funcionarios del Poder Judicial.

Y vosotros conciudadanos, señoras, señoritas, caballeros y niños, ved en ellas a las santas agnadas del héroe, que hoy por siempre debe guardar la ciudad como guardaban las vestales de Roma el fuego sacro en los santos pebeteros de sus templos.

Sean ellas las columnas de una heroica tradición que simbolizan la presencia retrospectiva—aunque parezca paradójica—de una época en que apareció el héroe, en el período luminoso de nuestra Historia, cuando fue preciso afianzar la vida de nuestras instituciones sociales.

«El héroe, elevándose siempre y haciéndose más complejo de una a otra generación, deja su huella en la Ciencia, en el Arte o en la Vida».

En la vida nos dejó este soldado su memoria, y más que en la vida, en nuestros corazones: que palpiten ellos para amar y querer a estas viejecitas y que encuentren siempre nuestro apoyo y nuestro cariño.

Cúpome a mí el alto honor—como Presidente de la Sociedad Tea—de dar el primer trámite a la gestión que secundaron luego los caballeros de mi ciudad y que

se ha condensado en el Decreto que acaba de sancionar el Ejecutivo, asignando la justa pensión a las primas del Héroe.

El triunfo de este empeño revela que, en la lucha contra los egómanos, habían de sucumbir los débiles, ya que en todo choque de fuerzas contrarias, las del héroe son las que quedan victoriosas. Si en la lucha por la gloria naufragan las medianías, el genio, el Héroe, es quien llega a la meta, repitiendo con Cellini: «A MUCHOS EXCEDO Y A QUIEN ME EXCEDE ALCANZO YO TAMBIÉN».

Un día, lleno de ideales, salí de mi ciudad con ansias de hacer mis disciplinas profesionales; aprisioné entre mis manos un jirón de este cielo querido que halagó las mejores horas de mi niñez, y siempre fue la Tea de este inmortal soldado el símbolo de luz y fuerza y voluntad para con él iluminar la senda de mis pasos. Igual han sentido todos los que de niños aquí vinieron a cantar himnos dentro de una evocación libertaria y heroica. Igual viejos y adultos, igual matronas, jóvenes y niños: es un pedestal de corazones sobre el cual descansa el nombre de Santamaría, y en ese pedestal tiene el héroe la atalaya invulnerable contra la cual se quiebran los ataques de los iconoclastas. Allí, en su cumbre más excelsa, su espíritu inmortal lanza un haz de luz reconfortante que dignifica a la Patria y pone orgullo en el corazón de los alajuelenses; su virtud es tánta, que deslumbra y ciega a los malvados, es el alma de un héroe que cual magnífico diamante, tallada y engarzada en el culto de toda una posteridad, se transforma en un haz de resplandores.

Soldado glorioso: Que sea ya de hombre cuando vuelva el mismo que ayer cantaba ufano a tu egregia

memoria inmortal, a reafirmar aquí la fe que tu símbolo pone en el alma de quienes te comprenden.

Vengo a reconfortar mi espíritu y el de los que con igual amor te saben comprender, y justamente dignificar—para iniciar así los cánticos de ufana memoria a aquel de la Patria soldado inmortal.

Resuenen los himnos y canten a voces loores al héroe en la grata presencia de quienes le pertenecieron en cariño de hogar, en la grata presencia de las ancianas que con el corazón henchido de alegría han de oír y ver a los hijos del pueblo levantando la frente al sol refulgente de la Libertad, para saludar dichosos al noble Atleta de nombre glorioso!

Y canten las bandas los aires marciales ante esta epopeya de la gratitud, un símbolo eterno de amor y de gloria que lanza a los vientos la justa alegría, por actos hermosos del culto a los héroes! HONOR NACIONAL.

QUINTA PARTE

LA ORACIÓN DE LA PLUMA

(ARTÍCULOS)

UN HEROE ANONIMO

Escribimos sobre un objeto olvidado, sobre una gloria cuyos resplandores no brillan en el recuerdo del pueblo centroamericano; porque el cielo de nuestra vida intelectual se halla todavía entoldado por nubes oscuras que el tiempo y la civilización disiparán.

Evocamos la memoria de un héroe sin nombre, de un mártir sublime, voluntariamente inmolado por la salvación de sus hermanos en la justicia y el derecho. De uno de esos raros vencedores gloriosos del peligro, que sólo revelan su grandeza en el instante supremo de pasar del tiempo a la eternidad.

Y el héroe sin nombre, el mártir sublime, el despreciador glorioso de la muerte, a quien nos referimos, fue no más que un soldado costarricense. Pero fue la más alta y noble figura de un día de sacrificio y de honor para nosotros, fue el salvador de sus compatriotas el memorable 11 de abril de 1856...

Este soldado salvador fue JUAN SANTAMARÍA, hombre de esos que nacen a la sombra de una sencillez cercana a la naturaleza, oscuro y humilde en la vida y superior y elevado en la muerte; hombre sin aurora en la cuna y de espléndido crepúsculo en la tumba; hombre de los muy pocos en quienes, bajo una pequeñez aparente,

oculta la providencia la fuerza y la garantía de la vida de muchos, la suma probada de la más alta de las virtudes, el corazón y la voluntad del patriota que dignifica el nombre de la Patria y rinde por ella su existencia.

¡Y qué excepcional patriota! Improvisado, joven y sin elevación de ideas. No busquemos la semblanza de ese tipo singular en el espíritu de los trescientos héroes de Leónidas, porque aquellos nobilísimos espartanos fueron educados por el Estado y para el Estado, en una época heroica, y bajo la inspiración continua de la santa idea del patriotismo, claro y ardiente sol, siempre fijo en la conciencia de aquellos hombres de inmortal memoria.

No busquemos su semblanza en aquella fe profunda, en aquel valor sereno que se anidaban en la mente de Pelayo cuando guardaba en las montañas de Covadonga las reliquias de la nacionalidad española; porque aquel *varón extraordinario* era el alma de una raza, era el genio destinado a dar vida y salud a un pueblo moribundo.

No busquemos tampoco ejemplares parecidos al Mártir Centroamericano en las innumerables víctimas caídas en el ara de su Patria en Sagunto, Numancia y Zaragoza; porque allí se realizaba la crisis de una sociedad entera, que oponía su genio, sus tradiciones y sus fuerzas a la muerte, para salvarse o perecer en imponente unidad; porque allí se realizaba un gran martirio nacional que no hemos presenciado nosotros.

¿Buscamos semejanzas en el santo y magnánimo Ricaurte, en quien el fuego del alma ardió más vivo que las llamas que le devoraron en San Mateo, junto con los enemigos de su patria; o bien la buscaremos en aquella inspirada mujer, en aquella precursora de Colombia, Policarpa Salavarrieta, cuya memoria lucirá por

todos los siglos, como una triste luna, en las noches de duelo de la América, cuando en medio del infortunio esperen las generaciones el crepúsculo de un nuevo día de triunfo, de libertad y de ventura?

No!

El genio de la América Meridional había levantado su cabeza, lanzando hasta el cielo el clamor de la independencia; una ebullición inmensa de ideas marcaba el carácter de una época grande; el fuego de la libertad inflamaba millares de pechos generosos que afrontaban las crueldades de un despotismo sangriento, y los ánimos sublevados, en indescriptible desesperación, no podían menos de obrar prodigios de heroísmo, alumbrados de continuo por el fijo luminar de la esperanza. La independencia y la libertad de la América del Sur necesitaban el holocausto de la heroína y del héroe, de esas dos víctimas grandes sacrificadas por una gran causa, y a quienes hoy rinden culto la Historia y la posteridad.

Pero Centro América no ha pasado por una de esas épocas excepcionales en que todas las esperanzas, todos los sentimientos, todas las aspiraciones, se funden en una sola idea, que se encarna en la sociedad y hace de cada individuo un instrumento, de cada corazón un impulso, de cada alma un reflejo; y por esto calificamos de raro, muy raro en su línea, a Juan Santamaría.

Hemos dicho que fue patriota improvisado, joven y sin elevación de ideas. También le llamamos héroe anónimo en este imperfecto y apresurado bosquejo; y todo esto le da un tinte original a su retrato, y marca muy bien las líneas que le diferencian de cuantos conocemos en la gloria venerada de los que han aceptado el mismo glorioso fin.

Le llamamos héroe anónimo, porque apenas es conocido en su propia patria; patriota improvisado y sin elevación de ideas, porque en un solo momento probó su patriotismo; y formado en el seno de nuestro pueblo, sin la cultura de un espíritu refinado por la ciencia, sin el influjo de una civilización avanzada, no debió ser un hombre de pensamiento, capaz de elevarse a grandes concepciones.

¿Qué hay, pues, de común entre nuestro compatriota y tantas y tantas figuras de abnegación que la Historia consagra, que el mundo admira y la inmortalidad corona?

El martirio espontáneo.

Nada que ofrezca interés podemos referir sobre la vida de Santamaría; nada sobre su rango social, y sobre su educación, nada, porque todo en él parece que se confundía en ese fondo obscuro y silencioso de la clase exheredada y pasiva de la sociedad.

Sólo sabemos que nació en Alajuela el 6 de junio de 1830¹ de una pobre y humilde mujer, de la señora Manuela Carvajal, que vive aun más ignorada que su magnánimo hijo, y sin haber obtenido hasta hoy otra cosa que una exigua pensión asignada por Costa Rica.

Doloroso es decirlo, pero la patria centroamericana no ha reconocido cuánto le debe a la infortunada madre de ese hombre singular, cuya apoteosis habrían consagrado ya otros pueblos de elevadas miras, que saben hacer del mérito la inmortal y suprema aristocracia.

¹ Nació el 29 de Agosto de 1831.

Pero qué importa que no presentemos aquí la biografía de nuestro héroe, si el objeto que nos hemos propuesto es sólo diseñar a grandes trazos aquel momento en que con la tea que alumbró su martirio, alumbró también una hermosa victoria de la Patria?

Bástenos narrar el hecho grandioso a que nos referimos.

El inolvidable 11 de abril el ejército costarricense, valiente y celoso defensor de la América Central, era diezmado en Rivas por las huestes filibusteras que ocupaban un fuerte edificio. Este no podía ser demolido porque faltaban, de nuestra parte, elementos adaptables al intento. Cómo debíamos triunfar en aquel pavoroso conflicto? Cómo vencer a nuestro tenaz enemigo, tan ventajosamente situado?

Con sólo el impulso de un gran corazón, con la sola voluntad de un soldado! En medio de la desesperación y de la muerte, se alzó en nuestras filas una voz suprema diciendo: «Quién quiere sacrificarse yendo a incendiar el Mesón?»

«Yo», respondió Santamaría, pronta y resueltamente, como si ese terrible encargo fuera un simple precepto de la disciplina... Con ánimo sereno tomó una tea, y firme, fue a cumplir su consigna, bajo una lluvia de balas. Una de éstas le inhabilitó el brazo de la tremenda ejecución; pero el otro le sirvió para coronar su grande intento; y nuestros compatriotas vieron, al reflejo de las llamas, una prodigiosa transfiguración y un triunfo tan inesperado como espléndido.

No es éste un mártir voluntario pero fecundo? No selló con su sangre un triunfo para su patria, evitando muchos males? No aceptó por el bien de ésta una



muerte segura, dando su alma al cielo de una manera sublime? Sí! La Historia recogerá su nombre para entregarlo, como eterno ejemplar, a la admiración y al culto de generaciones en quienes resplandezca el amor a lo grande, a lo bueno!

A pesar de lo que hemos dicho sobre las calidades del héroe cuyo nombre exhumamos de la tumba del olvido, no podemos ver en su instantánea y sublime resignación un acto ciego de valor vulgar. No! Vemos una intuición grandiosa, inspirada por santos estímulos: por la tranquilidad del hogar, por la vida pacífica de la madre, de la familia y de todos los objetos queridos que viven por el afecto en el corazón del hombre; por la dignidad; por el sosiego y bienestar de la Patria, bosquejada en aquel trance solemne por los compañeros del honor en el peligro.

Así el alma del hombre extraordinario, cuyo mérito preconizamos, fulguró sólo en el instante postrero de su existir sobre la tierra; pero dejando una estela luminosa que, pasada la generación que dormita, y con ella la sombra de la indiferencia, derramará una hermosa y perpetua claridad sobre las páginas de nuestra Historia Nacional.

Un notable escritor colombiano¹ nos ha precedido en la reminiscencia de esta gloria de la patria. Mas nosotros no hemos querido por eso renunciar la satisfacción de ocuparnos de este tema fascinador y simpático, pues ya que no podemos decir a los hombres de otros climas: «Extranjeros! Ved allí, la tumba que

¹ Alude a don José de Obaldia.

contiene las cenizas de un mártir; inclinaos delante de su estatua!»—diremos en esta hoja efímera a todos los centroamericanos de corazón: «Compatriotas! Guardad en vuestra memoria, con respeto, el nombre venerando de JUAN SANTAMARÍA!»

ALVARO CONTRERAS

De *El Tambor*, Setiembre 9 de 1883, N.º 4.

JUAN SANTAMARIA

El notable y malogrado escritor centroamericano, Alvaro Contreras, nos dejó un brillante artículo sobre el héroe que hoy recordamos, artículo que fue acertadamente reproducido en dos periódicos de esta República: primero en *El Tambor* de Alajuela, y luego en *El Diario de Costa Rica* de esta ciudad.

El justiciero escritor introdujo su trabajo con las siguientes palabras:

«Escribimos sobre un objeto olvidado, sobre una gloria cuyos resplandores no brillan en los recuerdos del pueblo centroamericano, porque el cielo de nuestra vida intelectual se halla todavía entoldado por nubes oscuras que el tiempo y la civilización disiparán.»

Esas palabras que más que acíbar amargo tienen garfios desgarradores, debemos reconocer, mal que nos pese, que no han carecido de fundamento.

El vigoroso reproche, que así como un látigo, nos ha flagelado el rostro, no parece cruel y excesivo; se ajusta perfectamente a la medida de la sublime indiferencia con que hemos premiado al héroe del extraordinario sacrificio, al hombre humilde que dio serenamente su vida en cambio de romper con ella la cadena de males que, en hora funesta, ceñía y quebrantaba su patria.

He aquí la pintura que el mismo escritor hace del modo cómo el humilde soldado supo rasgar la sombra de su vida oscura con el vivo resplandor de su grandioso patriotismo:

«El inolvidable once de abril (1856) el ejército costarricense, valiente y celoso defensor de la América Central, era diezmado en Rivas por las huestes filibusteras, que ocupaban un fuerte edificio. Este no podía ser demolido, porque faltaban de nuestra parte elementos adaptables al intento.

«Cómo debíamos triunfar en aquel pavoroso conflicto? Cómo vencer a nuestro tenaz enemigo, tan ventajosamente situado?

«Con sólo el impulso de un gran corazón, con sólo la voluntad de un soldado.

«En medio de la desesperación y la muerte se alzó en nuestras filas una voz superior diciendo:—Quién quiere sacrificarse yendo a incendiar el Mesón?—Yo, respondió Santamaría, pronta y resueltamente, como si ese terrible encargo fuera un simple precepto de la disciplina!... Con ánimo sereno tomó una tea, y firme fue a cumplir su consigna, bajo una lluvia de balas. Una de éstas inhabilitó el brazo de la tremenda ejecución, pero el otro le sirvió para coronar su grande intento; y nuestros compatriotas vieron, al reflejo de las llamas, una prodigiosa transfiguración, y un triunfo tan inesperado como espléndido».

Así fue; así cayó la existencia de ese soldado ejemplar. Ejemplar? Nó; las virtudes humanas tienen su medida, y es lícito pedir que cada hombre procure ajustarse a ella. Pero presentar como modelos a quienes han llevado las suyas más lejos del límite que la natu-

raleza señala, es sencillamente una locura, porque tales hombres son, por el mismo hecho, seres maravillosos, divinos, inimitables.

Podeis aspirar a ser tan virtuosos como los hombres buenos, a sentir y pensar como es corriente que piensen y sientan los mortales más perfectos. Pero es inútil que pretendais levantar el vuelo a donde llegan los privilegiados. Para ser Sócrates, Régulo, Guzmán el Bueno o Colón se necesita tener alma hecha no de la materia que domina en nuestra tierra sino de la que más allá de nuestra atmósfera forma el impalpable y luminoso tejido de las cumbres del cielo. Santamaría, no por humilde, no por oscuro que fue antes de su grandioso sacrificio, deja de pertenecer al glorioso gremio de los inmortales...

Estos seres maravillosos no son, ni pueden ser ejemplo para los hombres; pero su trascendencia en el mundo es sobre manera fecunda. Ella remueve la naturaleza humana para mejorar su condición. Sócrates es inimitable, pero, con su paso por este globo, han ganado mucho nuestro pensamiento y nuestra voluntad.

Nuestro soldado, nuestro héroe está más allá de lo que puede ser ejemplo; pero si aprendemos a conocerle le amaremos de seguro, haremos de su recuerdo culto religioso. Cuando esto suceda sentiremos crecido nuestro corazón, y entonces ya seremos capaces de comprender lo que significa el amor desinteresado por la patria.

Juan Santamaría es grande entre los grandes. Voluntad, virtud superior no se conoció jamás. Muchos héroes podríamos citar, pero difícilmente presentaremos otro de tanta abnegación como la del insigne mártir de nuestros tiempos heroicos.

Ni la vanidad, ni la soberbia, ni la ambición; ningún estímulo de ese linaje obró en el ánimo de nuestro soldado incomparable. Su proeza está exenta de toda mancha. El movimiento de su espíritu fue absolutamente espontáneo. Esta aserción está sostenida en otro párrafo del mismo Contreras.

«Nada que ofrezca interés podemos referir sobre la vida de Santamaría; nada sobre su rango social y sobre su educación, porque todo en él parece que se confundía en ese fondo oscuro y silencioso de la clase exheredada y pasiva de la sociedad».

El mismo escritor conviene, en otros puntos de su artículo, en que Santamaría no tiene semejanza con los héroes en cuyo cuadro debe sin embargo dársele puesto. A nuestro juicio, esa falta de similitud, que nosotros reconocemos también, consiste nada menos, que en la falta de móvil concreto que hubo en Santamaría cuando aceptó el sacrificio de su vida. Su espíritu superior obedeció a una causa superior que no admite análisis. A una intuición grandiosa, pero no inspirada por estímulos vulgares.

La figura de Santamaría se destaca del cuadro de los héroes, porque ningún cálculo egoísta puso la tea en su mano y con ella la vida ante las balas del enemigo.

La causa de su tremendo arrojo debemos buscarla en la naturaleza extraordinaria de su alma, en el temple maravilloso de su corazón, al que no faltó ni un solo átomo para ser dechado de corazón entero.

Se es virtuoso por artificio y virtuoso de un modo natural; ámase el bien por los beneficios que se reporta, o siquiera por el temor del vituperio, y ámase también por el bien mismo.

Santamaría perteneció al orden de seres superiores en quienes virtud y amor al bien, forman parte integrante de su humanidad, así como la luz y el calor forman la del Sol, la verdad de la ciencia y la belleza, y la perfección del arte.

Como la brújula se inclina hacia el norte, así Santamaría inclinó su vida al sacrificio, cediendo de un modo necesario al impulso de su nobilísima naturaleza, caldeada en el santo amor del patriotismo y del bien que formaba parte de su nobilísima naturaleza.

Si en el instante supremo, cruzó por la mente del insigne soldado el recuerdo de su hogar, de su familia y de su pobre madre, de quien ciertamente refiérese que fue r^ecomendada por el hijo a la compasión de sus compañeros, hemos de admitir que esta circunstancia contribuye poderosamente a levantar todavía más la figura del héroe, pues entonces, si así fue, su admirable carácter no sólo triunfó del terror de la muerte, sino también del amor más dulce de la vida.

La enérgica decisión de quien por antecedentes y calidad tiene título para esperar que su sacrificio será lluvia de bienes para su memoria y su casa, es alta, pero pueden los ojos distinguir sus cumbres. Mas, el heroísmo de quien no ha podido tener motivo fundado para esperar que con su caída se levantaran los suyos y su memoria, ese ciertamente, no tiene cimas, sube y se pierde fuera de nuestra atmósfera.

Nació Santamaría en la ciudad de Alajuela, en 1830; fue conocido con el sobrenombre de ERIZO: cubría su cabeza un pelo encrespado y rudo, no poco semejante al de la raza africana; pero en su tipo se descubrían los rasgos característicos de la nuestra.

Pobre y de modestísimo origen, el Erizo tuvo que luchar con los embates de la adversidad, con las vanidades y las injusticias de aquellos que gozan menos con las ventajas sociales de que disfrutan, que con hacer sentir a los humildes el bajo nivel en que los ha colocado la fortuna.

Cuéntase que amaba entrañablemente a su madre, a la que no abandonó jamás, hasta el momento en que le fue preciso sacudir las luces de su alma, estrellándose contra la muerte.

Era tanta la bondad de su índole y de su carácter, que llegó a trascender desde el rincón de su vida oscura y silenciosa.

Nada más sabemos de Santamaría; pero, si después de su sacrificio continuó viviendo como es natural, en el corazón de la madre, aún podemos agregar que el infortunio no lo perdonó ni después de su muerte. La injusticia de los hombres no declinó, y la pobre huérfana, la desventurada vieja apuró sus últimos días batallando con las tinieblas del olvido y los rigores de la miseria.

* * *

Tiempo es ya de que nos resolvamos a demostrar que el cortante reproche que nos enrostró hace algunos años la pluma de Contreras, ha dejado de tener fundamento.

El señor Presidente de la República que considera, con razón, que Santamaría es una gloria nacional, ha dispuesto que se le erija un monumento en Alajuela, su

ciudad natal, costeado por la nación; y a este fin están encargados en cada provincia los Gobernadores y Comandantes respectivos, de promover una suscripción voluntaria.

Qué costarricense, que no sea una mezquina vulgaridad, podrá resistirse a contribuir para la realización de tan noble objeto?

Pfo VÍQUEZ

Editorial de *La Gaceta* N.º 137, de 15 de Junio de 1887.

BRONCE AL SOLDADO JUAN!

Bronce al soldado Juan! Música, himnos al Mestizo! Pompas y gloria al «gallego!» Costa Rica celebra al pueblo en el soldado, y al heroísmo en el ciudadano humilde, que murió valiente, en trance raro y épico, digno del canto de un Homero indígena, con su antorcha en la mano! Bronce al soldado Juan! para que vea el costarricense de mañana, en su civilización creciente y brilladora, cómo eran los que iban arma al hombro, al són del clarín de las viejas campañas, mandados por capitanes que hoy tienen la cabeza, fogueada antaño, llena de canas. Buenos tiempos viejos, caros a nuestros padres! Entonces fue cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como a una fiera invasora; entonces era, cuando cantaban en los campamentos los soldados bravos, canciones patrióticas al són de la guitarra que iba sobre el morral del sargento o la chamarra del cabo, para alentar y alegrar con sus cuerdas, en las noches del vivac, a los que luchaban por la patria y la libertad. Eran los atrevidos combatientes de la guerra nacional; era el momento histórico en que Costa Rica fue el país salvador de sus hermanas de Centro América. Y en una noche, en un instante, de entre los hijos del pueblo, brota una hermosa encarnación del heroísmo, admirablemente a propósito para ser eternizada en una estatua por un escultor fogoso y fuerte, por un artista magistral.

Juan Santamaría...? He oído discutir su acción...; que no es de Alajuela, sino de Barba...; que era feo, con el pelo erizado, que era un hombre vulgar...; truenos de Dios! Si no hubiera existido sería un sagrado símbolo para la noble patria costarricense! Del estúpido Eróstrato se sabe que existiese, incendiario brutal y desatentado, después de tantos siglos que han pasado sobre su memoria. Ayer no más realizó su triunfo Santamaría y ya habría que discutir su existencia?

Nazca en Barba, o en Alajuela, o en San José, lo que brilla es su frente de héroe, ya resplandeciente en una lírica y espléndida apoteosis. La pobre madrecita, hija del pueblo como él, y a quien se le dio pensión escasa, aunque aliviadora, diría cómo era su hijo Juan Santamaría, «El Gallego», «El Erizo», el pobrecillo que tiene ahora pedestal de granito para su estatua y una gloria de luz inmortal para su nombre.

Se ha comparado a Juan Santamaría con Ricaurte. Ambos son de sangre heroica, y en la sublime democracia de la gloria, pasan juntos bajo el mismo arco de palmas, ceñidos con los mismos laureles, el capitán gallardo que voló el polvorín y el soldadito atrevido que prendió fuego al Mesón.

Cuando llegaron a Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de abril del 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia, que haría resonar el nombre humilde, el eco augusto de su bocina de oro. Ibase a arrojar del suelo de Centro América al bizarro aventurero y sus cazadores yankees: íbase a combatir con ellos y con los nicaragüenses que se unían a los invasores de

Guillermo Walker. Así era la campaña nobilísima! Así caminaban los batallones costarricenses a ayudar al hermano a echar de su casa al filibustero.

La bandera de Costa Rica flamea en una luz de triunfo, en el día que se inaugura la estatua del héroe popular. Quiera Dios que en determinados tiempos y en distintos lugares, surjan del pueblo figuras grandiosas, dignas del canto de los bardos y de los monumentos inmortales. Salen de entre los proletarios del campo o de la montaña. Ya es Tell, el cazador de la Suiza, cuyo enorme perfil se pierde entre las vagas nieblas de la leyenda; ya es Aldea, el sargento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro de bronce, que saludarán con respeto y admiración profundísima las generaciones venideras.

Estos son los grandes, los buenos, los que no mueren en la memoria de las naciones; estos son los que se cantan en los romanceros, y en las epopeyas, los que lucen con mayor aureola en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de enseñanza, y forman en el cielo de la Patria, resplandecientes y supremas constelaciones.

Bronce al soldado Juan! Música e himnos al Mestizo! Gloria al que se sacrificó por la libertad bajo el triunfante pabellón de su tierra! Apoteosis al hombre mínimo, cantado la primera vez por la palabra himnica y fogosa de Alvaro Contreras, celebrado por los versos de los poetas nacionales, eternizado en el metal de la inmortalidad por el cincel de artífice europeo, y cuyo nombre y recuerdo vivirán por siempre en el corazón de todos los costarricenses.

RUBÉN DARÍO

De *El Heraldó*, 1891.

SANTAMARIA

Corrió el tiempo, y llegó el año de 1856. Ya flameaba, soberano entonces, este mismo pabellón blanco, azul y rojo que simboliza todavía el patrio hogar costarricense. Múltiples concausas nacidas de los grandiosos sucesos que conmovieron al mundo en los comienzos del siglo anterior, explican el que, siendo tan chica, se hubiera alzado independiente y libre, y flameara suavemente aquella enseña tricolor; pero luego el viento huracanado y présago que sopló del Norte en aquel año, azotóla y púsola a punto de caer hecha jirones.

Walker, el esclavista americano, el bandolero de Sonora, el temido general, era entonces dueño y señor de Nicaragua y quería serlo también de Costa Rica. Con tal motivo, aquellos mismos labriegos de don Juan López de la Flor, reencarnándose en los labriegos de Mora, empuñaron las armas, vencieron en Santa Rosa y acamparon en Rivas; pero como no eran militares cuidaron mal el campamento, lo perdieron, lo pelearon, lo volvieron a ocupar y allí alzaron el cruento altar en que reposa todavía el ara santa de su propia independencia.

En efecto, el trance fué de vida o muerte. Oíd, oh posteridad! el fragor inesperado que ensordece la ciudad. Oídlo; son las pisadas del coronel Sanders con sus cuatro

compañías de rifleros que van entrando por las calles del Norte de la plaza; es el rechinar de las armas del mayor Brewester seguido de tres aguerridas compañías que, a paso de carga, vienen por el Sur; es la división del coronel Natzmer que va gritando hacia el lado extremo izquierdo de la ciudad; es el ruido de Machado y sus secuaces que cubren la derecha de Sanders; es, en fin, la infantería ligera del coronel Fray que viene a la carrera echando vivas a Walker. Nadie les esperaba. Ocuparon la plaza por sus cuatro lados, el empinado campanario, el Mesón y casi toda la ciudad; llegaron a las puertas del cuartel general, avanzaron un cañón y ciñeron al desprevenido ejército con un círculo de fuego y balas. ¡Oh sorpresa! Y sin embargo, reaccionando, los labriegos contuvieron el primer impulso del desastre, agredieron luego, cuerpo a cuerpo, a los filibusteros, los flanquearon por uno y otro lado, los sitiaron en la ciudadela del Mesón de Guerra y allí, mediante el heroico sacrificio de Juan Santamaría, los pusieron en derrota. Los alegres toques de diana anunciaron entonces la victoria, y los costarricenses aún proclaman el heroísmo inmortal de JUAN SANTAMARÍA.

MANUEL DE JESÚS JIMÉNEZ

De *Ser o no Ser*, 1905.

JUAN SANTAMARÍA

Imagínome ese hombre, en su casuca, sentado en un banco, viendo ir y venir a la madre dada a los quehaceres del hogar del pobre.

Es un peón.

Un hombre de la plebe, del pueblo.

Es un negro; la tradición de la servidumbre, de la humillación, de la esclavitud, mírase allí en tenebrosa cristalización, como la acción milenaria y opresora de las fuerzas terrestres forma la piedra servil, que ve levantarse sobre sus espaldas inertes todas las manifestaciones de la vida, en las yerbas, en los árboles, en los animales del bosque, en las aves de los aires, en los hombres de las ciudades, en los espíritus vecinos de los ángeles, que ganan de un golpe de ala las distancias que como intercolumnios del templo universal, separan los planetas, monstruos de la vida que en libertad armoniosa se mueven en los cielos en órbitas gloriosas.

La roca en sombría vaguedad, tiene los lineamientos de la faz del esclavo. Imagínome a Juan Santamaría, piedra cíclica, en cuya faz está escrita la tiranía de las edades; paria de la India, ilota de la Grecia, esclavo de la Roma, siervo de los terruños, pechero de las mesnadas de la Edad Media, residuo del naufragio de las clases miserables que la Historia ha arrojado a las playas salvadoras de la Edad Moderna, sentado en el banco rudo de la cabaña, todavía al pie de la Babel

social, todavía mezclado a los desechos y harapos sociales, todavía escarbando en el basurero material y moral que fermenta y puebla con vegetaciones de hongos fáticos los presidios y lupanares.

¡Qué alegría es ésta que conmueve como una luz clarísima el fondo de la conciencia!

El paria, el ilota, el esclavo, el siervo, el miserable, helo allí en bronce; helo allí con estatua; helo allí que corona la cumbre social; helo allí con su faz negra, legado de la afrenta de todos los siglos, cifra cíclica de los dolores de todos los tiempos, hijo redentor y redimido de la tiranía de todas las naciones, de todos los pueblos, de toda la humanidad; helo allí que penetra en magna transfiguración en la cima social, en los espacios de la gloria, en la inmortalidad.

Cómo es esto? Cómo puede ser tal milagro! En la colonia hija de la monarquía, he aquí al esclavo que ve para abajo desde su sagrado pedestal a los grandes de primera clase de la heráldica secular que preside a la superposición de las capas de esa madrepora disforme que se llama sociedad humana.

Helo allí, tiene el privilegio de dar por cimiento a su pedestal, el vértice de la pirámide prehistórica, donde le contemplaron los siglos, atrayéndose la mirada de los ojos innumerables de las generaciones que propenderán a su tea desde todos los horizontes de su historia.

Qué hizo este siervo para vencer de tal modo el egoísmo de los hombres?

Vivió oscuro: frisó en el ridículo: le llamaron el Erizo y ese nombre cómico suena hoy dignamente rodando en los raudales rítmicos del ditirambo.

Le llamaron el Gallego, y Costa Rica, la ex-colo-

nia gallega, ennoblecida del apodo, lo recoge para su honra, tomándolo del héroe y del mártir que la glorifica.

Recluta, que dota de fulgor épico las huestes primitivas de un pueblo naciente; plebeyo que glorifica la miseria; miserable que hace la natural revelación de que el alma humana es una en su virtud en toda la humanidad, exponiendo a los ojos de la historia, cómo las más altas glorias tienen también su germen en la conciencia de los más humildes; pavesa de la esclavitud que prueba, sacrificándose por ella, que la libertad es en absoluto el derecho de todos los hombres, y que los tiranos son en absoluto el crimen de todos los tiempos; Juan Santamaría hace su entrada en la filosofía social latinoamericana, ya no como héroe, como idea sorprendente, hecha bronce que empuja hacia adelante la redentora idea democrática, que con el principio de la igualdad de la conciencia humana igualando a todos los hombres y desconcertando las opresiones sociales, que sumadas forman la grande, la negra tiranía política.

Por tanto, he aquí lo que los pensadores como Contreras han desenterrado del olvido: un medallón que es una idea.

El arte, significador y sencillo, hace un hombre que lleva en alto una antorcha.

La diosa poesía sigue esa llama que se retuerce en los espacios, y la ve, al mismo tiempo abrasar el reducto del despotismo que ilumina con luz divina la vía crucis dolorosa por donde viene la libertad, serena en su peregrinación de lágrimas y de sangre.

FRANCISCO GAVIDIA

De Lectura para Niños.

DE JUAN SANTAMARIA

Nunca he dudado de la realidad del acto heroico de Juan Santamaría que dio lugar a su muerte el día 11 de abril de 1856 en la ciudad de Rivas. Fueran los que fuesen los efectos de la acción ejecutada, no veo motivo razonable para desconfiar de los dichos desinteresados que desde mi niñez he oído acerca del particular y, en especial, de los testimonios formales dados respecto al mismo hecho por testigos libres de toda tacha.

Por eso, cuando se intentaba erigir un monumento a la memoria del héroe, en setiembre del año 1887, entregué espontáneamente una contribución en dinero para ese fin, y el 15 de setiembre de 1891 asistí gustoso a la inauguración del monumento en la ciudad de Alajuela.

Puedo asegurar que mis padres, contemporáneos de la guerra de 1856-1857, y quienes oyeron en San José de labios de sobrevivientes la relación de los sucesos, a raíz de éstos, tampoco manifestaron jamás que dudaran del hecho aludido.

Mi madre, ha poco desaparecida a los ochenta y ocho años y medio en el uso cabal de sus facultades mentales, se complacía en hablarme con frecuencia de los tiempos pasados, pues conocía mis aficiones, y me habló muchas veces de la guerra. A ella debo bastantes de mis cono-

cimientos de la tradición costarricense. Me acuerdo de que leyéndole, pocos días después de publicado, el bello y sentido discurso del doctor don Antonio Zambrana sobre la misma guerra contra los filibusteros yanquis, me conmoví, en tanto que a los ojos de mi madre asomaron lágrimas, y de que por haber alguno de mis hermanos atribuído eso, en son de guasa, a lo que llamaba nuestro patriotismo, le dijo ella: «Ah! no te burlarías si hubieras vivido como yo en los días terribles de la guerra y del cólera.»

Por otra parte, ¿ha vivido o vive alguien a favor del culto a la memoria del humilde soldado héroe? ¿O siquiera se ha tratado con ese culto de cohonestar la conducta o las ideas de los panegiristas del héroe, o de enaltecer o al menos justificar una causa propia, como cuando se finge admiración por los hechos atribuidos a un correligionario o a algún compañero en alguna empresa política encaminada a alcanzar el deseado poder? No; la gloria del acto de Juan Santamaría es de la Nación, no de un círculo de costarricenses; nada en particular obtiene provecho de ella; no es producto del fanatismo por ninguna idea, ni del espíritu de partido.

Además si hubiera abrigado alguna duda respecto al episodio de Juan Santamaría, se habría disipado con una conversación que tuve con el Lic. don Ascensión Esquivel en los últimos días de su vida, cuando me cupo la rara dicha de que me dispensara su confianza. El señor Esquivel era, como bien lo saben su familia y amigos, bastante expansivo en el seno de la confianza.

Una vez llevé la conversación a los sucesos del memorable 11 de abril, y me habló extensamente de ellos, con explicaciones minuciosas, y hasta hizo un

croquis del lugar, para que pudiera yo comprenderlas. El, según me dijo, había ido con su padre a Rivas dos años después, en el de 1858, y había observado lo que quedaba en el lugar.

Todo me causó la impresión de la completa seguridad en el relato. Pude así darme cuenta de que hubo un punto en que algunos costarricenses se hallaron en condiciones de presenciar el acto de poner Juan Santamaría fuego al techo del Mesón y caer acribillado a balazos; fue cierto fortín esquinero en donde estuvieron aislados algunos de los nuestros.

Es claro que el baño de poesía con que hoy vemos los hechos y las cosas de la guerra, y que irá en aumento al correr del tiempo, no ha podido venir sino con el transcurso de los años. Eso es lo natural. ¿Pues no es el tiempo el que viene embelleciendo más y más y divinizando al Libertador Simón Bolívar, a la par que lo pequeño o secundario de los hechos de su vida admirable va desapareciendo? Y sin embargo, hoy son mejor conocidas y apreciadas las acciones buenas y malas de Bolívar, y gracias a las investigaciones escrupulosa y fielmente hechas, se han desvanecido cargos injustos que se le hicieran y los imparciales pueden juzgarle mejor que sus émulos o contrarios.

ALFONSO JIMÉNEZ

De La Tribuna, 1926.

TRADICION HISTORICA

I

Yendo hacia «La Concepción», barrio situado al Este de la ciudad de Alajuela, por la calle de «Juan Santamaría», se ve en una de las esquinas un cercado de alambre y piñuelas, donde hay algunas matas de café. Hace poco no había nada de esto sino escombros de una casilla de adobes derruida, que diez años ha, todavía se veía en pie, aunque tan mal parada, como todo aquello que se sostiene soportando ochenta primaveras encima.

Hace más de medio siglo vivió en aquella casita, con tres niños y en gran miseria, una chola llamada Manuela Gallegos, apellido que llevaba por adopción, pues había sido su madre criada en casa de don Juan Rafael de Gallegos. El suyo propio era Santamaría.

No tuvo la pobre mujer otro apoyo que el que le proporcionaba un sastre de mala muerte, que diz que era padre de los dos hijos mayores. Y no podían negarle su paternidad porque eran dos negritos tan bien azabachados como el padre que los engendró. Pasó el tiempo, y con él los rapaces crecieron llegando a ser unos buenos *chapines* desarrapados que alborotaron la vecindad, hasta el día en que, por queja de algún vecino gruñón o autoridad severa, el mayor de los pilletes, que ya contaba con diez años de edad, y era zumbón y haragán, fue atrapado y llevado delante de un viejo ceñudo

y severo, encargado por las milicias de suavizar la coyunda en las costillas de los muchachos vagabundos, para hacer de ellos, con el tiempo, tambores y trompeteros útiles al país, entonces al margen de constantes revueltas internas y centroamericanas. Juan Gallegos, que así llamaban al pillín, dotado de un carácter vivo y travieso, pronto atronó el espacio con su tambor y alborotó el cuartel y lo distrajo con sus zumbas y agudeces.

Joaquina y Rufino, sus hermanos, crecieron en la casa de su madre, donde la una llegó a ser una *buena pájara*, que empinaba el codo hasta el extremo de caer sobre las aceras, y el otro un gran *mandinga* que cosía ropa ajena, iba al Arroyo con su batea y tentaba el huevo de sus gallinas, de las cuales tenía una cría tan famosa en la ciudad, como era famoso su dueño por afeminado y *mamita*.

Juan, debido a su cabello, que era ensortijado, llevaba por apodo «El Erizo». Fue muchacho muy popular, tanto dentro como fuera del cuartel, por su travesura y carácter dispuesto y servicial: siendo famoso por sus pruebas de pulso, gran tatur y hasta petardista. En el cuartel fue más ordenanza que tambor, y, como muchacho inteligente, era diestro en el manejo del fusil.

Enganchado en la leva de tropas el año de 1856, cuando la invasión del aventurero norteamericano William Walker, partió a Nicaragua en el ejército expedicionario que fue a combatirlo.

II

La misma noche del día en que partió a la guerra Juan, su madre, que era gran devota de las ánimas,

prendió un cirio en un altar improvisado y oró y rogó largamente por la salud de su hijo. En ello estaba, cuando iluminóse el triste cuartucho con luz sobrenatural y la pobre madre oyó una voz, un murmullo que envolvía toda la choza y decía desde lo alto: «No te aflijas, tú has engendrado un hijo inteligente y patriota que está destinado a salvar el país, ruega por su salud, tranquila.» Las sombras envolvieron de nuevo la casa y Manuela Gallegos quedó anonadada sobre los restos de la triste vela que también había alumbrado momentos antes el pequeño altar.

III

Los soldados costarricenses peleaban allá, en suelo nicaragüense, con valor digno de espartanos, defendiendo el suelo patrio contra una invasión de aventureros y esclavistas del Sur de los Estados Unidos. Con heroísmo, hacían al principio retroceder al enemigo que, habiendo recibido refuerzos, se disponía a despedazar a los costarricenses en la plaza de Rivas donde los aventureros se habían fortalecido y apertrechado bien.

Las tropas, comandadas por el coronel de las milicias yankees William Walker, jefe aguerrido y de nombre ya conocido en los Estados Unidos por varias aventuras militares en que había sido protagonista, estaba bien provisto y dotado, porque era sostenido y auxiliado por el partido esclavista de Norte América con el objeto de ampliar su esfera de acción y aumentar los estados negreros de la Unión Americana.

Walker se había fortificado bien en la iglesia de Rivas y en un mesón de la ciudad, desde donde, con

armas más modernas que las de los costarricenses, y con práctica militar, que los de este país no tenían, pensó, muy fundadamente, acabar con los inexpertos costarricenses.

Desde estas posiciones hacían gran carnicería sobre los soldados de Costa Rica que caían por centenares sin poder hacer ningún daño a los yankees. El General Cañas, alarmado, vio que, si no se empleaba un recurso extremo y heroico, estarían perdidos.

Reunió un pequeño y rápido consejo de guerra y decidieron incendiar el mesón, donde se atrincheraban principalmente los invasores.

Tomada esta decisión se preparó inmediatamente el hachón incendiario aprovechando las sombras de la noche que ya caían sobre la tierra fragosa de aquel campo de batalla.

En Rivas había que vencer o morir. Si la acción se perdía allí, Costa Rica sería invadida. Walker recibía refuerzos cada momento; y si el éxito lo coronaba, recibiría todos los que necesitase. El General Cañas sabía que el momento era decisivo, había que desalojar a Walker de Rivas y perseguirlo o Costa Rica sería invadida.

Decidido el incendio del mesón, las pupilas de Cañas brillaron, su alma tuvo otro temple, sabía que labriegos sencillos le acompañaban y, aunque inexpertos en el manejo de las armas, conocía que tenían alma de patriotas y sabía, porque vivía con ellos, que peleaban con una moral excelente y que todos se morirían bravamente a su lado por defender la integridad de su suelo.

Alinea sus tropas, explica brevemente lo que va a hacer, y tomando la tea en su diestra la levanta y ex-

clama: ¡Que dé un paso adelante el más valiente! El Erizo le arrebató la tea; el General lo abraza y le dice: «¡Eres un valiente!»

General!, exclama Juan, yo dejé a mi madre anciana y pobre allá en Alajuela; y la emoción no le permite decir más. El General Cañas le contesta: «no te preocupes por ella, tu madre queda bajo mi protección.» Lo lleva aparte y le da instrucciones de lo que debe hacer.

Un momento después el negrito saltaba fuera de la trinchera y, arrastrándose para no ser visto, se aproximaba al mesón que después ardía por una esquina delante de los costarricenses asombrados.

Grandes llamaradas se levantaban hasta el espacio iluminando todos los contornos.

En medio de la claridad, se destacaba la silueta del bravo mozo quien, con el hachón incendiario en la mano, parecía el hijo de Marte poseído del furor del exterminio, desafiando el tiroteo infernal que desde adentro le hacían.

Las llamas comenzaban a abrasarlo.

Juan caía sepultado por los escombros del edificio incendiado, para entrar desde ese momento a las regiones de la inmortalidad y de la gloria!

Los costarricenses se lanzaron al ataque de la fortaleza, y después de ruda pelea, contra soldados verdaderos y dotados de armamento superior, contra quienes se peleó cuerpo a cuerpo, lograron desalojarlos y perseguirlos.

Esta derrota puso en fuga al invasor y fue el final de la pretendida conquista de los partidarios de la esclavitud en el Sur de los Estados Unidos, quienes pensaban ampliar su acción haciendo nuevos estados esclavistas.

IV

El 11 de abril de 1856, la misma noche, y a la misma hora en que Juan Santamaría expiraba heroicamente por la libertad de la Patria, su madre oraba delante de un altar, por la salud de su hijo, en la humilde choza de los alrededores de Alajuela. La luz de la candelita, delante de la cual rogaba a Dios, agrandóse en ese instante y alumbró claramente la pobre estancia. Manuela oyó una voz que le decía: «No llores, madre, tu hijo Juan irá al cielo lleno de gloria: ha salvado a la Patria y su nombre está grabado ya en el libro de la Historia».

ADÁN SABORÍO

De La República.

JUAN SOLDADO

El 11 de Abril, día de gloria y de recuerdo

Eran otros hombres. Hoy que los vemos a través de la Historia, depurados de las miserias del tiempo, asombra la estructura moral de aquellos héroes a nuestra pequeñez, tal así como los organismos de las faunas antediluvianas espantan a la mísera conformación de nuestra especie degenerada.

Eran otros hombres. Tenían otra noción de la vida y de la conciencia. Patria, honor, sacrificio, inmortalidad, no eran, como para la enclenque generación sucesiva, abstracciones metafísicas o vagos conceptos de ideología, sino altares vivos, realidades augustas ante cuya ara era menester ofrendar la vida.

No midieron nunca, ni las alturas de la montaña, ni las profundidades del abismo para salvar viriles el obstáculo, si en los confines lejanos alguna sombra pretendía enturbiar los reflejos de la estrella patria. No contaron nunca el número del enemigo ni se pusieron a calcular sobre las probabilidades de la victoria. Ingenuos y primitivos en su concepción moral del deber, no comprendieron nunca sus conciencias irreductibles que, en la trayectoria inmensa de la vida, pudiera haber otra línea que la recta.

Y se hizo la Epopeya. Un día hombres extraños profanaron con su planta invasora el suelo que, otro tiempo, fue el mismo suelo de la patria de los mayores. En el pueblo hermano repercutía estridente el grito de la conquista; y sobre los montes inhollados empezaba a flamear el negro pabellón de los piratas de naciones.

Aquellos hombres, entonces, vieron claro, dentro de la conciencia, la categórica imposición del deber. Don Quijote, el magnífico, embrazó la adarga, «toda corazón», y, sin escuchar las prácticas reflexiones de Sancho, atento a las laboriosas tareas de la digestión, se lanzó a la aventura gloriosa, con fe en el alma y titánico vigor dentro del pecho. Y sucedió aquella página épica de la Historia, orlada de púrpuras y de humo, en que cada varón fué un héroe y cada héroe un personaje legendario, digno de las maravillas de la fábula.

Y del montón anónimo; de las filas oscuras donde germinan los grandes hechos; de la gran masa desconocida en que se incuban todas las grandes transformaciones y todos los grandes cataclismos; de la turba ignota en que se han moldeado todos los mártires, todos los videntes y todos los redentores, desde JESÚS DE GALILEA hasta ABRAHAM LICOLN, el humilde leñador de Ohío; desde el vientre haraposo de la turba salió el Héroe, en un día memorable, cuya aurora recuerda el sol de esta mañana lúcida y azul; y se iluminó de pronto, ante los ojos asombrados de la Historia, con los resplandores homéricos de la hoguera prendida por su brazo en el Mesón de Rivas.

Así nació a la vida de la inmortalidad JUAN SANTAMARÍA, Juan Soldado, el hijo humilde de Alajuela.

Y es ante su estatua, ante el bronce inmortal que reproduce su hazaña para la posteridad, que iremos hoy, generaciones mezquinas, faltas de ideal, a reverenciar la memoria del héroe y a recordar al alma de los pueblos la página gloriosa de la Epopeya. ¿No temblará el homenaje de nuestras almas mediocres atemorizadas por la magnitud del gesto, que no somos capaces de repetir? No, porque la tea de Juan Santamaría, que llena de fuego las páginas de nuestra Historia, alumbrará ahora, no con cárdenos fulgores de incendio, sino con apacibles reflejos de libertad y de justicia, la conciencia nacional de Costa Rica.

AUGUSTO C. COELLO

De *La República*, 1913.

JUAN SANTAMARIA

Para levantar una estatua—decía un pensador francés—es necesario que los iconoclastas con sus dudas y negaciones construyan primero el pedestal. Si en la conciencia de todos estuviera la convicción del heroísmo, los héroes no tendrían estatuas, y, ni siquiera habría héroes. Precisamente para que los haya es necesario que no todos puedan sentir el impulso del supremo valor y del supremo sacrificio. Juan Santamaría en la batalla de Rivas no habría podido quemar el Mesón si todo el ejército hubiera obedecido la orden de quemarlo. Las batallas se ganan o se pierden, pero a veces el heroísmo de la batalla está de parte de los que perdieron, lo que prueba que precisamente lo heroico no es el triunfo, ni es el impulso de la multitud. Y lo que pasa en el combate, pasa luego en el juicio de la historia.

La cobardía se niega a reconocer el valor porque no lo concibe ni lo adivina. La pretensión trata de reducirlo a la insignificancia, el excepticismo lo destruye y la envidia lo mancha; pero así como el héroe, a despecho de la indiferencia de los demás, realiza su acto heroico, la verdad de la historia se impone y se plasma en el mármol o en el bronce, mientras más se le niegue, más hermosa se levanta, y mientras más se le discuta, más relieves adquiere en la conciencia de los pueblos. El triunfo de los héroes no está tanto en el momento del sacrificio, sino en el transcurso de los años. No se diría sino que

a medida que pasan se van aquilatando hasta perderse en la gloria. Su fama crece—como dijo el indio a Bolívar, —como crece la sombra cuando se pone el sol.

No será esta la única vez que se discuta la hazaña de Juan Santamaría. Ya se ha discutido siempre y se seguirá discutiendo. La razón es muy sencilla. Su estatua no es un mausoleo puesto sobre la tumba cariñosa del buen soldado o del buen hijo o del buen ciudadano. Su estatua es agresiva y violenta. No es mármol de cementerio sino figura activa de la plaza pública. No es losa de pasadas glorias sino un profesor de energía que está siempre de pie con la tea en la mano, enseñando el camino de la verdad y del valor. Cuantas veces se le discuta, se renovará su gloria y se contará de nuevo su hazaña milagrosa. Esa es la virtud del heroísmo, que no muere nunca, no por piedad ni por olvido sino precisamente por constante actualidad.

Es necesario que así suceda. Es necesario que haya iconoclastas para que esa estatua no se convierta en piedra muerta y macilenta. Las dudas son una exaltación porque siempre habrá de resplandecer su heroísmo.

Alajuela y la República deben estar tranquilas respecto de su héroe. Nadie podrá destruirlo, aun cuando no hubiera documentos para ello. Sólo habría un modo de apagar esa tea de Juan Santamaría, y es que otra figura tan grande como la suya realice para abrillantar las glorias de la patria, una acción semejante.

Mientras tanto, el Erizo ha de seguir en pie firme y valiente, heroico y sublime, como su gesto inmortal.

OTILIO ULATE

BRONCE HEROICO

El heroísmo aborigen que enrojece con sangre las crónicas de Oviedo y de López de Gomara está reclamando hace años la glorificación en mármol.

En la cantera histórica hay material copioso para el bajo relieve en que deberán alzarse nuestros olvidados caciques, descendientes de aquellos indígenas, que reunidos en Tula, varios siglos antes de Cristo, iniciaron debate acerca del movimiento de la Tierra.

Después de modelar ese bajo-relieve no faltará ágata rojiza en qué poder tallar la figura delicada y dulce de la encantadora princesa Alix, que llora todavía en la Plaza de las Aves, la muerte de su adorado indio Tecum Umán.

Aquí no más, en este collado andino, ha echado raíces la epopeya. No ha desaparecido la sustancia detersoria, el fuego celeste que animó el espíritu de Manco, el alma bravía de Páez y el rebelde gesto de Agateyte.

Bajo una ancha casa de adustos portalones está el mellado rifle que en el 56 repelió a las huestes de Schlessinger, y como un rayo de luz, brilla acullá la espada del general Mora.

Un traje galonado, el del comandante Juan Francisco Corrales, evoca la figura del militar: de elevada

estatura, como para doblar una rama del "laurel verde" firme el brazo que hubiera podido esgrimir la tizona de Ruy Díaz de Vivar.

Confundido con viejas panoplias y con Chassepot del Siglo XVIII se distingue el sextante del velero «Once de Abril» y en una caja de madera, olorosa a vacío y a eternidad, está el botiquín de campaña que consumieron ansiosos los heridos en los momentos en que parecía tardar la victoria.

Esos trece frascos conservan en su fondo, como oro viejo, granos de quinina, que yo imagino gotas de un bálsamo milagroso y desconocido.

Ellos parecen guardar licor de heroísmo.

En el 56 la savia del patriotismo discurrió generosa y se hizo plástica en el instante en que se cernía una sombra de amenaza para la nacionalidad. Fue un brote de la conciencia colectiva, un esfuerzo ingente que como el cactus logró manifestarse en la forma de una flor única, de vistosos colores y grato perfume.

Todos los pueblos tienen sus símbolos: son concreciones del bien, argumentos del Derecho, diques opuestos al desbordamiento de la tiranía o al avance de las razas conquistadoras. En Centro América el protagonista de su drama legendario es Juan Santamaría. La silueta del héroe cubre todo el Istmo. Razones étnicas y geográficas robustecen esta afirmación que no podrá rechazarse, aun cuando el soldado yanqui comience a colonizar a Castilla de Oro.

Nuestro Cid Campeador, nuestro don Pelayo es aquel humilde tambor de Alajuela, cuyo peldaño está cerca, en la inmortalidad, del de Bolívar y del de Martí.

En un parque lleno de hojas nuevas y de rosas silvestres he saludado la figura épica del Erizo: el kepis firme, ceñido el basto traje militar, en alto el rifle con que se enfrentó a los conquistadores de cabello rubio. Su actitud no es la del guerrero yacente ni la del centinela que espía. Como atraído por una cercana y gigantesca apoteosis pasa el soldado Juan, resuelto y valeroso, a incendiar otra vez la ciudad sitiada.

Y el bronce heroico parece que se anima al ruido de los sonos marciales!

LEONARDO MONTALBÁN

Del Diario de Costa Rica.

JUAN SANTAMARIA

Me ha invitado un compatriota para asistir a una peregrinación que se hará a la estatua de Juan Santamaría.

Entiendo que van los costarricenses como a pedir un renacimiento de patriotismo, ahora que tanto lo necesitan, para resolver problemas de tan grande importancia para la República. La memoria gloriosa del soldado que voló como Ricaurte en la apoteosis de mayor sublimidad, ha sido siempre como la sombra protectora de este país preservando, quizá por milagro de atavismo, de las caídas dolorosas a que ha estado sujeto el resto de Centro América.

Fue tan soberbio el hecho de Juan Santamaría que ha dado motivo para que se le juzgue como leyenda fabulosa: así pasa con la mayor parte de nuestros héroes.

Sin embargo, allí está el soldado nervioso, loco, se le adivina en el semblante de bronce la sombra de inmortalidad, en el modo de llevar el rifle, el chassepot se conoce que quiere arrojarlo porque ya no lo necesita en la lucha por la gloria. Con la tea suspendida alumbrando el áspero y tortuoso camino del sacrificio, de donde tanto desalentado se regresa, en donde ha quedado tanta buena voluntad perdida, a tientas tanta «alma loca!»

Si fueran más las rosas de ese rosal que sube frente a mi cuarto, yo cortaría las mejores, todas las cortaría para echarlas a puñados al pie del pobre soldado, a quien tanto le debe mi patria: Centro América!

CARLOS A. BRAVO

De *La República*, 1913.

JUAN SANTAMARIA

¡Gloria al soldado Juan, al inmortal Erizo de Alajuela, cuya tea luminosa, símbolo es del patrio fulgor que ilumina y vivifica nuestras almas!

¡Gloria al humilde Tambor! El existió; él dio su vida por la Patria y él inmortalizó, con su hazaña, todo lo noble que siempre ha existido en el alma heroica de nuestro pueblo!

Quienes lo niegan a la vez lo inmortalizan, porque dan a las nuevas generaciones la oportunidad de revivir su gesto, de reanimar su hazaña y de enaltecer su gloria

Un soldado del 56 que aquí en mi pueblo vive—ñor José Varela—lo vió pelear y lo vió caer como un valiente, frente al Mesón: He aquí, pues, un vivo testimonio que prueba más que cualquier otro antiguo documento.

Existió el Héroe, tejieron su aureola y levantaron su estatua: eso hicieron nuestros mayores. Ahora nos toca a nosotros velar por su nombre, por su bronce y por su gloria!

Que nadie empañe el nimbo de su frente para que siga siendo un claro ejemplo de civismo, de sacrificio y de alta concepción de la Patria, como exponente de Libertad y de Justicia y como tesoro inagotable de Cultura y de Bienestar.

Que bajo la luz de su tea—símbolo perpetuo del culto por la Patria—nos reunamos todos los costarricenses —sin enconos—para glorificar la obra de nuestros libertadores, de nuestros próceres y de nuestros héroes, y para dignificar a todos aquellos que han consagrado sus mejores días a la conquista del bien patrio.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón.

EL BRONCE DE ALAJUELA

¡Cuántas gentes me han dicho que Alajuela es una ciudad fea! Me lo han dicho viajeros que pasaron allí unas horas y personas que allí han vivido muchos meses, muchos años o toda su vida. A pesar de ello, mi opinión no es la misma: Alajuela es una ciudad de belleza serena y única; tiene el encanto apacible de un cuento viejo y castizo y la tranquilidad de un lago en el crepúsculo. Alajuela es una ciudad supremamente bella.

No está la belleza en sus casas uniformes y de viejo estilo; no en sus calles anticuadas; no en la apariencia exterior de la ciudad: Alajuela tiene una rara y fascinante belleza interior.

En la noche de luna la calle se extiende silenciosa, solitaria: no bien se traspasa el umbral de cualquiera de estas viejas casonas que hablan su lenguaje de evocaciones y recuerdos, que un grato frescor balsámico envuelve al que entra. Algo de moruno dejo hay aquí: el agua canta perennemente en las fuentes de múltiples jardines, que en las noches lunadas son reminiscencias del Albaicín granadino; las flores revientan en una primavera de todo el año, en los patios de estas casas. Los ladrillos, como en Córdoba, como en Jaén,

están brillantes, frescos como cantaritas nuevas, y las paredes son blancas, o azules, o verdes.

San José, Cartago, Heredia, se transforman: en San José se juntan todos los estilos de construcción y el tiempo y el fuego van acabando con lo viejo; Cartago es completamente nueva; Heredia va en pos de la capital. Alajuela, estacionaria y orgullosa de su antigüedad, habla de la Costa Rica que fue; de la añorada patria de casas de un solo piso, con paredes de adobes, enjalbegadas, pavimento rojo de luciente ladrillo, maderamen de balsámico y eterno roble o cedro y tejados de barro. De la casa fresca y holgada, con corredor delantero y gran jardín interior y estancias muy amplias y limpias, penumbrosas, de agradable ambiente y sosiego grato. Y hasta en muchos salones destellan las cabezas doradas de los grandes clavos de patriarcales sillones de cuero, labrado con primor, mientras que penden de las paredes los cuadros de tallado marco severo que aprisiona la cara honrada de un señor trajeado a la antigua, de un militar de vistoso uniforme, de un don Bernardo Soto, ex-Presidente de la República, o de un General Guardia, moreno y perfilado, de ojos chispeantes, bigote hidalgo y muy heroica memoria.

Alajuela, tranquila en su apariencia conventual, es alegre en sus interioridades hogareñas, y cautiva, sobre todo, por el muy amplio y generoso espíritu de sus hijos: honrados, ingeniosos, trabajadores, tienen a orgullo muy legítimo los alajuelenses el ser muy leales y caballerosos. Famosa es la mano del alajuelense que todos dicen que es grande, pero es más grande el corazón de sus hombres.

Alegre es Alajuela en sus claras mañanas despedadas, cuando lucen las montañas que allá en el norte rodean los picachos del Poás; alegre es en su parque verde, frondoso y primaveral; alegre en sus tardes de invierno, con su cielo que parece arder con los más bellos arreboles crepusculares; alegre con los ojos negros y vivos de sus mujeres; alegre con sus jardines perpetuamente floridos, perpetuamente perfumados, perpetuamente frescos.

Y, como sus casas, es su Catedral: arcaica y ruिनosa en su apariencia exterior, es suntuosa, bellísima, encantadora dentro de sus anchas naves. La belleza de Alajuela, como la de su Catedral, es una rara y cautivante belleza interior.

El viajero que la visita muy de paso, apenas si logra una idea, un destello de esta belleza rara: pero quien lleva hasta ella su espíritu de poeta, su temperamento de hombre sensible, sus ojos de artista, ya no podrá olvidar nunca su encanto. El encanto de sus tardes románticas, de sus verdes alamedas, de sus calles silenciosas bajo la luna melancólica, de sus parques de espesa fronda, en uno de los cuales, sencilla y majestuosa se alza la estatua de El Erizo.

¡La estatua de Juan Santamaría! El soldado que sucumbió, como Jesús, recomendando a su madre; el tambor sublime que batió el parche marcial para el desfile de los batallones gloriosos que afianzaron a la patria en su honra y en su libertad; el soldado que al morir escribió una página que es orgullo legítimo de un pueblo.

Las naciones más grandes que participaron en la guerra mundial no pudieron sustraerse al deber de ren-

dir culto al soldado raso, al héroe legendario, legítimo y glorioso de la epopeya. Pero lo han hecho cuando no había ya paseo ni rosaleda, ni parque, ni sitio público donde no tuviesen su monumento los reyes, los generales y los más famosos condotieros. El soldado desconocido fue la glorificación del héroe popular y sincero de la lucha. Costa Rica, antes que a ningún jefe de estado, antes que a ningún político, antes que a ningún general victorioso, ha rendido el culto de su generosa admiración al más legítimo representante de su pueblo, al más sencillo de sus combatientes, al más sincero de sus mártires, al más radiante de sus soldados: a este tambor de Alajuela que en Rivas fue como la expresión más sublime del alma heroica y popular de Costa Rica.

Muy pocos pueblos tienen un soldado como este: sus pies descalzos trazaron un sendero a seguir; un sendero que a menudo se olvida...

JOAQUÍN VARGAS COTO

GLORIA AL BRAVO!

Nos cuenta la Historia por medio del amable Plutarco, que en los albores de la clásica Atenas, se consagraban algunos días a la memoria de sus héroes, que ya con la palabra, ya con la espada, ya con el vigor de sus músculos, la habían hermo­seado, enaltecido y glorificado.

En tales días, aunado el pueblo devotamente, colgaba escudos, armas, renuevos de mirto, gajos de vid, en los resaltes de los templos, o esparcía palmas y flores a lo largo de las fuentes para embellecer así el recuerdo de sus ínclitos varones.

Al igual de ese helénico ejemplo, los hombres de este rincón americano, colocamos también, puesta el alma de hinojos en el escabel de un alto pensamiento, azahares de cariño y simpatía, al pie del monumento de los privilegiados que dieron prueba del temple de sus músculos, del arrojo de su ánimo y de sus patrióticos entusiasmos.

Merece admiración Juan Santamaría. Su sacrificio fue espontáneo; noble su proceder.

Morena era la faz de Juan; descubierta llevaba la bóveda del pecho, que tuvo la curva de la cascada impetuosa; despejada la frente que albergó ideas limpias; revueltos los cabellos.

Me lo figuro en aquel su ímpetu triunfador, alto el diestro brazo que desafió iracundias y altanerías, que destruyó los sueños ambiciosos de los bucaneros; en aquel arranque sincero, en aquella actitud gallarda, como Milón en su escudo, y como Polidamante, capaz de detener de un sólo arrebató la cuadriga sonora y desbocada.

Lo veo así, con un himno en el corazón, con un credo en los labios.

Gloria al bravo; honor al valiente; rosas a él, por lo grande, por lo bragado.

La estatua de Juan Santamaría es una advertencia a la pusilanimidad. Es el símbolo del valor vivo y animado siempre. Es el patriotismo personificado para conocimiento y enseñanza de la posteridad. El bronce de Juan es la canción de la Patria, bronce que, como las Tragedias de Esquilo, está dedicado «Al Tiempo», y lo mismo que la estatua de Memnón puede decirse que resuena a diario al beso del sol mañanero, porque los actos hermosos principian a tener recompensa desde lo esplendoroso del cielo.

Nunca olvidemos cómo es de poca monta el origen oscuro del hombre para llegar a ser admirado y admirable; cómo no es óbice el nacimiento humilde para alcanzar superioridad, y cómo al transcurso de las horas es bien menguada la palabra para ensalzar los grandes hechos perpetuados por los humanos.

Recordemos a Juan: la pobreza, suya era; la sencillez en el decir, suya era; la fealdad física, suya era. ¡Y suya fue la inmortalidad!

En las manifestaciones todas de la vida hay campo de acción para los más, en virtud de fuerzas progresivas que van tras una indefinida prolongación. . . Nadie,

como se ve, es un derrotado en la más amplia expresión del vocablo. A cada cual le es dado desenvolver sus facultades. Este por su inteligencia, ése por la virtud de sus sentimientos, aquél por sus bizarrías, todos, al impulso de un esfuerzo propio e íntimo, pueden sobresalir y servir de ejemplo a las futuras generaciones.

La juventud de Costa Rica, la juventud sana de ideas y bella de anhelos, debe ver en Juan, a uno de los más abnegados soldados, dechado de hidalguía, que derramó su sangre por la autonomía del suelo patrio. Nuestras damitas deben guardar afectos para el insigne tamborcillo, y mañana, a la par que enseñen a sus hijos las letras primeras y les inculquen la religión del trabajo y de toda edificante ansiedad, deben narrarles la hazaña de Juan, para que, libre de pasiones, en la ensenada del espíritu cruce tranquila, sobre el erizamiento de la onda, la carabela de un transfigurador ideal...

CARLOS JINESTA

NUESTRO SIMBOLO

A los niños de mi Patria

Es el corazón de Costa Rica el que vibra con júbilo intenso en un día como hoy. Es el salmo armonioso de la gloria y la clarinada del triunfo los que estremecen las almas al recordar la épica grandeza del 11 de abril de 1856.

La patria, como una seductora maga, envuelta en los pliegues de su bandera, evoca la homérica jornada y la acción benemérita del soldado humilde que se llamó Juan Santamaría, y riega con sus lágrimas efusivas los laureles siempre frescos que ciñen la frente del titán, elevando a lo alto su oración de gratitud por el Héroe rústico que sintió en su pecho la divina inspiración de los dioses y que, invocando como en santa y dulce jaculatoria, el nombre de su madre que sola quedó en la lejana aldea, se lanzó intrépido, resuelto y valeroso al sacrificio inmenso de su propia vida, en aras de un supremo ideal y de una consigna generosa: la de salvar la Patria de la catástrofe y la muerte en aquellos angustiosos momentos en que un fuego nutrido y certero barría despiadado con aquella pléyade de luchadores improvisados que sitiaban la plaza de Rivas.

Fue, entonces, cuando el noble General Cañas, el Sucre de nuestra epopeya, en el difícil minuto de la confusión, grita como un supremo recurso de su bizarría: «Soldados: quién de vosotros se atreve a dar fuego al Mesón?» No había concluido aún de expresar su redentor propósito, cuando Juan, el tambor ignorado de la compañía, se abalanza, radiante el rostro, palpitante el pecho, encendidos los ojos, y responde: «Yo voy! . . . Sólo pido al General, no olvide a mi madre que me aguarda». Y dejando a un lado la caja con que ayer no más marchaban a la campaña sus camaradas, toma una improvisada tea que empapa de petróleo y, con el alma desplegada como una bandera de gloria, corre a vengar el honor de aquella otra gran Madre, cariñosa, buena y dulce, como la santa mujer que nos dio el ser y que llamamos Patria. Y como si el recuerdo amable de la viejecita que mira por un instante en su fantasía, le infundiera valor para su heroica resolución, marcha rápido como una centella; con la tea encendida en la mano, imprimiendo a sus brucas facciones trágicos perfiles de muerte y de dolor; pero nada le aterra, nada lo detiene en su carrera de gloria, y en un instante, llega al fatal Mesón y a su techumbre arrima la antorcha, y entonces el viejo edificio, por obra del milagro, arde con rapidez asombrosa, como si fuese al conjuro de la Patria liberada del yugo de miseria y de baldón que sus enemigos, puestos en fuga, le preparaban.

Y Juan Santamaría, el humilde tambor, que amonorraba la fatiga de las marchas forzadas y las frías soledades del vivac con su tambor siempre batiente, siempre sonoro y alegre disipando así las tristezas y nutriendo los espíritus en las cargas tremendas, tramontó

en este día, en medio de la llamarada pavorosa del incendio, la región inmortal de la gloria; serena, majestuosamente, con la sonrisa de los mártires en el gesto y el plomo de los invasores en el costado.

Así, con la trágica elocuencia de la sangre se escuchó después el grito arrobador de «Viva la Patria libre», «Viva Mora», grito mágico que el viento, como un heraldo gentil, recogía en su seno convulso y regaba luego en los horizontes floridos de la Patria. Así también fue escrita, en el libro de nuestra Historia, con sangre y humo de combate y relámpagos siniestros de bayonetas que se chocan, la página más hermosa y brillante de nuestra vida nacional.

El cruento sacrificio de Juan Santamaría en Rivas es el punto culminante de nuestra campaña libertadora, pues si bien en todas las diferentes acciones, en el curso de la guerra, nuestro incipiente ejército dio espléndidas muestras de valor y coraje sin igual y puso de relieve el oro purísimo de sus virtudes ciudadanas, no hubo en aquella ocasión hazaña que sobrepujara a la de este modesto tambor, que en un arranque de supremo amor a Costa Rica, encuentra una muerte hermosísima y escala la cumbre de la inmortalidad envuelta su alma luminosa en los rotos jirones de las banderas que fueron su mortaja.

Su muerte, heroica hasta lo sublime, es la herencia más valiosa y legítima de que podemos enorgullecernos los costarricenses, porque en esta insólita proeza, semejante tan sólo a la de Ricaurte en San Mateo, tenemos un acopio de virtudes que mostrar y enseñar a las nuevas generaciones que, año tras año, y en compactas filas, circundan de flores el monumento que lo perpetúa, por-

que él es un ejemplo de patriotismo, de grandeza de alma y constituye también la suma encarnación de las altiveces de un pueblo que luchó como bravo y supo sacrificar cuanto poseía en los altares de la Patria cuando la contempló amenazada por las turbas invasoras del filibusterismo.

El nombre de Santa María significa para nosotros el eterno evangelio de abnegación, que todo un pueblo pronunció con entereza en la hora terrible de la prueba; y su épico sacrificio es, y será, la fórmula escrita con signos trazados con sangre de héroes, de lo que la patria espera de todos sus hijos en el aciago día en que los rigores de la guerra asomen sus asoladoras fauces.

Por eso el tambor glorioso del 11 de abril, es algo más que el mártir de Rivas, algo más que el sacrificado inmortal que, con amor a Costa Rica en el corazón y el nombre de su madre en los labios, se lanzó resuelto a las llamas por salvar a una patria y vengar el prestigio de una bandera. El es el símbolo augusto de nuestra libertad y la encarnación suprema de esta dulce patria que sentimos palpitar en nuestros pechos.

Su legendaria grandeza y su infinito sacrificio, no ha osado discutirlos ningún costarricense; porque todos comprendemos que ellos están sembrados en lo más hondo de nuestras almas y en lo más íntimo de nuestros más caros afectos y, menoscabar su brillo y dudar de su heroísmo, equivaldría a despojar a Costa Rica de su más preciosa prenda de orgullo, de su más luminoso blasón de gloria.

Por eso, hoy 60 aniversario de la heroica transfiguración, un sentimiento puro nos mueve a elevar el

corazón para cantar en torno de su severo bronce el himno sentido de nuestra gratitud y de nuestro amor.

Y vosotros, niños de mi patria, leed en esas toscas facciones que ilumina el sol todos los días con sus más hermosos brillos; leed y aprended también la sublime lección del patriotismo, del sacrificio y del heroísmo de aquel soldado humilde que, sin saberlo, llevaba dentro de su alma generosa el inmenso tesoro de la virtud suprema y en su rostro de mulato, el trágico aspecto de un hombre predestinado al martirio y a la inmortalidad.

O. CASTRO SABORÍO

SANTAMARIA

Santamaría, tú eres sangre y eres fuego.

Eres eternidad, Santamaría.

Sangre imperecedera que renueva en las generaciones. Fuego perpetuo que alumbra en los hogares.

El año veintiuno vino la libertad; regalo de Dios: sin sacrificio y sin dolor.

Fuerza es que el hombre pague a Dios tributo, para que Dios entienda que merece sus dones.

La libertad tenía que ser comprada a sangre y fuego.

Por eso vino el cincuenta y seis.

* * *

El cincuenta y seis tiene dos polos: pensamiento y acción. La cabeza fue Mora, el brazo fuiste tú, Santamaría.

La cabeza es aristocracia, el brazo democracia. La cabeza es el nombre preclaro, la selección humana. El brazo es el anónimo, la masa humana.

El brazo es la fuerza ciega, es el arrojo indómito, es el impulso tremendo, es la catapulta que destruye, es el rayo que castiga. Eso eres tú, Santamaría.

No podías saber nada. Eras la ignorancia absoluta, la ignorancia que siente, y obedece por lealtad; que no mide distancias, ni calcula tropiezos y se lanza, como el rayo, o como la erupción. Tenías que ser humilde, vivir a ras de suelo, ser soldado. Ser menos que soldado, ser tambor.

El impulso era de la tierra, del humus, del pueblo, de la masa y no podía venir de arriba para abajo. Tenía que partir del suelo para que fuese cataclismo y se elevase a lo infinito y quedase suspendido en lo infinito.

Tú tenías que ser anónimo, desconocido, porque eras el pueblo mismo, el gran anónimo, el demos desconocido, que empuja hacia la cima o hacia el abismo.

Porque, siendo desconocido, podías recibir el máximo conocimiento: la gloria.

Debías ser pobre, porque el esfuerzo era pobre, como el pueblo tuyo. Porque siendo pobre, podías recibir la máxima riqueza: la eternidad.

Tu hazaña tenía que ser en otros lares, para que fueses fraternidad, como el pueblo que vivía en ti.

Tu hazaña tenía que ser contra invasores, para que fueses libertad, como el pueblo que luchaba en ti.

Tu acción debía terminar con la vida, para que tu sangre santificase al pueblo tuyo.

Tú eras la arteria misma de ese pueblo que se rompía para pagar a Dios tributo. Tu acción tenía que ser llama, para que fuese redención.

Tú eras el fuego mismo de tu pueblo que rendía a Dios un homenaje. Y tú diste lo que tu pueblo dará siempre: la sangre.

Y tú llevaste en el brazo lo que tu pueblo lleva en el corazón: la tea que enciende la guarida de los per-

versos, la tea que purifica y alumbra como un sol de eternidad.

Tu sangre es nuestra sangre, tu fuego el fuego nuestro.

Negarte es negar tu pueblo.

Es la herejía tremenda de negar sus destinos, sus cenizas y sus glorias.

Tú fuiste «uno de tantos», por eso no podía citarte el parte de la guerra. Aquello era un minuto, tú eres la eternidad.

Te cita el pueblo tuyo, su cita está hecha bronce.

El redoble de tu tambor se convirtió en tempestad y la llama de tu tea se transformó en sol.

* * *

Espera y confía.

Cuando tu tambor vuelva a sonar, la tempestad se encenderá y tu pueblo seguirá tu huella con las teas encendidas.

Pero mientras estés dormido en esa eternidad del bronce, Tú, Santamaría, Tú, Brazo fuerte, Tú, Brazo valiente, Tú, Brazo anónimo, alza la tea y alumbra los caminos del mar a las fronteras.

Tú eres tempestad y eres faro.

La tempestad está dormida en tu caja sonora, el faro está encendido sobre la montaña de tu brazo.

Santamaría, tú eres sangre y eres fuego.

Eres eternidad, Santamaría.

LUIS DOBLES SEGREDA

INDICE

	Págs.
1. La Asociación «Tea»	II
2. Introito, Luis Dobles Segreda	III
3. Prólogo escrito con sangre	V
4. Prólogo escrito hace 35 años	VII

PRIMERA PARTE

LA VOZ DE LA HISTORIA

(DOCUMENTOS)

1. Acta de Bautizo de Juan Santamaría	3
2. Declaraciones que prueban su identidad	7
3. Declaración de don Guillermo Solórzano	9
4. Declaración de don Joaquín Sibaja Martínez	10
5. Declaraciones que atestiguan el hecho glorioso	11
6. Declaración de José María Bonilla	13

7. Declaración de Gil Zúñiga	15
8. Declaración de Juan Bautista González Castro	17
9. Declaración de José Mercedes Astúa Velarde	18
10. Declaración de Apolonio Romero Alfaro	19
11. Declaración de José María Lobo Alvarez	20
12. Declaración de José María Cedeño	22
13. Declaración de José María Luna Rodríguez	23
14. Declaración de Felipe Cruz Alvarez	24
15. Declaración de Marcos Barrantes V.	25
16. Declaración de Santiago Segura G.	26
17. Otras declaraciones de testigos, dispersas en varias partes	29
18. Mis recuerdos de la Batalla de Rivas (Andrés Sáenz)	31
19. La Batalla de Rivas (Fragmento) (Víctor Guardia)	32
20. Declaración del testigo presencial don Jacinto García	33
21. Declaración de don Víctor Cuadra (nicaragüense)	35
22. Al año siguiente del hecho glorioso, la madre del Héroe relata el suceso y solicita pensión	39
23. Manuela Carvajal, Madre de Santamaría, solicita pensión	41
24. Se concede una pensión de tres pesos a Manuela Carvajal	45
25. Sobre la misma pensión	48
26. Fragmento del discurso pronunciado por don José de Obaldía	49
27. Se aumenta la pensión a doce pesos	53
28. El Estado honra al Héroe bautizando con su nombre un vapor guarda-costas	57
29. El Estado honra al Héroe y promueve la erección de una estatua	61
30. Costa Rica mira en Santamaría un símbolo de fraternidad	69
31. Para honrar al Héroe se declara feriado el 11 de abril	73
32. El Estado honra al Héroe protegiendo a sus familiares	77

SEGUNDA PARTE

LO QUE ESCRIBEN LOS HISTORIADORES

(REFERENCIAS)

	Págs.
1. Descripción de William Walker	83
2. El parte de la batalla que dio el General Presidente don Juan Rafael Mora (Fragmento)	86
3. Lo que informa Pedro Bariller (El Suavo) (Fragmento)	89
4. Batalla del 11 de abril, relato de don José María Bonilla	91
5. La descripción de don Jerónimo Pérez.	98
6. Lo que escribe don Lorenzo Montúfar	100
7. Lo que refiere James Jeffrey Roche	102
8. Descripción de Francisco Rodríguez Camacho	103
9. Lo que escribe don Joaquín Bernardo Calvo	107
10. Lo que escribe Máximo Soto Hall	111
11. Lo que escribe don Francisco Montero Barrantes. . .	114
12. Relación de don Anastasio Alfaro	116
13. Lo que escribe don Ricardo Fernández Guardia. . .	128
14. Otra página de don Ricardo Fernández Guardia. . .	130
15. La voz de los mayores (Luis Dobles Segreda)	131
16. Resumen del Proceso Histórico	135
17. Juan Santamaría y el incendio del Mesón de Guerra (Ricardo Fernández Guardia).	136
18. Plano del Centro de la ciudad de Rivas en 1856 . .	148
19. La última duda se desvanece	149
20. Juan Santamaría y el libro de defunciones de la Campaña Nacional (Eladio Prado)	151
21. Punto Final	171
22. Importantes declaraciones del doctor don Rafael Calderón Muñoz (Francisco María Núñez)	173

TERCERA PARTE

LA LIRA CANTA AL HEROE

	Págs.
1. Himno a Juan Santamaría (Emilio Pacheco Cooper)	177
2. Juan Santamaría (Juan F. Ferraz)	178
3. El Erizo (Pío Víquez)	179
4. Juan Santamaría (Emilio Pacheco Cooper)	180
5. Juan Santamaría (Justo A. Facio)	184
6. El Tambor (Juan F. Ferraz)	185
7. Juan Santamaría (Justo A. Facio)	186
8. A Juan Santamaría (Napoleón Quesada)	187
9. Gloria Humilde (J. M. Alfaro Cooper)	188
10. Victoria de Rivas (Anastasio Alfaro)	189
11. A Juan Santamaría (Juan Santaella)	195
12. El Once de Abril (Miguel González Soto)	196
13. El Once de Abril (Luis R. Flores)	198
14. Laureles Nacionales: Santamaría (Alfredo Saborío)	201
15. La Hazaña Heroica (Victor M. Elizondo)	204

CUARTA PARTE

LOS ELOGIOS DEL VERBO

(DISCURSOS)

1. Discurso de don Rafael Iglesias Castro	209
2. Discurso del Lic. don Ricardo Jiménez	214
3. Discurso de J. Marcelino Pacheco	218
4. Párrafos de un discurso pronunciado por el Doctor don Antonio Zambrana	224

	Págs.
5. Discurso del Lic. don Claudio González Rucavado	228
6. Discurso del Lic. don León Cortés Castro	232
7. Discurso del Lic. don Tobías Zúñiga Montúfar	236
8. Discurso del Lic. don Luis Castro Saborío	243
9. Discurso de don Tranquilino Chacón	249
10. Discurso del Prof. Elías Salazar	253
11. Discurso de don Lucas Raúl Chacón	256
12. Discurso de don J. Rafael Meoño	259
13. Discurso del Lic. don Alfredo Saborío	263

QUINTA PARTE

LA ORACION DE LA PLUMA

(ARTÍCULOS)

1. Un héroe anónimo (Alvaro Contreras)	271
2. Juan Santamaría (Pío Víquez)	278
3. Bronce al Soldado Juan (Rubén Darío)	285
4. Santamaría (Manuel de Jesús Jiménez)	288
5. Juan Santamaría (Francisco Gavidía)	290
6. De Juan Santamaría (Alfonso Jiménez)	293
7. Tradición histórica (Adán Saborío)	295
8. Juan Soldado (Augusto C. Coello)	302
9. Juan Santamaría (Otilio Ulate)	305
10. Bronce heroico (Leonardo Montalbán)	307
11. Juan Santamaría (Carlos A. Bravo).	310
12. Juan Santamaría (J. J. Salas Pérez)	311
13. El bronce de Alajuela (Joaquín Vargas Coto)	313
14. Gloria al bravo (Carlos Jinesta)	317
15. Nuestro símbolo (O. Castro Saborío)	320
16. Santamaría (Luis Dobles Segreda)	325

LIBROS DE LUIS DOBLES SEGREDA:

EL CLAMOR DE LA TIERRA	
Ideas Pedagógicas	1917
POR EL AMOR DE DIOS	
Retratos de heredianos humildes	1918
REFERENCIAS	
Ideas Pedagógicas	1920
ROSA MÍSTICA	
Historia y tradiciones de Heredia	1920
HEMOS ESCRITO	
Antología de alajuelenses (en colaboración)	1921
NOVIA	
Versos íntimos	1921
AÑORANZAS	
Documentos históricos de Alajuela (en colaboración)	1922
INFORMES DEL INSTITUTO	
Ideas Pedagógicas	1924
CAÑA BRAVA	
Cuentos y paisajes de Heredia	1926
EL LIBRO DEL HÉROE	
Documentos y elogios acerca de Juan Santamaría	1926